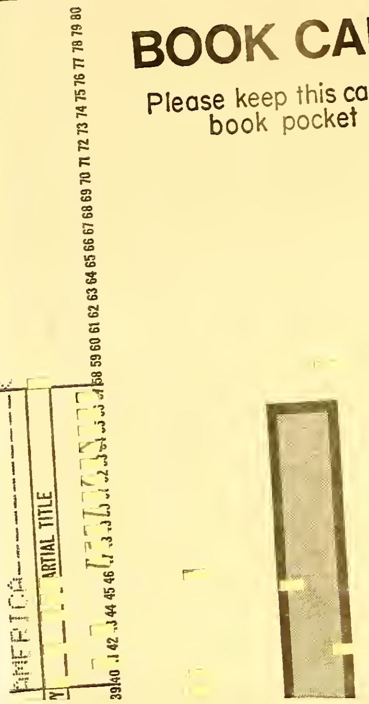
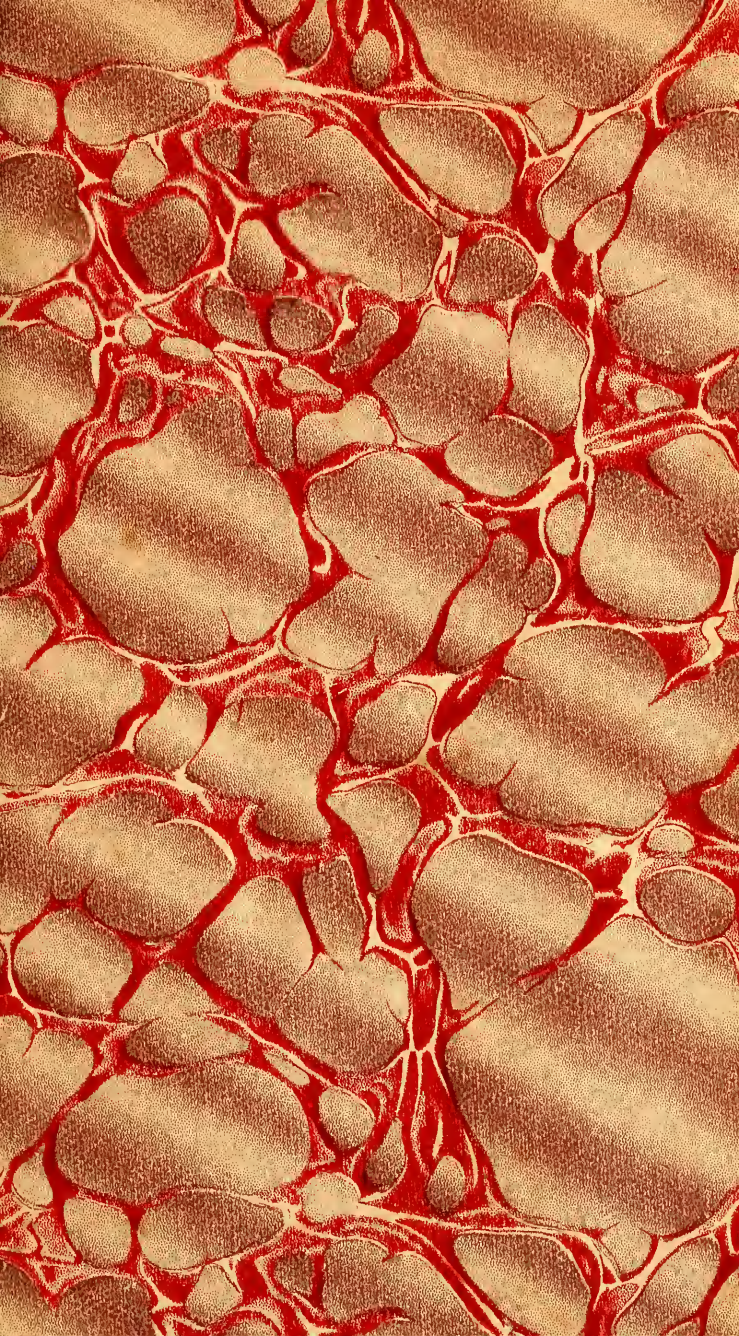
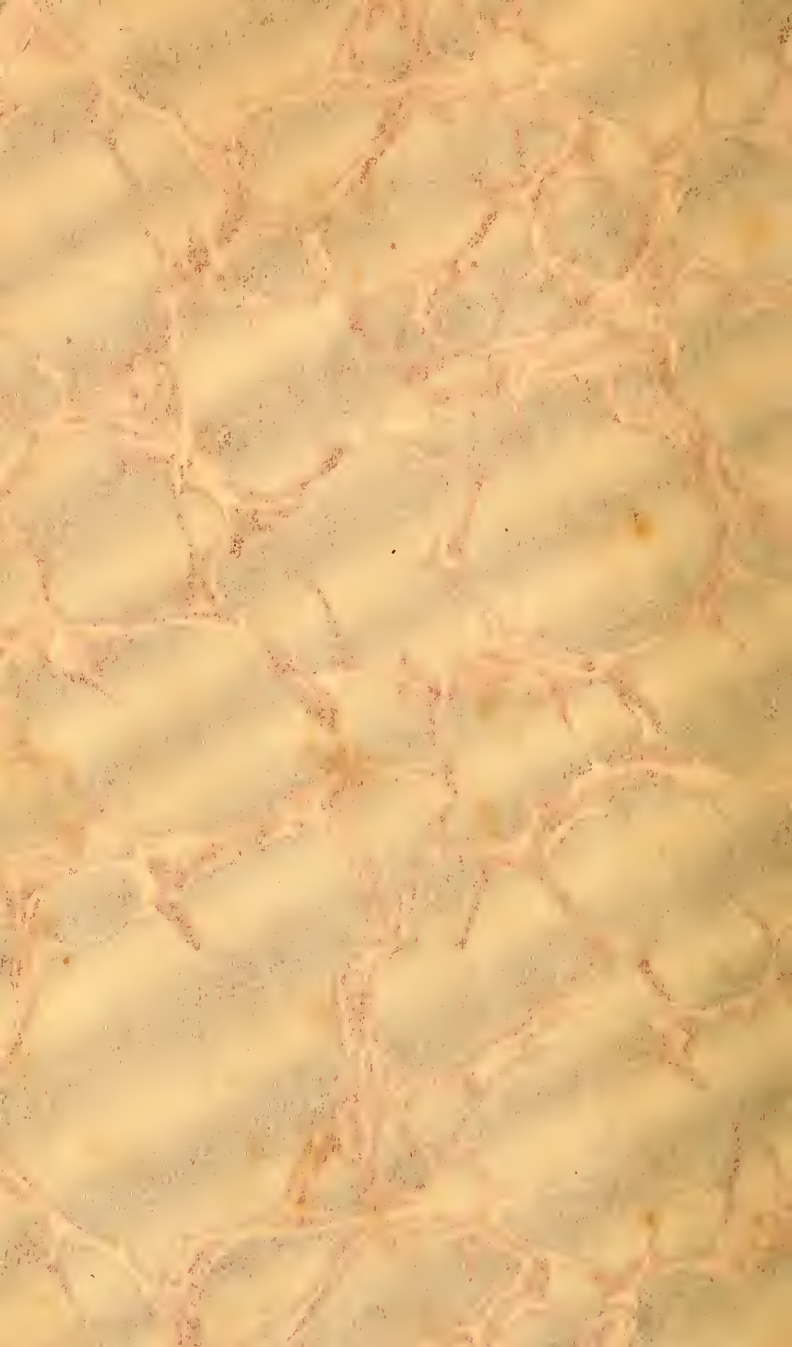

UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
BOOK CARD
Please keep this card in book pocket




a 00002 65800 1





AMÉRICA

JOSE MARTÍ

POR

ROQUE E. GARRIGÓ

Obra premiada con medalla de oro y regalo del honorable Presidente de la República por el Colegio de Abogados de la Habana

HABANA

IMPRENTA Y PAPELERIA DE RAMBLA Y BOUZA

PI Y MARGALL, NÚMEROS 33 Y 35

PRÓLOGO

Cuando Jesús Castellanos, uno de los miembros del tribunal que premió este trabajo, supo que era yo su autor, hubo de aconsejarme que ampliara, antes de editarlo, la parte referente á "la vida literaria de Martí". De buena fe prometí al distinguido literato y amigo mío seguir sus consejos. Llegaron las pruebas, y, en efecto, ni una sola línea he agregado al capítulo indicado. En cambio, han sido reforzados los capítulos en que se presenta "la vida política de Martí". Por ejemplo: en lo referente á instrucción pública y organización sanitaria, hago resaltar lo que *fuimos,* para que el público pueda comparar con lo que *somos.* Por otra parte, inserto íntegro el discurso *Los pinos nuevos y los pinos viejos,* que dió origen á la parte más emocionante de este relato, y al que se atribuye la viril inmolación del Apóstol.

Al proceder así, dejo incumplida la promesa al literato y de manifiesto una substancial diferencia de temperamento entre el consejero y el aconsejado. Él encuentra pobre lo que á la literatura de Martí se refiere; yo, en cambio, veo

menguado el relato de los hechos que hicieron á Martí, ó que Martí realizara. El es un enamorado del sentimiento artístico; yo un fiel servidor del acto subyugante. A él le encanta la belleza del procedimiento; á mí me arrebata solamente su eficacia; de tal manera, que si no hubiera estado compelido por el mandato del tema, no, jamás, me hubiese atrevido á invadir un campo que, tratado por mí, sólo podía dar por resultado una gran profanación. No se me oculta el mal, pero no es mía toda la responsabilidad. Hay una frontera grandemente acentuada entre la Historia y la Literatura. Se puede ser un artista haciendo historia, pero es muy difícil hacer crítica literaria sin ser un conocedor profundo de la literatura. No me duele confesar mi ignorancia en este sentido.

De todos modos, estoy satisfechísimo de poder poner en manos de mis compatriotas este defectuoso trabajo sobre la vida de Martí, porque, á pesar de tanto patriota, y sabios y literatos como hay en mi patria, ninguno supo, ó quiso ó pudo, disputarme el honor de haber dedicado horas de afán y de laboriosidad á la tarea de presentar los rasgos más sobresalientes de la vida de Martí á través del doloroso y triste cuadro de historia cubana.

Estoy satisfecho porque, no obstante todo lo anteriormente indicado, me parece que este libro sale en una oportunidad singular para Cuba y los cubanos, ya que la casualidad ha querido que ello suceda en el momento en que nuestro pueblo va á decidir sobre su capacidad pa-

ra el gobierno propio. Cuba, como pueblo que goza los privilegios de la libertad, ha ejercido por tres veces consecutivas el derecho del sufragio en elecciones generales. La única vez que usó de ese derecho ante un gobierno de naturales, brotó irremisible la convulsión. Estamos á punto de realizar el segundo ensayo, y una interrogación sombría nos envuelve.

El estudio de la vida de Martí, en su aspecto político, repeliendo todo lo que de colonial, y, por ende, vejaminoso, tenía Cuba, despierta en el espíritu grandes temores por el porvenir de sus instituciones republicanas; siguiéndolo en las profecías que él hizo sobre lo que en Cuba puede ocurrir después de emanciparse, esos temores se acrecentan y un vivo dolor invade nuestro ser. El crujido de la República que presidía el honorable Tomás Estrada Palma es un testimonio irrecusable de la gran verdad por Martí presentida, cuando dijo que algún día "se nos vendría encima la colonia con guante de república". Cuantos lean este libro podrán juzgar estas palabras.

Para satisfacción del público, ya que su curiosidad puede inquietarse al ver la preferencia que doy al nombre América al titular este trabajo, referente á la vida de un hombre en relación con la historia de uno solo de los pueblos del continente, podría hacerlo asegurando que Martí hizo obra continental, eminentemente americana; por lo que, su figura á toda la América interesa. Pero además de esa circunstancia, lo hago porque en mis dilatadas lectu-

ras sobre la historia americana me han sorprendido cuestiones de índole muy diversa, á las que no siempre se les ha prestado suficiente atención, las cuales considero como fragmentos casi perdidos y de extraordinaria importancia para el mejor conocimiento de nuestra evolución civilizadora. Y si mis compatriotas me estimulan, ó no soy atacado por el general desfallecimiento que nos rodea, las iré presentando bajo la general de "América" que llevan esta obra y la anteriormente publicada.

Por lo que á ésta se refiere, escrita en los días más inquietos y decepcionados de mi vida, la entrego á mi país sin sus apasionamientos ni sus odios. Fría exposición histórica, he tirado la pluma cada vez que el asunto me arrancaba un comentario ó en mi cerebro se retorcía una protesta. La concebí serenamente, y con amor la redacté. No he dado entrada en sus páginas á otros sentimientos. He querido que la leyeran todos los cubanos: los gobernantes, los políticos, los maestros, los soldados; he querido que á todos por igual interesara. Puede que él sirva para contener males que hoy parecen inevitables en la República que preside el honorable general José Miguel Gómez, si ellos lo leen con la misma sinceridad y amor con que fué escrito.

Yo no debo poner fin á este prólogo sin responder al llamamiento y solicitación de mi más íntimo reconocimiento, á fuer de agradecido, altamente estimulado por los que en distintas formas han contribuído á este trabajo. Al se-

ñor Figarola Caneda, eminente bibliógrafo cubano, en primer término, por sus indicaciones y los ricos materiales que puso á mi disposición, de los que dudo haber sabido hacer buen uso. Al Dr. Miguel Viondi, el amigo de Martí, después, por las largas horas de tiempo que distraje del suyo tan ocupado, oyéndolo referir las cualidades del que fué su socio de bufete, y de cuyos relatos pude formarme exacta cuenta del carácter y la psicología del Apóstol. A los generales Cebreco, González Clavel y Collazo, compañeros de armas del biografiado, especialmente éste último, por los documentos que me facilitara, y á todos ellos, por las noticias que me dieron de la vida del Maestro en la manigua. Mi reconocimiento para tan dignos colaboradores es tanto mayor, cuanto que sus servicios, más que á mí personalmente, favorecen á la patria y á su historia, las únicas que me he propuesto venerar.

R. E. G.

La Habana, 16 de septiembre de 1911.

INDICE

PÁGS.

CAPITULO I

INTRODUCCION.

Peligros del análisis de la historia contemporánea.—Los agitadores son producto del medio.—Ejemplo.—Por qué Italia produjo á Camilo Benso.—Política austriaca.—Desesperación del pueblo italiano.—A pesar de Matternich, *L'Italia e fatta*.—Para conocer á Martí, hay que estudiar la Cuba de sus días.—Los grandes hombres no son más que el reflejo del alma de la multitud que guían.

> *"El estudio de la Historia está comprendido en la biografía; porque siempre me ha parecido á mí que Carlyle pronunció la más profunda verdad cuando dijo que la historia de cualquier país está en la biografía de los hombres que la hicieron.*—WHITE."

José Martí fué el creador genial de una de las más brillantes páginas de la historia de Cuba. Al comenzar este trabajo de indagación y comprobación histórica, de la que habrá de surgir, en todos sus aspectos, la figura veneranda del Apóstol, lo hago profundamente inquieto, conscientemente emocionado, porque, como dice Nordau, "cada vez que un historiador se arriesga á abordar los tiempos contemporáneos ó un pasado apenas desaparecido, se elevan en seguida contra él protestas apasionadas que no son ciertamente todas inspiradas por el espíritu de partido, y una avalancha de rectificaciones cae sobre él; todas las cuales no

tienen tampoco por objeto obscurecer ó arrojar sombras sobre una verdad que pudiera redundar en menoscabo de determinados amores propios y determinados intereses".

Hipólito Taine, con toda la profundidad analítica de su mentalidad prodigiosa, no pudo escapar de las livianas asechanzas de los impresionables, ni del desvío de los explotadores, al publicar "Los orígenes de la Francia contemporánea". Y como una biografía de Martí no es, ni puede ser, otra cosa que los orígenes de la República Cubana, cae el espíritu en evidente alarma ante la posibilidad de una rectificación mal comprendida; ó, lo que es peor aún, la aparición serena, rigurosamente inducida de la realidad de las cosas, de una responsabilidad intolerable siempre y siempre repudiada por la superficial impresión del mayor número.

Pero si es verdad que, por lo regular, en el curso turbulento de los hechos humanos que determinan lo más sobresaliente de una época, el *summum* de aspiraciones y de consecuencias se concentra en la figura de un hombre que los sintetiza, no es menos cierto que ese mismo hombre no es otra cosa que la resultante del medio en que se agita, para defenderlo de sus sufrimientos, redimirlo de sus dolores; sufrimientos y dolores que él mismo ha experimentado. No es el río el que se desborda; son las grandes acumulaciones de agua en sus lejanas fuentes las que hacen rebasar sus márgenes. No es tampoco un espíritu el que, laborando,

crea una de las infinitas formas del sentimiento en las multitudes; es el estado latente de ese sentimiento en la multitud el que hace surgir el agitador, apóstol ó maestro. El siente con más intensidad el dolor común, y lo denuncia; ve con inquietud más honda su origen, y lo protesta virilmente; con ansiosa solicitud busca el remedio, y lo pregona; á ese pregón consagra su vida. Y, por lo regular, desde Cristo hasta Martí, esa vida es la de los triunfadores.

No importa el lugar, ni el tiempo obstaculiza esta regla confluente y afluente del espíritu humano. En todo el curso de la Historia se advierte la comprobación rigurosa de este movimiento invariable. Haré que un ejemplo, distinto por el tiempo y el lugar, pero similar por origen y resultado, lo corrobore. Nunca me ha parecido nada más normal y sencillo que el pasado para comprender el presente, y hasta para llevar rayos de luz sobre el futuro nebuloso. Hagamos que Italia nos brinde, con su historia, este recurso.

La historia de Italia, por ser la del pueblo latino más privilegiado de su estirpe, y el que más directa y asoladoramente experimentara la acción vitanda de todas las tiranías, es la que más vivos reflejos puede ofrecernos para averiguar cómo la conciencia nacional prepara el advenimiento de un apóstol, y, á la vez, nos hará comprender cómo todo apóstol no es otra cosa que la concentración, en un espíritu fuerte, de todos los dolores y sufrimientos de una época, haciendo de ese modo que su queja y su

lucha sean la lucha y la queja de la multitud que habrá de seguirlo, á través de las mayores vicisitudes, al triunfo definitivo de sus afanes.

La historia italiana es una de las más tristes que ofrecerse pueda á los interesados en este ramo del saber. Cuando las armas de Napoleón hicieron llegar á lo largo de la península Apenina, desde la cumbre de los Alpes, el emocionante rumor de sus victorias y la seguridad de que la Italia pasaría á ser distinguida porción de su naciente y ya grande corona imperial, el pueblo italiano experimentó la secreta impresión de que, al fin, la era del orden, del engrandecimiento, de la libertad, y, sobre todo, de la unidad nacional, estaba cerca; les venía encima con el ejército que bajaba desde la cumbre alpina. Motivos de un orden fundamental acrecentaron justificadamente esta esperanza. Sobre la noción divulgada de que Bonaparte sustituía en cada batalla la tiranía por la libertad, la ley arbitraria de los déspotas por la escrita de la democracia, los italianos veían en él al compatriota, que sólo dejó de hablar lengua italiana cuando, salido de la adolescencia, ingresó en la academia militar francesa. Por ello, Italia, que había sentido estremecimientos cuando la revolución, colmóse de esperanza á la vista de los estandartes imperiales. Invadida la península, Napoleón ofreciólos concluir para siempre con sus antiguas y prolongadas miserias. Sus promesas, en parte, fueron cumplidas. Después de ciento cincuenta años que hacía que aquel pueblo perdiera la libertad de

sus municipios, que historia tan gallarda legaron á la posteridad, Italia se disponía á entrar en el período que constituía el más gigantesco de sus sueños: el de la libertad, la prosperidad, la fraternidad y la gloria. La espada del corso cumplía su programa. "Redujo á tres los quince déspotas que asolaban al país; derribó la funesta administración de los Borbones, el Papado y Hapsburgo; dictó mejores leyes; expulsó á los jesuítas; desautorizó la influencia monacal; destruyó el bandidaje; impulsó y restauró los estados, que parecían meros cadáveres; y, mejor que todo eso, vigorizó la dormida idea de una nación italiana".

La realidad respondía á la esperanza concebida, mientras la estrella de Napoleón brilló imperante. Pronto, sombras parciales empezaron á mancharla; y cuando el eclipse, y tras de él la puesta, se acercaba, junto á ese quebranto, la Historia, con rara ironía, iba á marcar otra más terrible y dolorosa para Italia. Las promesas de Napoleón no fueron más que un gesto de su parte y una cariñosa esperanza para los italianos. La península se vió nuevamente subdividida y entregada al capricho de sus hombres, dándose el singular espectáculo de que, en más de una ocasión, parte del territorio nacional caía en manos de los peores enemigos de Italia. La entrega al Austria, por el tratado de Campoformio, nada menos que de la República de Venecia, fué un acto de abandono y crueldad muy superior al que los italianos podían esperar. La posesión por Aus-

tria de aquel pedazo de suelo italiano significaba la pérdida total de su soberanía, y así sucedió, como recompensa á la sangre y á los huesos italianos que en su locura regara Napoleón desde Madrid á Moscow. La influencia austriaca volvía á ser predominante en Italia. Los desastres y agonías anteriores profundizaron más y más hondo la conciencia nacional. Italia, como antes, se descuartizó en pequeños principados. La Normandía y Venecia, al Norte, pasaron á ser reinos de propiedad austriaca. La casa de Saboya se había anexado la república de Génova. En Toscana dominaba la casa de Hapsburgo. Cerca de Toscana, un número de pequeños estados, como Parma, Lucca y Módena, era gobernado por terribles déspotas, austriacos ó de austriaca educación. Sobresalía entre ellos el duque de Módena, Francisco IV, el peor de todos. Hacia el Sur, los estados de la Iglesia. El reino de Nápoles, mejor conocido por el reino de las dos Sicilias, seguía en la corriente mutiladora de la Italia. Un desenfrenado despotismo, enfangado con todas las manchas de la tiranía, se desarrollaba sombríamente, bajo la cumbre augusta de los Apeninos. El pueblo italiano se retorcía, sufriente, bajo el peso implacable de su suerte amarga. Y allá en Austria, el más estupendo de los reaccionarios europeos, Metternich, reasumía su estado de conciencia, al hablar de los italianos, escupiendo esta famosa sentencia de su ironía: "La Italia es una simple expresión geográfica". Bajo ese estado de

cosas, el pensamiento de la unidad italiana era un gran crimen. Hablar de libertad, democracia, justicia que fuera distinta á la oficial, más en consonancia con la naturaleza humana, eran actos de franca y decidida rebelión. Para los libros que se atrevían á romper el molde oficial, estaba el índice papal, con su secuela de fulminante condenación para los autores, y el grillete y la cárcel de los déspotas. La instrucción, tanto universitaria como primaria, fomentaba este propósito de los detentadores de la voluntad popular. Metternich mandó decir á los profesores de la famosa Universidad de Padua que no quería estudiantes sabios, sino súbditos obedientes. Al índice fueron á tener las obras de Grocio reclamando el arbitraje, y las de Galileo probando la redondez del globo, como mucho más tarde el pequeño libro de Beccaria, un profundo y religioso clérigo; libro que, con el título de "Los crímenes y las penas", introdujo una revolución en el mundo y sufrió la misma suerte. En la ópera "Il Puritani" se hizo sustituir la palabra *libertad* por la de *lealtad*. En Milán, en 1834, por orden del gobierno austriaco, se hizo publicar un catecismo político, en el cual se leen estas cuestiones:

Pregunta.—¿Cómo debe comportarse el súbdito hacia su soberano?

Respuesta.—El súbdito debe comportarse como verdadero esclavo hacia su amo.

Pregunta.—¿Por qué debe el súbdito comportarse como esclavo?

Respuesta.—Porque el soberano es el amo, y tiene poder sobre sus posesiones y sus vidas.

Nápoles tuvo un código semejante, pero con sentencias mucho más aplastantes aún. En uno de sus capítulos, titulado "Libertad", hay este diálago:

"*Discípulo.*—¿Es cierto que todos los hombres nacen libres?

Maestro.—Completamente falso, y esa mentira acerca de la libertad es una mera maldad que los modernos filósofos usan para seducir al pueblo y destruir al mundo".

Tal era el fomento de la cultura italiana. Todo libro había de pasar por el tamiz de siete censuras: por el censor literario; por el censor político; por el censor eclesiástico; dos veces por la censura de la Inquisición; la censura del arzobispo, y, por último, por la censura policíaca. El alma endemoniada de Metternich, por medio de espías napolitanos, austriacos ó del papado, lo invadía todo, la iglesia, el café, el hogar, para descubrir las más íntimas ideas políticas de los hombres. El cincuenta por ciento de los italianos no sabía leer ni escribir, y en los estados del Papa—y ésta es una gran gloria, una estupenda gloria, digna de la institución sobre que recae—, la proporción se eleva á ochenta y cinco por ciento, igual al que predominaba en Nápoles y Sicilia. Los tiranos, y el Papa sobre todos ellos, para perpetuar el salvaje aspecto de la Italia, impedían la construcción de ferrocarriles, por lo que á la educa-

ción y á la unidad nacional ellos favorecer podían.

Con la segunda revolución francesa, aunque conmovió mucho á los italianos, pocas conquistas positivas alcanzaron, como no sea la rebelión resuelta de ilustres pensadores que, con Mazzini á la cabeza, agitaron la península, hasta que, en 1831, unidos á Carbonari, se fundó la sociedad secreta "La Joven Italia", con ideales de unidad, de libertad, de justicia y de fraternidad para la patria. La actividad política se acrecentó, y el ambiente de dolor y opresión hizo surgir como precursores á poetas como Alferi, Nicolini, Rosseti y Giusti; filósofos como Rosmini; novelistas como Guetrazzi y el nunca igualado autor de "Promessi Sposi", Manzoni. Por eso, en 1833, el director general de policía de Milán dió instrucciones á los oficiales públicos de la frontera para vigilar á un tal Camilo di Cavour, "quien, á pesar de su poca edad, está hondamente corrompido en principios políticos".

Ahora, lector, asimílate al espíritu ese gran cuadro de perturbaciones morales en todo orden, y por lo que en ti produzca, deduce las emociones del alma italiana en período tan cruel, el más vitando de su historia. Como el náufrago en la soledad abierta de un mar enfurecido, que en cada zarpazo de sus olas espera la muerte, la Italia, agonizante, buscaba un clavo ardiente á que asirse, y éste apareció, conquistador desde los primeros momentos y

triunfante siempre, en Camilo Benso, conde de Cavour.

Camilo Benso, conde de Cavour, nació en 1810, bajo la soberanía de Napoleón. Su familia fué siempre distinguida en Italia; su madre, católica, descendía de protestantes suizos. En la Academia Militar de Turín alcanzó el grado de teniente de ingenieros; su predilección fueron las matemáticas, y desde muy joven habló con relativa perfección las lenguas francesa é inglesa. Como ingeniero, estableció en su patria manufacturas, molinos, ferrocarriles y una línea de vapores en el lago Maggiori. Fué agricultor. Sobre todas estas manifestaciones de su actividad, aparecían como nota dominante en él sus ideas políticas, á las que en toda oportunidad prestó preferentísima atención. En una carta á un amigo íntimo, consignó estas palabras: "Yo puedo asegurar á Ud. que abriré mi camino. Conozco que soy enormemente ambicioso, y cuando sea ministro espero justificar mi ambición. En mis sueños me veo ministro del reino de Italia". Tenía entonces 24 años; y hablar en aquella época de la unidad italiana era un gran crimen. Y viajó después; visitó la Francia, Inglaterra y Suiza. En Inglaterra absorbió las ideas sajonas y estudió vigorosamente el sistema parlamentario, los métodos de agricultura, manufacturas y todas las ramas de la economía nacional.

Con ese caudal fecundo, acumulado en un alma preparada para tan grandes empresas, volvió á su patria, donde el contraste le hizo

concebir más hondamente los dolores en que desde muy niño habíala visto retorcerse, y comenzó la gigantesca obra á la que había de consagrar el resto de su vida; obra que había de rebasar los límites de la Italia para convertirse en continental. Y la comenzó prácticamente, fundando escuelas de agricultura y agitando en periódicos y revistas, italianas y europeas, los más profundos problemas económicos. En 1847 fundó en Turín un diario, "Il Risorgimento", de carácter eminentemente político, que repercutió en Cesare Balbo con su famosa obra "Delle Speranze di Italia". El nombre de Cavour, ya conocido en Europa, empezó á conmover extraordinariamente á la Italia. Su primer éxito fué el estatuto publicado por el rey Carlos Alberto, obra de sus esfuerzos, primera piedra para la libertad de los piamonteses, primer brote para una libre y unida Italia. El fué la idea; su brazo, seguidamente, apareció en Giuseppe Garibaldi.

El concurso de estos dos hombres, que se armonizan en conjunción genial del pensamiento, salvan y redimen á la patria enferma y tiranizada. Con asombro del mundo, se une á Francia, á Inglaterra y á Turquía, comprometiendo á los piamonteses en la guerra de Crimea contra las armas rusas. Buscaba su objetivo; no en esa guerra, sino en sus consecuencias, si los aliados vencían. Su genio diplomático se reveló sutil y previsor en ese acto que la Europa consideró ridículo. El valor de los piamonteses apuntó en favor de Cavour tan alto

relieve, que fué admitido, en el tratado de París, como miembro del Congreso, en representación de los piamonteses; oportunidad que aprovechó solamente para increpar al Austria, denunciando á Europa su abominable tiranía sobre Italia, y si inmediatamente nada consiguió, su acusación quedó viva en los corazones, y más tarde hizo propicia á la Italia la influencia de Napoleón III y del regente de Prusia, que pronto degeneraron en hostilidad contra Austria. De él pronto surgió la libertad de Lombardía, pero él la ansiaba más intensa, desde los Alpes hasta el Adriático. La espada de Garibaldi, colaborando en esa obra, fantástica por la enormidad del poder que se oponía, se rebeliona, vence en la Sicilia é invade la península. Y, por fin, después de una larga serie de alternativas entre la diplomacia de Cavour y la espada cruenta de Garibaldi, en 1861 se reune el primer parlamento en Turín y se proclama la unidad italiana, con Víctor Manuel por rey constitucional y el conde de Covour como presidente del nuevo ministerio. Sólo faltaba Roma para el complemento de la gran idea del estadista; el Papa parecía invencible.

Parece que el destino ha dispuesto que los grandes hombres no puedan nunca ver realizadas sus grandes empresas, y Cavour no pudo ver á Roma sometida. Ya muy enfermo, en las puertas del sepulcro—de ese sepulcro que tanto venera la Italia de hoy, en el campo santo de Pisa—, Castelli le preguntó el tiempo que él consideraba necesario para rendir á Roma;

estuvo silencioso un minuto, durante el cual miraba fijamente á Castelli, y dijo: "Dos años". En su lecho de muerte, por sus labios vagaba constantemente esta expresión: *L'Italia e fatta;* una de las últimas frases que le dirigió á su confesor fué ésta: *Frate, frate, libera chiesa in libero estato.* A su muerte, en 1871, Garibaldi hizo á Roma la capital de Italia.

La gran proyección del espíritu de Camilo Benso sobre la Italia, y el dominio que su acción temeraria ejerció sobre el movimiento político de su época, revelan el fondo de la gesta, la entraña de los orígenes de los grandes acontecimientos históricos. Mirado así, por encima de las páginas del relato, á primera vista, juzgando por el primer golpe de impresión, parece que es el hombre, un hombre, el que crea, anima, pone en movimiento y desarrolla el estado general de la conciencia colectiva é inclina á la consecución de un fin generoso, y cuyo anhelo, amaestrando las muchedumbres hasta el martirio, hízolas coadyuvar con su sangre al levante de la libertad soñada y la justicia y reparación solicitadas. Parece que es así, que es su espíritu el que inflama á los demás; pero en las interioridades del mecanismo social, de la psicología colectiva, á poco que se ahonde, aparece revelador el gran principio del dolor general, que, polarizado en el alma silenciosa y sufriente de los más, de los amorfos, plantea el problema cuya crisis expansiva provocara. El hombre, como individualidad aislada, no puede, cualesquiera que sean sus facultades, las más

extraordinarias y estupendas que pueda concebirse, sugestionar á una multitud hasta el grado de hacerla experimentar un sufrimiento que no sea real; y, mucho menos, predisponerla en favor de un remedio cuya necesidad no comprende, y que, para conseguir, tiene que ofrendar á torrentes sangre fecunda. Pero el agitador—Cavour es un alto ejemplo—, más sensible que el resto, y que el resto menos resignado, ruge, con soplido de huracán, contra la tiranía que á todos sojuzga, y su eco cae como la pólvora sobre ascua. Y la agitación empieza, y la comprensibilidad tumultuaria abre su espíritu al problema, y comienzan las reuniones secretas; primero en el lugar en que vive el agitador, después en la provincia, luego en la nación entera. El nombre del agitador se pronuncia en todas partes. El pide lo que todos ansían como necesidad suprema, y todos lo siguen en la predicación primero, en la revolución más tarde. Quitad de encima de la conciencia italiana la obra de Austria, de la casa de Saboya y la de Hapsburgo, y Cavour no hubiera sido más que agricultor ó ingeniero. Metternich lo agigantó á un grado imponente, tanto, que se impuso con su palabra, su pluma y su acción. Hubo un momento en que dominó el espíritu de la Europa. Su alma se engrandecía tanto, que en sus proporciones llegó á ser continental. Lo mismo fué Martí para el continente americano. Cuando leemos en las silenciosas páginas de los libros el aturdido y estruendoso resurgimiento de los pueblos, se escapa de los labios esta ex-

presión: "¡Cuánto nos parecemos en el relato!" Y, en efecto, la historia de Cuba, cuyo engranaje arrastrara á Martí á la caída heroica de Boca de Dos Ríos, guarda una analogía sombríamente similar á la de la Italia de Cavour. Y entre ambos existe este sarcástico parecido: ¡no vieron su obra! Estudiemos la de Cuba, para memoria de su mártir.

CAPITULO II

CUBA DE 1851 A 1868.

Coincidencias históricas.—Gobierno de Pezuela.—Gobierno del general Concha.—Estado social, político y económico de Cuba.—Gobierno del general Dulce.—Su informe sobre el estado político y económico de Cuba.—Declaraciones de Juan Russel en el parlamento inglés.—Estado de la instrucción pública.—La guerra es el grito de un pueblo caído en desesperación.

"O España concede á Cuba derechos políticos, ó Cuba se pierde para España.—José Antonio Saco."

En el curso secreto y misterioso de los acontecimientos históricos, llamados á determinar sobre el porvenir de un pueblo, hay ciertas coincidencias de tan extraña como evidentísima realidad. Si fuese posible asegurar que la historia de Cuba, hasta el preciso momento en que de ella vamos á ocuparnos, presenta tonos que aminoran un tanto el insoportable peso de su conjunto, cabe decir que el nacimiento de Martí acaece en el más sombrío y sangriento período de la desventurada historia cubana. Prescindiendo de los agudos movimientos que internacionalmente provocara el estado social de la Gran Antilla, muy especialmente de parte de Inglaterra, por aliviar su situación ante el inconcebible estado social, político y económico

de Cuba, es lo cierto que en 1851, dos años antes del nacimiento de Martí, dieron comienzo en nuestra patria las protestas armadas contra una tiranía por todos conceptos reprobable. La mayor y más conmovedora muestra de cómo se desenvolvía el régimen colonial encuéntrase precisamente en el año 1853, el propio año del nacimiento del que más tarde había de ser nuestro Apóstol, siendo Gobernador General de la Isla el Sr. Pezuela. De naturaleza hidalga este general, fácil á las inclinaciones legales, y por ende mal avenido con el desorden y la arbitrariedad reinantes en este país, que explotaban con desenfrenada usura unos cuantos imbéciles, para los que el amor á su patria estribaba en codiciada supremacía por adquirir toneladas de oro, hizo conducir sus primeras providencias á impedir la infamante trata africana, que, no obstante el tratado de Inglaterra, se realizaba para desdoro de España y afrenta de sus colonias. Ese movimiento, que por sí solo bastaba para dar un golpe de luz al sombrío cuadro de desdichas cubanas, levantó fulminantes protestas de parte del elemento español contra el general Pezuela, á quien en cierta ocasión se le acercó un delator denunciándole conspiraciones separatistas cubanas y augurándole tal vez muy próximos movimientos revolucionarios, y con el propósito de que su obra fuese completa, le alargó una lista en la que figuraba el nombre de cada uno de los complicados en el movimiento insurgente. El general Pezuela aparentó extraordinaria indignación, y toman-

do la lista de su mano, preguntó al delator la clase de suplicio que á su juicio merecerían tales traidores; como el delator contestara que ni aun en la hoguera pagarían debidamente su traición, Pezuela, tranquilamente, como quien se había dado cabal cuenta de la situación del pueblo que gobernaba, repuso sonriendo: "Tenéis razón; voy á quemar á esos traidores; á quemarlos á todos, sin dejar uno vivo siquiera"; y acercando aquel papelucho á la luz de una vela que próxima á ambos había, lo hizo cenizas sin leerlo, agregando: "Ya estáis complacidos".

Un general así, un gobernante de ese empuje y de esa alma, no estaba llamado á gobernar por mucho tiempo nuestra patria. Su antecesor, D. Valentín Cañedo, consintió la trata y condenó á muerte á D. Eduardo Facciolo por ser el dueño de la imprenta en que se editaba el periódico "La Voz del Pueblo Cubano". En el mismo año de 1853, y de la pluma del mandarín funesto, salieron fulminaciones de muerte, sentencias á presidio y multitud de destierros; todos los que caían sin piedad sobre el desdichado hijo de Cuba.

Política ésta que destruía Pezuela y que era continuación de la que veinte años antes inaugurara el general Tacón, bajo cuyo mando fueron reducidos á prisión los componentes de una compañía de ópera que actuaba en la Habana, porque en la representación de la obra "Los Puritanos" se invocó la *libertad*. Como en Ita-

lia, el tirano de Cuba hizo cambiar el vocablo invocado por el más socorrido de *lealtad*.

Por eso el mando de Pezuela no era el que convenía á los españoles de Cuba. Aquellos patrioteros y mercachifles sintieron tal indignación por Pezuela, su prensa gimió tanto y el ruido que hicieron llegar á España fué de tal naturaleza, que el gobierno metropolitano, desconocedor supremo, como siempre fué, de las cosas ultramarinas, prestó oído á los alborotadores de Cuba, y labrando su propia ruina ordenó el relevo del Sr. Pezuela, á los nueve meses de gobernar la Capitanía General Cubana. Ante este episodio asombra que los españoles de la calle Muralla, y sus acólitos en todo la colonia, no enviasen á Pezuela como residenciado á la Península.

Ellos necesitaban, para satisfacer su elevado y ardiente patriotismo, teñir el suelo con sangre de cubanos, y sobre todo, hacer posible en sus negocios un gran margen de ganancias; y esto lo consiguieron esplendorosamente bajo el segundo mando del general José de la Concha, quien tomó posesión el 21 de septiembre de 1854.

Examinemos ligeramente cuál era el estado económico en aquellos momentos. La más singular de las manifestaciones de la política económica, conocida en nuestra historia con el nombre de "la cuestión de las harinas", en su aspecto general, era el de la protección en beneficio de los especuladores, con evidente ruina para los colonos. La modificación arancelaria

fué de un efecto y estaba influenciada por una despreocupación inconcebible. Las harinas nacionales adeudaban al fisco colonial dos pesos por barril en bandera española, seis pesos bajo bandera extranjera; las harinas extranjeras devengaban ocho pesos cincuenta céntimos bajo la bandera nacional, y nueve pesos cincuenta céntimos si también fuesen exportadas bajo bandera extranjera. La diferencia tan enorme en el impuesto equivalía á una prohibición casi absoluta de las harinas extranjeras, lo cual empeoró la balanza de 1854, cuyo resultado arroja una importación española de este artículo por 281,397 barriles, con un valor de $3.517,118; mientras que la extranjera no pasó de 7,237 barriles, por valor de $90,462. De 1,119 barriles que ingresaron en el depósito mercantil, 862 fueron reexportados.

Ese resultado demuestra que la producción extranjera se hallaba casi excluída del mercado de Cuba, con irritante y absoluta protección nacional. Los Estados Unidos, que por la abundancia de sus harinas y su proximidad á la Isla eran los que más sufrían la consecuencia de esta privación, tomaron medidas de represalia gravando el café y cerrando sus puertos á los barcos que navegaban con bandera española, con perjuicio evidente para el propio comercio español. El Sr. Ramón Pasarón y Lastra, intendente que fué de la Isla de Cuba, puntualizando esta cuestión, agrega: "Fácilmente se comprende que semejante estado de cosas es perjudicial para los intereses de Cuba, los de la

Península y los de nuestra marina mercante. ¿Qué sucederá en la Isla el día que por cualquier eventualidad falten allí las harinas españolas y se consuman las que están almacenadas? ¿Cómo se saldrá del conflicto si la nación más inmediata no puede ó no quiere proveer aquel mercado con sus harinas en una situación apurada? ¿Podrá contarse con que llegarán á tiempo de remediar el mal las que acudan de otras naciones extranjeras de Europa, cuando para llegar á aquellos puertos tienen que transcurrir cuatro meses lo menos desde el pedido? Y aunque se salvaran todos estos inconvenientes, ¿cuántas serían las fortunas que tendrían á su alcance el pan desde que al precio consiguiente á la escasez se aumentase el de un impuesto tan exorbitante como lo es el de nueve pesos cincuenta céntimos un barril con los demás recargos? Hoy mismo, la mitad de la población cubana no come pan por la elevación de su precio, á pesar de las muchas harinas que llevan allí nuestros buques desde Santander, y del módico derecho que adeudan á su importación. Además, alejada como está la concurrencia extranjera de este artículo, queda el nuestro exclusivamente dueño de aquel mercado; puede venir un día en que, puesta de acuerdo media docena de negociantes, acaparen todas las harinas españolas llegadas á Cuba, y las conviertan, cuando les acomode, en objeto de un monopolio, tanto más repugnante cuanto que recae sobre una mercancía que todos necesitan para vivir. Las rentas del Tesoro, á su vez,

pierden la crecida suma que adeudarían las harinas extranjeras que viniesen á cubrir la falta que dejan las nacionales en el aprovisionamiento de la Isla. Hemos asegurado que la mitad de la población no come pan. Supóngase la libre concurrencia, que aunque no calculemos más que á libra diaria de consumo por cada individuo que hoy no disfruta aquella ventaja, el aumento sería de 500,000 libras al día. Súmense las del año; fíjese el número de barriles que para este aumento de consumo sería necesario; dedúzcase el derecho de 4 pesos á cada uno en bandera española y de 6 en la extranjera, y resultará probado que las rentas públicas sufren en el día una pérdida gravísima. La siguiente demostración, en la cual omitiremos los quebrados, para que salga en partidas redondas, probará esta verdad.

Suponiendo que cada individuo coma una libra de pan diario, corresponde anualmente al millón de habitantes que tiene la Isla 365 millones de libras, que, á razón de 64 por fanega, y cuatro de éstas por barril, hacen:

Barriles.	1.425,789
Importados en 1854.	288,643
Para proveer de una libra á cada individuo, faltan.	1.137,146

El dato es sencillamente desesperante. No puede darse mayor desacierto por parte de un gobierno, ni pueblo alguno jamás se vió tan

duramente impulsado á su desesperación y á su ruina.

Al gobierno de Pezuela había llegado la Isla de Cuba á las más menguadas condiciones en todo orden. A partir de Tacón, acentuáronse aquellas corruptelas públicas que las Audiencias de Santo Domingo, primero, y Puerto Príncipe más tarde, habíanse propuesto corregir. En 1818, en el orden civil campeaba el imperio de la disolución. La propia iglesia católica, con sus prerrogativas, sus procesiones y campanas, lo mismo alborotaba al vecindario que ponía en libertad á los penados. Por autos de la Audiencia principeña se prohibieron las fiestas de San Juan y San Pedro, "con objeto —dice la disposición—de precaver los excesos que en años anteriores se han cometido, extinguiéndose para siempre las carreras de caballos y demás que en tales días se acostumbraba". La propia Audiencia dictó auto prohibitivo de liberación de penados realizada por el clero sin mediación de los tribunales civiles; asimismo reglamentó los toques de campanas. Más tarde, en días del general Tacón, todos estos males se desarrollaron como vegetación maravillosa en campos fecundos. Bien triste es el recuento que de ellos hace esta autoridad en su memoria, la cual, si trató de corregir algunas, como el crimen y su impunidad, hizo gala, en cambio, de favorecer con largueza todas las licencias y los vicios todos, que al pueblo corrompen y tórnanlo en propicio á la tiranía.

En 1854, la corporación que con carácter sanitario existía en Cuba, por decreto de 17 de agosto fué declarada consultiva del Gobernador Capitán General, quien reasumió las atribuciones de administrador activo que le correspondían, convirtiéndose, por ello, en medida eminentemente militar y desamparando de ese modo la vida civil, á la que esperaban días peores que aquellos lejanos en que la Audiencia de Puerto Príncipe, en providencia respecto á la limpieza de la Habana, decía: "Ni las disposiciones de policía que se han dictado, ni el celo de las autoridades y ministro encargado de la ejecución, han sido bastante á impedir que en los patios y casas se aglomeren basuras y otras cosas inmundas, y menos que se arrojen después á las calles en horas en que no pueden ser vistos; de aquí proviene el desaseo que es consiguiente á tan pernicioso abuso, y que se carezca de la limpieza que corresponde á una ciudad populosa y de tanto tráfico como la Habana; de aquí el que, arrastrado todo por las corrientes, se tupan los desagües públicos, se obstruya el libre curso de las aguas y se dificulte el tránsito de los vecinos; de aquí el que padezca la salud pública por los vapores que exhalan las aguas detenidas, el fango y demás que comprende; y de aquí, por último, que pasando ese cieno á la bahía, se experimente en aquel puerto el daño que trató de precaver Su Majestad con los otros perjuicios que son consiguientes".

Ese cuadro, que se remonta setenta y nueve años atrás, casi un siglo, en muy poco, si en algo, se diferencia de los que encontró en esta misma ciudad de la Habana el departamento sanitario del ejército americano de ocupación; y es que los gobernantes españoles sólo dedicaban su atención, si bien con deficiencia insigne, á sus cuarteles y soldados.

Bajo el gobierno del general Concha en este segundo período de su mando, el desenfreno de la tiranía pareció exasperarse. Ya en 1851, este gobernador había pedido al gobierno metropolitano que se le concedieran amplias facultades para el gobierno de la colonia, porque, decía: "el Tribunal de la Real Hacienda quiere invadir las atribuciones de la administración civil, y el Tribunal Mayor de Cuentas, desenterrando antiguas y desusadas disposiciones, pretende desconocer la autoridad superior del Gobernador General, y abrogarse la facultad de imponer penas á los dependientes de aquéllas, que ni son, ni pueden caber jamás dentro del límite del círculo de sus atribuciones, sin conculcar todos los principios y socavar por su base el gobierno civil de los pueblos. Con ánimo no menos hostil, la Real Audiencia pretorial se opone á toda innovación que tienda á privarle de la importancia que cree recibe de su intervención en los negocios administrativos; y el Gobernador General se ve obligado á oir su dictamen, ó el de los alcaldes mayores, en materia mera y exclusivamente de gobierno civil, para evitar el cargo que en caso contrario

se le haría en el juicio de residencia. Extraño y repugnante contraprincipio, Excelentísimo Señor, que el hombre ilustrado no puede menos de rechazar, y que coloca al Gobernador General en una situación degradante y vergonzosa. Recientemente se halla aún el caso de haber un alcalde ordinario reunido el Ayuntamiento del pueblo sin permiso del Teniente Gobernador; y para resolver si aquél se había hecho acreedor á un apercibimiento ó á una multa en este negocio, pura y sencillamente gubernativo, el Gobernador General no pudo obrar por sí mismo, sino que se halló obligado á oir la opinión de un alcalde mayor. ¡A tal extremo reduce la legislación vigente la autoridad del Gobernador General! Como si ésta no se hallara aún suficientemente rebajada, el alcalde apercibido ó multado puede apelar de la providencia, y admitida la apelación, está en los tribunales de la Real Audiencia el revocar la disposición asesorada. Una apelación en caso análogo ha sido ya interpuesta; mas si se admite y la Audiencia revoca mi providencia, yo no podré consentirlo en un negocio gubernativo; rechazaré la de la Audiencia; y he aquí, Excelentísimo Señor, un nuevo conflicto, una complicación nueva, que viene á hacer más y más angustiosa la posición del Gobernador General de la Isla. Mientras esto sucede, el Gobierno, por real cédula de 29 de enero, proclama la independencia del orden judicial, y declara que el Gobernador General y demás jefes civiles no tendrán ya jurisdicción ordinaria".

Tal era, presentado por sus propias palabras, el gobernante que sufría Cuba cuando José Martí tenía tres años de edad. Bien clara queda consignada la mente de ese gobernante, el concepto que tenía de los pueblos y su mórbida propensión á la tiranía; tiranía que dejó profundamente grabada en la tierra cubana con el agarrotamiento de Ramón Pintó el 22 de marzo de 1855, la condena á presidio de muchos cubanos y las incontables deportaciones de otros; y todo, asómbrese el lector, porque el general Concha dió crédito al delator que, pocos años antes, con tan profundo desprecio acogiera el general Pezuela. Epoca también en que, posiblemente, el padre de Martí, oriundo de Valencia, humilde empleado del gobierno colonial y exaltado defensor del imperialismo prevaleciente en el país, miraba inquieto, atribulado tal vez, el desarrollo de su hijo, que, por nacimiento y la influencia del medio tropical, le hacía presentir la contradicción flagrante de sus propios pensamientos, autócratas y reaccionarios, con los de su tierno hijo; realidad vaga, visión confusa, que le exasperaba hasta el grado de temer relajaciones y quebrantos en los vínculos de su paternal sentimiento.

En la propia época, se hacía jurar á todo empleado el absurdo principio de que el pueblo no podía intervenir en la formación de sus leyes; principio análogo en su fondo, aunque distinto en su manifestación, al de Metternich exigiendo á las universidades italianas que no

formasen hombres sabios, sino adictos obedientes al tirano.

Siguen á estos dos gobernantes otros un tanto dulcificadores de las calamidades cubanas: el gobierno del general Francisco Serrano y el del general Domingo Dulce y Garay. Este último, en sus informes respecto á la situación política de Cuba, revela la suma gravedad en que ésta se encontraba. Conviene, interesa mucho á nuestro propósito, recoger aquí sus propias palabras: "Por lo que respecta á aspiraciones, no es posible poner en duda que los esclavos desean ser libres; y los libres de color ansían por irse elevando á la igualdad de derechos civiles; que los blancos insulares claman por asimilarse á las demás provincias, salvas las excepciones que exijan las circunstancias de la suya; que esa opinión prevalece también, aunque no sostenida públicamente, entre muchos peninsulares y canarios; que sólo una fracción de aquéllos y éstos se pronuncia contra aquella aspiración, ya por espíritu de provincialismo, ya por temores exagerados, ya porque á su interés individual convenga el presente estado de cosas; ya, en fin, y éste es el mayor número, porque sin haber meditado, ni estar quizá en actitud de meditar esta cuestión, siguen el impulso y las aspiraciones de aquellos de quienes dependen por su empleo ó ejercicio; que también están por el *estatu quo* no pocos de los empleados, por motivos demasiado obvios para que sea necesario explicarlos; y, por último, que los extranjeros de origen europeo

son en general indiferentes á esas aspiraciones locales; mas no sucede lo mismo con los de procedencia americana, los cuales tienen simpatía por los insulares".

Bien claro dejó consignada el general Dulce la situación política de Cuba; situación hondamente lacerada por el choque inflamado del mercantilismo patriotero de una parte de la población de la Isla y el agudo sufrimiento de la mayoría, que soportaba tanta maldad acumulada; pero si de éstas sus palabras no resulta vivo y emocionante el estado indecible de la situación cubana, óigase lo que en el mismo informe, y al hablar de la situación económica, decía al gobierno metropolitano: "Un país poco cultivado, cuyos recursos naturales tropiezan al desenvolverse con obstáculos de distintas especies, y cuya escasa población está dividida por tal diversidad de clases, condiciones, deseos y aspiraciones, tiene ya en sí elementos de descontento por lo presente, y de desconfianza para el porvenir, suficientes para producir esa especie de malestar vago é indefinido, y esa propensión á alarmarse en cualquier emergencia que hace tiempo se observa en Cuba; pero aun hay otras causas que, más ó menos directamente, influyen en un malestar y desconfianza, tales como excesivas centralizaciones, que hacen aparecer á la autoridad mayor responsable de multitud de detalles á que no le es posible atender, y que, lejos de robustecer, debilitan su acción y prestigio; el sistema tributario allí vigente y los costos y tropiezos de una recauda-

ción y administración tan complicada; los aranceles, que, so pretexto de protección, dificultan y perjudican el movimiento comercial y marítimo, fomentan la defraudación, imposibilitan un comercio de buena fe y afectan desfavorablemente bajo este triple aspecto los intereses generales de la nación y los particulares de la Isla; un sistema de aduana costosísimo, recargado de trámites y formas que no evitan el fraude y molestan y embarazan al negociante honrado; la falta de participación de aquellos habitantes en la clasificación y distribución de los impuestos, ó sea la carencia de diputaciones provinciales y de todos los demás elementos de organización administrativa y económica de la provincia; la insuficiente participación del elemento popular en las elecciones de Ayuntamiento; la defectuosa división territorial, así en lo político, administrativo y económico, como en lo judicial y eclesiástico; el sistema de tenencias de gobierno en las poblaciones de orden secundario, confiadas exclusivamente á militares, y el no menos defectuoso sistema de capitanías de partido; la excesiva reglamentación en varios ramos de servicio público; la innecesaria intervención del Gobierno en asuntos en que el interés privado es la mejor garantía de acierto, y las dificultades con que, por esta causa, lucha el espíritu de especulación y de empresas. Y, por último, las ordenanzas de matrículas, que, en vez de proteger la industria marinera, la han disminuído y casi anonadado en una isla que, por la multitud y excelencia de

sus puertos, y por los inmensurables cayos ó pequeñas islas que la rodean, presta tantos alicientes y facilidades para la pesca, para el cabotaje y demás industrias de mar".

Estas exhortaciones, hijas del buen deseo de los españoles conscientes del estado de opinión en el mundo, y sobre todo de las protestas que en todas partes surgían por tan bárbaros procedimientos coloniales, que eran opuestos á todo avance civilizador, no repercutían en el duro corazón del gobierno metropolitano. Aquel gobierno prestaba siempre más atención á las comunicaciones de los españoles adinerados, que pedían el mantenimiento del *estatu quo,* que á las otras súplicas, como la que, dirigida al duque de La Torre y firmada por más de veinticinco mil personas, que la suscribieron en la Habana, Cuba, Puerto Príncipe, Matanzas, Cárdenas, Cienfuegos, Trinidad, Holguín, Remedios y casi todas las demás ciudades de la Isla, fueron remitidas á Madrid por conducto de algunos diputados, muy especialmente por el de los senadores D. Antonio Fabie y D. Andrés de Arango. Pero para Cuba no había esperanzas, por la increíble incuria de los gobernantes españoles, que siempre prestaban oído al enfático y agudo grito de los comerciantes ultramarinos, que en nombre de la integridad de la patria habían convertido el comercio exterior en un inmenso sistema de contrabando. Así era el patriotismo por ellos sentido. Para enriquecer sus bolsillos, sometían á las crueldades del hambre á la población colonial, y

amaban el sistema reinante por lo favorable al fraude de la propia nación, cuyo imperio falsa é hipócritamente querían perpetuar. Y todo eso en los momentos mismos en que la Europa colonial, convencida ante los propios descalabros del sistema, cambiaba de rumbo, abría, generosa, más francos caminos á la libertad política y comercial. Todo eso, necesario es repetirlo, algunos años después que lord Juan Russel (1850) exponía un programa de política colonial que, impresionado al mundo, sirvió de norma á la política inglesa desde entonces. En un trabajo de la naturaleza del presente, para que resalte grandemente el desastre gubernamental español, y en justificación de los movimientos convulsivos que en nuestra patria esos desastres habían de provocar, se hace necesario estampar lo fundamental y más solemne de las declaraciones de Russel; así se expresó el eminente político inglés: "En lo referente á nuestra política comercial, puedo asegurar que ha caído por completo el sistema del monopolio. La única precaución que debemos tomar es la de procurar que nuestras colonias no concedan ningún privilegio á una nación en detrimento de otra, y que ellas no impongan sobre nuestros productos ningún impuesto que equivalga á una prohibición. Yo creo que nosotros tenemos razón al pedir esto, en compensación de la seguridad que les hemos dado. Estamos decididos á no retroceder en la resolución de que, de aquí en adelante, nuestro comercio debe fundarse ex-

clusivamente en este principio: sois libres para recibir todos los productos de todos los países que están en disposición de procurároslos á más bajo precio que vuestras colonias, y por otra parte, las colonias son libres para traficar con todas las partes del globo, del modo que estimen más ventajoso para sus intereses. A lo referente á nuestras relaciones políticas con las colonias, os acomodaréis al principio de introducir y mantener, en cuanto sea posible, la libertad civil en todas vuestras posesiones. Yo creo que en toda ocasión que afirméis que la libertad política no puede introducirse en una colonia, daréis las razones suficientes de esa excepción; entonces tendréis que probar ya que se trata de una raza que no puede todavía tolerar las instituciones libres, ya que la colonia no está compuesta de ciudadanos ingleses, ó ya que éstos no están en ella más que en tan débil proporción, que no sea posible implantar semejantes instituciones con la seguridad de su buen éxito. Y á menos que nos suministréis estas pruebas, y siempre que se trate de una población capaz de gobernarse á sí misma, si continuáis siendo los represntantes de la colonia en lo que se refiere á la política exterior, no tendréis, sin embargo, que intervenir en sus asuntos interiores, más que en aquello que clara y decididamente sea necesario para prevenir un conflicto en el seno de la colonia misma. Y por lo menos, puedo declarar que éstos son los que ha adoptado el actual gobierno. Y no sólo opino que estos principios son los que deben guiaros, por-

que actualmente no ofrecen peligro alguno, sino que pienso, además, que ayudarán á resolver en el porvenir muchas graves cuestiones, sin exponeros á una tan desgraciada colisión como la que se nos ofreció al terminar el pasado siglo. Reflexionando sobre el origen de esa fatal guerra con las comarcas que después han llegado á ser los Estados Unidos de América, no puedo menos de creer que ella fué el resultado, no de un simple error ni de una mera equivocación, sino de una larga serie de errores y de equivocaciones, de una malhadada política de tardías concesiones y de exigencias inoportunas. Tengo la confianza de que ya no tendremos que deplorar conflictos semejantes. Preveo, de acuerdo sin duda en esto con todas las mejores inteligencias, que algunas de nuestras colonias crecerán de tal manera en población y riqueza, que tendrán que decirnos un día: "Ya somos bastante fuertes para vivir independientes de Inglaterra. El vínculo que á ella nos une nos resulta pesado, y ha llegado el momento en que, amigable y estrechamente unidos á la metrópoli, queremos proclamar nuestra autonomía". No creo, á decir verdad, que este tiempo esté muy cercano á nosotros; pero hagamos, mientras tanto, por nuestra parte, cuanto podamos por hacerlas aptas para gobernarse á sí propias; démosles, en cuanto sea posible, la facultad de dirigir sus propios intereses. Crezcan ellas en número y prosperidad, y cualquier cosa que nos reserve el porvenir, nosotros, ciudadanos de este grande imperio, tendremos el consuelo de

poder decir que hemos cooperado á la felicidad del mundo....."

La política del mundo, que acogió impresionada el programa augusto que acaba de presentarse, no hizo efecto alguno en los eximios gobernantes españoles. Entregados por entero á las patrioterías de los especuladores de sus colonias, dejaron cruzar las palabras de Russel, como si nunca se hubiesen pronunciado, ó si, conocidas, fueran de un efecto secundario. Así perdieron hasta los últimos restos de su imperio colonial. Por lo que á la época que analizamos respecta, era necesario que la desesperación del pueblo cubano lo empujara ciego á la revolución del 68, bajo cuyas llamaradas y olas de sangre empezó á formarse la fisonomía heroica, á través del temperamento audaz, del turbulento protagonista cuya obra política es objeto de este estudio. Es decir, vamos á presenciar la formación del alma ardorosa y revolucionaria de José Martí.

Pero antes de acometer esa empresa, habida cuenta de que la cualidad más sobresaliente, el impulso más ingenuo anidado en el espíritu de aquel á cuya memoria escribimos, fué de una dominante pasión, siempre continuada y nunca contenida, por la enseñanza, como justificación á esa manifestación vital de su obra, que es como corona que resplandece en toda su existencia, el deber impone con imperativo categórico la obligación de aludir á otro aspecto de la vida colonial.

Ese otro aspecto del régimen español, que no puede quedar olvidado en esta presentación de datos cuyo conjunto ofrece clara idea de la situación cubana bajo el rígido imperio metropolitano, es aquel que á la instrucción pública se refiere. Por el año 1859, cuando el Sr. Bachiller y Morales escribiera sus *Apuntes para la historia de las letras y la instrucción pública de la Isla de Cuba,* nuestro eminente historiógrafo dividió el proceso educacional antillano en cinco largos períodos, cuyos títulos dan clara noción de lo lento y contradictorio que fué en Cuba ésa, la más importante y principal manifestación dentro de un orden social normalmente establecido. Esos cinco períodos son como siguen: el *Primitivo,* desde la población de la Isla hasta 1794; el de *Organización,* desde 1794 hasta 1824; el de *Decadencia,* en la educación gratuita, desde 1824 á 1833; el de *Ampliación y Mejora,* desde 1833 á 1846; y el de *Centralización,* de 1846 en adelante.

A estas épocas, muy anteriores á la que comprende este estudio, responden aquellos días en que la instrucción primaria no existía con el carácter de pública, y en las tres primeras las mujeres, los negros y los indios, estaban proscritos de toda enseñanza. Las corporaciones religiosas eran las encargadas de esta elevada función social, y ellas la distribuían solamente entre los que estaban económicamente capacitados para alcanzar estudios superiores. Hasta el establecimiento de la Sociedad Económica de Amigos del País, y sobre todo, después de la

real disposición de 28 de febrero de 1793, que le confirió la facultad de iniciativa en la enseñanza, pocos, si algunos, eran los beneficios que en esta materia alcanzaban; de tal modo, que, habiendo dicho que eran las instituciones religiosas las encargadas de la enseñanza, basta citar el caso de que la Sociedad Económica se vió compelida á pedir que se gravase, con beneficio á las escuelas, la rica renta de la mitra, que dilapidaba en opulentas ostentaciones. En grata recordación á tan triste período, no debemos olvidar las nobles solicitaciones del general D. Luis de Las Casas, cuyo nombre fué amado por los educadores de su época (comenzó su gobierno en 23 de junio de 1790), y en la misma desarrolló su fecundo ingenio Francisco Arango y Parreño, cuyo plan de reformas de la enseñanza superior es conocidísimo.

Así las cosas, continuaron hasta que tomó el mando el general Concha, y ya dicho queda: caemos dentro del período histórico á que prestamos preferente atención. Sea el propio General quien nos informe acerca del estado de la instrucción en la Isla, á cuyo efecto trasladamos sus propias palabras á la Corona dirigidas en 15 de mayo de 1851: "Había á la sazón en toda la Isla 286 escuelas y colegios destinados en todo ó parte á la enseñanza de las primeras letras. Asistían á ellas 11,033 alumnos de ambos sexos, de los cuales 3,682 recibían gratuitamente la instrucción, y 7,351 la pagaban. Según los cálculos del autor de la memoria, sobre una población libre (excluyendo el

ejército y los transeuntes) de 571,993 almas que tenía la Isla de Cuba, debían hallarse en la edad de adquirir los conocimientos que supone la instrucción primaria 92,192; y como sólo asistían á las escuelas y colegios, según se ha visto, 11,033, resulta que 81,159 se quedaban sin lo que ni uno solo debiera carecer, exceptuando los muy contados á quienes el cuidado paternal se lo proporciona dentro del recinto del hogar doméstico. Los que recibían la instrucción primaria con los que debieran recibirla, están, por consiguiente, en razón de 1 á 8, y con la población libre, rebajados también los transeuntes y el ejército, en la de 1 á 52.

V. E. sabe muy bien, para que tenga yo necesidad de demostrarlo, que pocos pueblos cultos ofrecerán en su estadística de instrucción resultado más triste que los que en la suya presenta, según lo dicho, la Isla de Cuba. Y es tanto más deplorable, cuanto que en los vecinos Estados de la Unión Americana se halla en la situación más próspera, dándose con ello lugar á comparaciones desfavorables para nosotros, que han de ejercer precisamente una influencia perjudicial en la opinión de estos habitantes. Es probable que la estadística que en la actualidad se forma ofrezca un resultado más ventajoso, porque en estos últimos años recibió algún impulso la instrucción primaria, principalmente en el departamento oriental; pero no será de mucha consideración esta diferencia favorable, porque subsisten todavía, según ma-

nifestaré después, las causas que producen el mal de que se trata".

Conveniente es advertir al lector que en este informe el Capitán General José de la Concha hacía referencia al estado de la instrucción primaria el año 1848. Por eso alienta la esperanza que se desprende del párrafo final, de que fuesen más halagadoras las estadísticas en aquellos momentos practicándose. Y bueno también es llamar la atención del lector que á ese período posterior alcanza la vida agitada é inquieta de los Saco, José de la Luz y Caballero y José Ignacio Rodríguez, los cuales, unos en el ocaso de su vida y otros en la aurora de la misma, arrebataron conjuntamente sus energías para romper la sombría noche que en materia de instrucción pública mantenía en perpetuas tinieblas á nuestra patria. A pesar de tan generosos estímulos de parte de cubanos, la obra que realizaran jamás los satisfizo. Como se verá más adelante, el abandono más absoluto reinó siempre en la noble tarea de enseñar. Pero sigamos las cosas por su orden.

Cuanto hemos dicho por boca del propio general Concha afecta solamente al estado de hecho de la enseñanza y á los medios puestos en práctica para difundirla en nuestra población, bajo el imperio del analfabetismo más absoluto en la época á que se hace mención; en cuanto á las causas primordiales de tan triste acaecido, dejemos la palabra al propio general y gobernante español: "La causa de este corto número de alumnos, de la indotación de los

maestros y de la falta de escuelas normales, es necesario buscarla en la mezquindad de los fondos destinados á la instrucción primaria en esta Isla. Con efecto, según memoria estadística de que dejo hecha mención, se reducían en 1847 á los siguientes: 17,173 pesos que daba la Real Hacienda; 10,000 la Junta de Fomento; 4,639 los Ayuntamientos; 4,848 que se sacaban de suscripciones, incluyendo entre éstos lo que pagaba el gremio de Mareantes de Cuba, y 3,839 producto de censos é imposiciones hechas por algunos particulares á favor de la instrucción primaria; total: 40,449 pesos; única cantidad destinada á la enseñanza gratuita en los tres departamentos ó provincias que componían la Isla de Cuba, que es quizás el país en que menos vale el dinero, y en donde por lo mismo son más caros todos los artículos de consumo. Ahora bien, ya ha visto V. E. que los alumnos que reciben gratuitamente la instrucción son 3,682; y como la cantidad que á esto se destina es de 40,449 pesos, resulta que sólo se paga algo más de diez pesos al año por cada uno. Si se reunieran 100, por ejemplo, en cada escuela, el maestro y su ayudante contarían con una dotación de 1,000 pesos, que apenas basta para sostenerse con decencia; pero como en la mayor parte de los pueblos no pasan de 40, queda reducida aquélla á 400 pesos anuales; ganancia inferior á la de los jornaleros, á la de los esclavos mismos, que cuando se alquilan reciben por lo regular 17 pesos mensuales y la comida, que suponen una cantidad mayor de 400 pesos anuales. De estas

observaciones deducirá V. E. que con los actuales recursos no sólo no puede aumentar el número de alumnos gratuitos, ni crearse seminarios para la formación de maestros, sino que deben hallarse en la mayor estrechez los que se dedican en lo actual á una vocación tan recomendable, á no ser que cuente con un número bastante de discípulos que paguen, y esto sólo puede tener lugar en las poblaciones grandes y ricas".

Cierto que las esperanzas alentadas por el gobernante, y estimuladas por los meritísimos cubanos á que se ha hecho referencia, hicieron que las cosas cambiaran un tanto en favor de la instrucción primaria en la Isla, al extremo de que durante el segundo mando del general Concha, dicha autoridad pudo rendir un nuevo informe al Gobierno de su nación, en el cual, si bien es cierto que exagera tanto los beneficios en este orden alcanzados, no puede negarse que nunca éstos fueron hasta el grado de dar á la colonia la suficiente distribución de enseñanza elemental, cual demandaba su condición y su rango exigía. No hablamos á humo de paja. En 1861, el 19.2 por ciento de la población cubana sabía leer. En 1887, la proporción se elevó favorablemente á 27.7 por ciento, llegando en 1899 á 36.0 por ciento la proporción de los que sabían leer y escribir en la Isla, que en aquellos momentos surgía al concierto de las naciones libres. Es necesario fijar un poco la atención en estas cifras. Véase que de 1861 á 1887 el analfabetismo de nuestra población *de-*

cae en siete puntos y medio, comprendiendo 26 años este período escolar. De 1887 á 1899, ó sea en 12 años, el *descenso* acusa un rápido progreso de algo más de 9 puntos, en su proporción total por cada 100 habitantes. Pero en este período este *descenso* favorable no puede atribuirse á un mejoramiento en el sistema de enseñanza, sino á los estragos de la guerra emancipadora, cuyos efectos se sintieron más rudamente en la población escolar y rural, que la reconcentración diezmó horriblemente. Eso es lo que representa la labor colonial en este sentido.

Tal era el ambiente respirado por quien, á impulso de una vocación incontenible, fué siempre, desde que tuvo uso de razón, maestro de sus semejantes, como quedará vivamente demostrado en todos los actos de la existencia de Martí. Tal era, en síntesis, el cuadro general que se desarrollaba en la sociedad cubana, cuyos dolores, como siempre donde la Historia los ha mostrado y por idénticas causas producido, habían de arrancar el grito que parte unánime de la conciencia colectiva caída en desesperación; grito que iba á tener el último y más resonante de sus ecos en Martí: ¡la guerra!

CAPITULO III

LA GUERRA DE 1868.

Intranquilidad pública.—Declaración oficial del movimiento armado.—Martí al presidio.—Lersundi inflama á los voluntarios.—El general Dulce.—Tumultos.—Fusilamiento de los estudiantes; su repercusión en Martí.—La abdicación de Saboya.—Martí bajo la bandera republicana en España.—La paz.—Martí comienza su obra.

"Hay momentos en la vida en que los más enérgicos se sienten invadidos por cansancio invencible.— ENRIQUE PIÑEIRO."

Bien entrado ya el año de 1868, tanto dentro del elemento español como del cubano, que integraban la totalidad de la población de la Isla, advertíanse signos evidentes de lo embarazoso y anormal que iba siendo el ambiente político. No puede desconocerse que, por discretos y singulares que puedan haber sido ciertos contactos, alguno debió existir para preparar el ánimo español en ultramar en favor de los acontecimientos que se desarrollaban en la Península y que iban á tener resonante evidencia en Alcolea destronando á Isabel. Por otra parte, el advenimiento del 10 de octubre conmovió en el silencio la conciencia cubana, que, en parte, á ciencia cierta, y en parte por mera penetración de los tiempos que corrían y los aconteci-

mientos que se avecinaban, mostraba esa natural ansiedad intranquilizadora por lo que se teme y á la par se desea, uniendo á ese estado de ánimo la positiva alarma y la justa zozobra del que vive entre enemigos. En aquellos días, ser cubano en Cuba y no ser servil vistiendo el uniforme, era síntoma evidente de deslealtad á la integridad nacional.

El general Lersundi, de empaque quijotesco y alma reaccionaria, era el llamado á afrontar la situación y estado de cosas que se acercaba, y á su arranque efectista y vanidoso, tocado de una jactancia insolente, debió Cuba los más sangrientos días de su historia, y España la página más abominable de sus anales.

Por el artículo "Laboremos", de un diario reformista de las Villas, se vió claramente que los reformistas conocían los acontecimientos españoles, hasta que al fin, á fines de septiembre se publicó el cambio político ocurrido en la metrópoli. Las autoridades, que comprendían su situación eventual, la casi seguridad de su relevo, permanecían inactivas, sin acordar nada de acuerdo con las circunstancias y sólo atentas al despacho ordinario, en espera de instrucciones. Pero la agitación se hacía cada día más intensa por parte de los cubanos. Los significados entre ellos recorrían la Isla. Las sociedades y círculos secretos acentuaban su actividad.

"Desde mediado de 1868—dice Enrique Piñeyro ("Morales Lemus y la Revolución de Cuba")—, tenían constituídas en muchas ciudades y villas de la Isla juntas secretas para

preparar la independencia; las logias masónicas, que en algunas partes se componían solamente de cubanos, sirvieron de núcleos, y como la aspiración era idéntica, comenzó á agitarse la cuestión política en muchas partes á un mismo tiempo. En una de esas juntas, y con el papel que correspondía á su corta edad, laboró Martí, bajo la dirección y estímulo de su maestro el Sr. Rafael M. Mendive, siendo ésta la iniciación de su espíritu para caer siempre al lado de la justicia y la libertad.

Es posible que en los momentos mismos en que el joven Martí recitaba un soneto en la calle del Prado, hijo de la genial inspiración de su maestro, montaba Céspedes sus cuarenta hombres en el batey de Demajagua, el 10 de octubre de 1868. Pero lo cierto es que el 13 del propio mes, con el melancólico laconismo con que se anuncian siempre los grandes acontecimientos, la *Gaceta Oficial* de la Habana puso bajo el sol esta noticia: "Según telegrama recibido de Yara, jurisdicción de Manzanillo, se levantó el día 10 una partida de paisanos, sin que hasta ahora se sepa ni el cabecilla que la manda ni el objeto que los conduce. Suponemos unidos á ellos los bandoleros perseguidos en otras jurisdicciones, y su importancia debe ser escasa, cuando en el mismo pueblo de Yara tuvo un encuentro antes de ayer con una pequeña columna de soldados que salía de Bayamo en su persecución y huyeron á los pocos tiros que se cruzaron, dejando en el terreno del encuentro, sin duda para mejor ocultarse, cinco es-

copetas, un trabuco, cuatro machetes, una lanza, diez caballos ensillados ó enjalmados y un muerto de bala de fusil; todo sin la más leve herida de un soldado de la columna, que ayer siguió la persecución de los fugitivos. De Cuba y otros puertos de la Isla concurren fuerzas considerables del ejército, ya para dispersar en breve tiempo la gavilla levantada, ya para que en las jurisdicciones inmediatas no secunden el ejemplo de este escándalo, tanto más criminal, cuanto que coincide con momentos en que el interés principal de la Isla es la conservación del orden para no comprometer objetos de inmensa importancia social. Sobre los criminales, que serán cogidos, y que, según bando publicado ya, están incursos en la jurisdicción militar, caerá pronto inexorable el peso de la justicia".

En este preciso instante de nuestra historia, conmovedora por la grandeza del movimiento iniciado, trágico por el sombrío cuadro de su prolongada labor devastadora, los actos comenzaron á formar el alma de Martí; el contacto unido con la realidad servían de fundente crisol para modelar su alma, y el alma de sus ideales, hasta entonces sólo esbozados al suave calor de la enseñanza espiritual de sus padres y maestros. Con sus dieciséis años sobre su cuerpo, pero con un arranque de voluntad sólo concebible como en él lo era, firma una carta, con Fermín Valdés Domínguez, que arrastra su humanidad hasta el presidio. Con el grillete al pie, se dió cuenta exacta de lo que era la esclavitud. El cabo de vara azotando á compañeros

como él, privados de libertad personal, por el delito de querer ser libres en el orden moral y político, mostróle el nauseabundo aspecto de la tiranía. Frente á ella, monstruosa y mancillante, vigorizó sus sentimientos de dignidad, afianzó su ideal humanizante, sintió á la patria, la quiso libre, y cayó en el número de los grandes, por el esfuerzo, por el amor y por el genio; se unió á "los hombres que sueñan con la federación universal, con el átomo libre, dentro de la molécula libre", como él mismo dijo en estupenda síntesis de su pensamiento en su primer folleto, "El Presidio Político en Cuba". Hay un párrafo en esas páginas, mezcla de dolor, de indignación y de protesta, de defecto de concordancia y hasta de infantiles naderías, pero que todas ellas constituyen una explosión sincera de la dignidad adolorida; hay en ellas, repito, un párrafo que da la medida de sus sufrimientos; y otro, que es el programa futuro de su propia vida, previsto sin quererlo, acaso sin conciencia de sus propias palabras, revela el candente estado de su alma cuando dijo: "Dante no estuvo en el presidio. Si hubiera sentido desplomarse en su cerebro las bóvedas obscuras de aquel tormento de la vida, hubiera desistido de pintar su Infierno. Las hubiera copiado, y las hubiera pintado mejor".

El espectáculo de Cuba en guerra abierta contra la tiranía arranca del pensamiento esta verdad, que parece hija de un psicólogo de la multitud, pero que en él son palabras de un vidente: "El pueblo es ignorante y está dormido.

El primero que llegue á su puerta canta hermosos versos y lo enardece. Y el pueblo enardecido, clama".

En el fondo de ellas late el programa de su porvenir. Son iguales á las de Napoleón á su madre; idénticas á las de Cavour á su amigo; sólo las diferencia el medio indirecto del pronóstico. Se igualan en que los tres cumplieron su palabra.

Es la estrella de los genios; Martí fué uno de ellos.

Toda la sombría leyenda de su condena y reclusión en el presidio, de la que recibió en plena alma ideas de singular grandeza y acumulación copiosa de virilidad enardecida de esperanzas, la cierra él mismo en estas sencillas y elocuentes frases, reveladoras de la profunda transformación ya operada, y que brotan de una carta que enviara á su maestro momentos antes de embarcar: "De aquí á dos horas—decía Martí—, embarco desterrado para España. Mucho he sufrido, pero tengo el convencimiento de que he sabido sufrir".

En estas palabras ya está perdido el énfasis nervioso, y aparece el acento suave y emocionante del futuro sugestionador de multitudes. Para siempre, desde entonces, junto al fondo de predominante melancolía de su espíritu, aparecerá, sonoro y robusto, el temple acerado de sus resoluciones.

Pero quedan dos actos más que harán una revelación del período preparatorio de Martí, con un énfasis tan singular, que su obra poste-

rior nos habrá de parecer tan natural como la salida del Sol, y su influencia tan bienhechora y fecunda como la del astro.

No obstante las fuerzas considerables de que nos habló Lersundi en su boletín, noticiando el levantamiento de Yara, y la poca importancia que le diera, es lo cierto que á los pocos días, las cuarenta escopetas salidas de la Demajagua muy pronto se acrecentaron en proporción geométrica, y que las fuerzas disciplinadas y bizarras del ejército español recibirían en la frente distinguidas señales del valor contrario, en Holguín, con su brillante acción de la Periquera. Pero no era Lersundi el llamado á seguir dirigiendo la campaña. El gobierno español lo relevó á poco de estallar el movimiento. No se puede dudar que Lersundi sintió herida su soberbia al ser destituído del mando de Cuba; él, que había demostrado sus arranques impetuosos de reaccionario, muy especialmente en la Junta de Notables, en la que se quería inducir al Capitán General á solicitar reformas liberales del nuevo gobierno en beneficio de Cuba; punto éste en que se negó á toda iniciativa, con la sola decisión de acatar cuanto la superioridad le ordenase.

En lo que sí puso mucho cuidado Lersundi fué en reanimar las instituciones voluntarias, que casi habían desaparecido después del fracaso de Narciso López, y distribuir armas y municiones á todo español que las solicitara con plaza de voluntario. Los alentó con tan mala intención, que, juzgando serenamente sus actos,

sospéchase que de ellos quería valerse para recuperar, en otro día, el gobierno que se le escapaba de las manos. Su proclama de despedida es un documento realmente subversivo; de apariencias sentimentales, bulle en su fondo un caldeado virus de venenoso despecho y de baja relajación moral, con que la envidia mal encubierta prepara el terreno para frustrar los éxitos y las glorias que, deseadas, mira con sombrío humor en otra frente que la propia. Véase el documento:

"Próximo ya á entregar á mi sucesor un mando que no busqué, y, aunque honroso, sólo pude aceptar bajo el imperio de circunstancias extraordinarias, vengo hoy á daros un cariñoso ¡adiós!, y á aseguraros prosperidad y gloria militar, si gloria militar pudiera encontrarse en el triunfo de enemigos cuya única evolución es huir, y cuya vida y cuya fuerza consiste en su propia debilidad.

"Al inaugurarse el escándalo de Yara, os dirigí mi voz, recordándoos sencillamente vuestra elevada misión y la esperanza en que todos cumpliríais vuestro deber; y vuestro deber y vuestra misión han sido cumplidos de un modo que jamás podrá olvidarlo vuestra patria agradecida. Los unos corristeis á los campos donde se presentó la revuelta, y en veintiséis encuentros habéis mostrado que los enemigos que tenéis delante no están á la altura de vuestro denuedo; los otros volvisteis á cruzar las costas, y no contentos con el cumplimiento de vuestro encargo especial, aprovechasteis toda ocasión

para uniros en tierra con vuestros compañeros de armas y compartir con ellos la satisfacción de desbandar y perseguir á los insurrectos; los otros, en fin, los voluntarios, dejasteis vuestros negocios, abandonasteis vuestras fortunas, y sin más estímulo que el amor á la patria, más de treinta y cinco mil españoles empuñasteis voluntariamente las armas y guarnecisteis, en cuerpos organizados, los pueblos casi todos de la Isla, dando con ello un ejemplo digno de vuestros antepasados y de la santidad de la causa que defendéis.

"Todos, soldados, marinos y voluntarios; todos habéis merecido bien de la nación española y alcanzado títulos de gratitud de los habitantes honrados y pacíficos de la Isla, porque el conjunto de fuerzas que habéis traído al pie del lábaro santo de nuestra nacionalidad constituye por sí solo una fuerza inexpugnable para ésta y una esperanza fundada, para la Isla, de una completa y pronta pacificación del territorio oriental, todavía perturbado y víctima del espíritu de bandolerismo que caracteriza á esa fracción menguada y sólo conducente hoy á desgarrar las entrañas de la misma tierra que protestan defender.

"Si pudo haber peligro aquí para el dominio español (que no lo hubo jamás) cuando los acontecimientos de septiembre último vinieron á sorprendernos en el sueño de confianza de que este país fidelísimo no podía abrigar en su seno elementos de traición y de perfidia, ese peligro pasó, y no queda ya de él más que una gran

perturbación campestre, falta de todo, encerrada próximamente en el territorio donde naciera en octubre, que, á pesar de las dificultades que la Naturaleza y las condiciones del país oponen á su exterminio, está condenada á desaparecer ante la acción enérgica de los elementos poderosos de que dispondrá discretamente mi sucesor.

"La paz de la Isla está próxima, no lo dudéis; pero si queréis lograrla pronto y conservarla mucho, preciso es que los buenos españoles viváis prevenidos á toda asechanza de los que, impotentes por sí para arrancar á nuestra patria querida este pedazo de su gloria y nacionalidad, procurarán llevaros á exageraciones como medio de romper vuestra confianza en la autoridad y destruir la fuerza de unión de los buenos patricios, ante la cual han visto que el *ahora ó nunca* de la consigna revolucionaria ha quedado reducido á *ni ahora ni nunca,* por el camino de la fuerza.

"Conservad vivo, como hoy, este amor á la patria; tened confianza en la autoridad legítima que os mande; estad prevenidos á las asechanzas de los astutos; despreciad el bulto, el ruido y el espanto con que os pintarán las circunstancias, como lo han hecho ya, y veréis evaporarse esa rebelión, acariciada por muchos ilusos en la teoría, pero imposible y espantosa hoy para la Isla desde que se ha presentado en el campo de los hechos con su aspecto sangriento y destructor.

"Yo parto, soldados, marinos y voluntarios, en obediencia á los destinos que los sucesos me hayan deparado; pero salgo con la honda pena en mi corazón de no seguir compartiendo con vosotros la envidiable misión de restituir por completo á este territorio su paz perdida, y sobre todo, con el dolor de separarme de mis soldados de la patria para combatir.

"Consuélame, sin embargo, la seguridad de vuestros futuros triunfos, y el indudable, próximo y feliz éxito de vuestra empresa; porque, español y miembro de la gran familia militar, mi satisfacción está donde están vuestras satisfacciones, y mi gloria donde está la grandeza de mi patria; de esa patria, soldados, marinos y voluntarios, que agradecida os contempla, y en cuyo nombre os saludo al grito de ¡Viva España, y con ella la ventura y la paz de Cuba!

Vuestro Capitán General,

Lersundi".

Esta proclama inflamó el sentimiento patriótico de los voluntarios é hízoles entrever su imponente poder en los destinos de la gobernación de la Isla. La frase aquella de "tened confianza en la autoridad legítima que os mande", pero "estad prevenidos de las asechanzas de los astutos", después del grito aquél de *"ni ahora ni nunca,* por el camino de la fuerza", fué un golpe florentino contra la autoridad del general Dulce. El vino embriagante de la soldadesca, que tan pronto y tan horriblemente perturba, lo hizo beber Lersundi á los voluntarios, en la

proclama que tantos desórdenes había de producir en Cuba, el mismo día de su publicación (3 de enero de 1869), en la gran parada de despedida, cuya línea fué cubierta desde la Punta, por el Prado, Campo de Marte, Carlos III, hasta la falda del Príncipe. Allí midieron los voluntarios su grandeza para caer en las más desdichadas y dementes aventuras.

Lersundi y ellos, los voluntarios, á quienes había organizado y armado en todo el territorio el propio Lersundi, conocían la clase de gobernante que era el general Dulce. Su generosidad y la templanza de su espíritu liberal, probada en su primer mando en Cuba, así como—¿por qué no decirlo?—su casamiento con una cubana, lo hacían sospechoso á los intransigentes, y de ahí el "estar prevenidos de los astutos", en la proclama de Lersundi.

"El general Dulce, que relevó á Lersundi, fué recibido por los peninsulares de *alta talla,* enemigos de la revolución de septiembre, con marcada é injusta frialdad", dice el Sr. Camps y Feliú, testigo presencial de estos acontecimientos. Y, en efecto, la primera manifestación de hostilidad del campo en que había de moverse se pone de manifiesto en la orden que da para ser puesto en libertad uno de los defensores de Holguín, coronel de voluntarios Belisario Alvarez, orden que fué incumplida por la guarnición de la Cabaña, siendo precisa la presentación y el requerimiento á viva voz del propio general Dulce para conseguirlo. Después, viene la destitución en Güines, por los voluntarios

ensoberbecidos, del comandante Luzón, y en la misma villa cae bajo sus furias el pacífico ciudadano Sr. García; y se asesinó á Arango, que, acogido al bando de suspensión de hostilidades, acude á un parlamento; y los sucesos del teatro Villanueva, los atropellos, los tumultos y los asesinatos en la vía pública, así como el estupendo entierro del gorrión, síntesis morbosa y anunciadora de la ola de cieno que se acercaba enfurecida para teñir la encrespada cumbre de sus desmanes pasionales con la sangre inocente de ocho niños partidos á balazos á la sombra del muro del castillo de la Punta.

A través del Atlántico, José Martí recibía en Madrid, donde con la protección de Valdés Domínguez continuaba sus estudios, el eco sombrío de estos acontecimientos, una de cuyas víctimas era su propio protector. La tenebrosa impresión que ellas produjeron á su alma quedó gravada en una larga composición poética, de la que sólo importa recoger esta estrofa:

"Lloré, lloré de espanto y amargura;
cuando el amor y el entusiasmo llora,
se siente á Dios, y se idolatra, y se ora;
¡cuando se llora como yo, se jura!"

A su salida del presidio, Martí declara tener la convicción de que sabe sufrir; ante el desplome de sus compañeros, más infortunados que él, siente la necesidad de jurar, y jura de este modo:

"¡cuando se llora como yo, se jura!"

En los luctuosos días en que tal juramento se emitiera, quizás fuera posible dudar de su naturaleza, su intensidad, y, más que nada, de su eficacia. Juzgado hoy, el pensamiento de Martí, encerrado con angustias y sollozos en el vocablo, surge con resplandores de relámpago en noche obscura. El pensamiento de la patria, desgarrada como nunca hasta entonces, le hace prometerse algo, en la forma más solemne que le es dable á la conciencia humana, y se decide y jura. ¿Qué es lo que jura? ¡La vindicación de la patria herida! Su concepto sobre esa patria y el vago presentimiento que sobre sus condiciones y futuro tenía, bien claro lo expresó cuando en "El Presidio Político en Cuba" dijo: "Cuando no os son conocidos los sacrificios de un pueblo; cuando no sabéis que las doncellas bayamesas aplicaron la primera tea á la casa que guardó el cuerpo helado de sus padres, en que sonrió su infancia, en que se engalanó su juventud, en que se reprodujo su hermosa naturaleza; cuando ignoráis que un país educado en el placer y la transportación trueca de súbito los perfumes de la molicie por la miseria fatídica del campamento, y el goce suavísimo de la familia por los azares de la guerra, y el calor del hogar por el frío del bosque y el cieno del pantano, y la vida cómoda y segura por la vida nómada, y perseguida, y hambrienta, y llagada, y enferma, y desnuda; cuando todo esto lo ignoráis, hacéis mal en negarlo todo; hacéis mal en no hacerle justicia".

Así pensaba Martí antes del juramento que analizamos y que, sin disputa, marcó el surco más hermoso de su alma, el más profundo canal de su cerebro. Ese concepto gentil, brioso, resignado, que tenía entonces de lo que forma é integra el pueblo en su transformación lexicológica por patria, lo expresó Martí cuando no pedía desintegración, ruptura, quebrantamiento de la unidad; brotó de su esencia espiritual cuando sólo pedía justicia y legalidad para los suyos, dentro de la realidad *afortiori* existente. En el folleto donde se estampan, con el ruido místico de su nerviosismo juvenil, sólo se pide á España tregua para la obra de mancillante exterminio que, en desdoro de la civilización, se operaba en la solitaria y triste colonia; y en la que parece se reconcentraba todo el rigor que los gobiernos metropolitanos distribuían sobre el resto de América antes de sustraerse á su dominación.

Después del fusilamiento de los estudiantes, la hasta entonces borrosa propulsión sanguínea de Martí cristalizó con potente concentración en su cerebro. ¡Cuba debía romper definitivamente con España! Tal es el fondo del pensamiento y la palpitante idealidad que perora, cuyos latidos y significación se acentúan en la hoja que escribió y fijó en las esquinas de Madrid, y en las que se lee: "¿A qué recordar ahora todos los horrores de su muerte? Cuando se ha matado, cada día es de duelo, cada hora es de vapor, cada ser que vive es un remordimiento. Cuando se ha visto morir, cada recuer-

do es una lágrima, y son todas las horas, horas de fe y esperanza, para los que aun luchan en la vida. Y cuando las cabezas han rodado y sonríen al rodar, al par que la sonrisa, se ha alzado la mano de los cadáveres para decirnos que no lloremos demasiado, porque hay un límite al llanto sobre la sepultura de los muertos, y es el amor infinito á la patria y á la gloria que se *jura* sobre sus cuerpos, y que no teme, ni se abate, ni se debilita jamás, porque el cuerpo de los mártires es el altar más hermoso de la honra".

Desde entonces no tuvo un momento de vacilación, y sus ideas en este sentido no desfallecieron jamás. Por el contrario, mientras más se le sondea y se le analiza, mayor y más intensamente despide esa "idea fija" que se le sale en cada gesto, en cada palabra, en lo hondo de cada idea; hasta en el tono melancólico de su vida y en la desprendida grandeza de su generosidad.

Pero pronto ha de llegar el momento en que él mismo revele la arrebatada naturaleza de su juramento. Sigamos el curso de la Historia.

Cuba seguía atormentada por la guerra. Martí continuaba en España la carrera que nunca había de ejercer seria y continuadamente. En el mismo año en que tomara el grado, 1873, España presenta al mundo un espectáculo cuya magnificencia y gloria no está, por incapacidad, llamada á disfrutar. Amadeo de Saboya, convencido de que su política no era la que el pueblo español necesitaba, y no conforme con imponerse la que demandaba el gusto del

consumidor, abdicó la corona el día 10 de febrero de 1873. El Senado y la Cámara, reunidos en Asamblea Nacional, aceptan la renuncia, y por 258 votos, aprueba la siguiente proposición:

"La Asamblea Nacional resume todos sus poderes, y declara como forma de gobierno la república, dejando á las Cortes Constitucionales la organización de esta forma de gobierno.

"Se elegirá por nombramiento directo de las Cortes un Poder Ejecutivo, que será amovible y responsable ante las Cortes mismas".

Entonces Martí vió cómo se decretó la abolición de la esclavitud en Puerto Rico y no en Cuba, por el estado de guerra en ella existente, y vió también cómo en la sesión del 31 de marzo, la Asamblea acordó colocar una lápida en el salón de sesiones, con esta inscripción: "El 22 de marzo de 1873 fueron rotas las cadenas de la esclavitud"; lápida que se colocó después de caída la República, á solicitud de Ramón Calderón, para sarcástica contradicción de su noble emblema.

Martí, en medio de tales sucesos, sintió los estremecimientos del regocijo. Para él, los hombres de ideas modernas y de los sentimientos liberales en cuyas manos habían caído los destinos de España no podían sentirse refractarios á la libertad de otros pueblos que sufrían las mismas, pero más intensificadas, desventuras que á ellos impulsaron al cambio de gobierno. Pero pronto oyó que los beneficios de la abolición de la esclavitud no alcanza-

ban á Cuba, mientras durase la *infame* guerra que en ella se sostenía. Oyó también hablar á los republicanos de la integridad nacional, y comprendió que la patria de sus amores, de sus ansias, estaba perdida; que el ideal republicano estaba de luto; que Cuba tenía que agotarse en el humo de las hogueras y fragor de los combates. Sintió frío en el alma; el frío del espanto, el vértigo de lo increíble, y en un acceso arrebatado de dignidad escribió la para mí más importante página de su vida, por lo discreta, lo sentimental, lo razonada; razonamientos, discreción y sentimiento que envolvió en el ropaje vibrante y sonoro que siempre ha caracterizado la mórbida expresión de sus ideas. Esas páginas las tituló *La República Española ante la Revolución Cubana,* y las comenzó con este llamamiento enfático y sincero al respeto de los ideales, en lo que de absoluta y fundadamente perseguían; he aquí sus palabras: "La gloria y el triunfo no son más que un estímulo al cumplimiento del deber. En la vida práctica de las ideas, el poder no es más que el respeto á todas las manifestaciones de la justicia, la voluntad firme ante todos los consejos de la crueldad ó del orgullo. Y cuando el acatamiento de la justicia desaparece, y el cumplimiento del deber se desconoce, infamia envuelve el triunfo y la gloria; vida insensata y odiosa vive el poder". El trozo revela al pensador profundo, en sentidos golpes de dignidad enardecida. Hay tanto de solemne como de penetración volcánica en ese párrafo, que, aunque inicial, es la síntesis com-

pleta y redondeada de todos los que le siguen. En una palabra, la continuación no es más que su comentario. Absoluto en la comprensibilidad de la gran idea republicana, la invoca en toda su magnitud, y la presenta á la naciente república con la indicación suprema de que, si la olvida ó la desnaturaliza, caerá irremisiblemente en el oprobio.

Después argumenta: "si el ideal republicano es el Universo, si él cree que ha de vivir al fin como un solo pueblo, como una provincia de Dios, ¿qué derecho tiene la República Española para arrebatar la vida á los que van á donde ella quiere ir?..... Cuba quiere ser libre.... no se infame la República Española..... no se oponga á la independencia de Cuba..... Sería entonces república de sinrazón y de ignominia, y el gobierno de la libertad sería esta vez gobierno liberticida". Eso le dice á España, á su gobierno republicano, y pensando en Cuba la defiende de esta manera: "Engendrado por las ideas republicanas, entendió el pueblo cubano que su honor andaba mal con el gobierno que le negaba el derecho á tenerla. Y como no la tenía, y como sentía potente su necesidad, fué á buscarla en el sacrificio y el martirio, allí donde ya han salido á buscarla los republicanos españoles. Yo apartaría con ira mis ojos de los republicanos mezquinos y suicidas que negasen á aquel pueblo vejado, oprimido, esquilmado, vendido, el derecho de insurrección, por tantas insurrecciones de la República Española sancionado".

No sólo acaba de defender Martí, con las anteriores palabras, la necesidad de la república en nuestra patria, sino que defiende asimismo el derecho á la rebelión para conquistarla. El principio se hacía necesario, y aunque siempre no lo fuese, nunca como entonces cabía fundamentarlo y documentarlo como lo hiciera Martí. Escudada en el fútil pretexto del estado de guerra existente en Cuba, la Constituyente española negó todo movimiento de libertad en favor de los cubanos. La mascarada no podía ser más horrible ni más intolerable. Por eso Martí, con un arranque ingenuo de dolor y de sinceridad aplastante, dijo, con honda explosión del sentimiento, á la Asamblea Constituyente: "Y si como yo pienso, si encuentra resistencia, si la desafía, aunque no premiase su esfuerzo la victoria; si acepta la independencia de Cuba, porque sus hijos declaran que sólo por la fuerza pertenecerán á España, y la República no puede usar el derecho de fuerza para oprimir la República, no pierde nada, porque Cuba está perdida para España; no arranca nada del territorio, porque Cuba está arrancada ya; cumple con su legítima esperanza de ideal republicano: decreta su vida; como si no la acepta, decreta su suicidio".

Y, aquí, arrecia y vigoriza sus ideas. En este particular, sigue constantemente reforzando su argumentación, con tal entereza y con fogosidad tan extremada, que el pensamiento descubre en su labor mental la tentativa estupenda de conseguir con los latidos de su pluma

lo que hasta entonces no había conseguido el fragoroso estruendo de los combates. Por eso, y sólo por eso, con la altivez de los íntegros y el potente impulso de las almas sin fronteras, hace, en redondo, esta singular declaración:

"Si Cuba ha decidido su emancipación; si ha querido siempre su emancipación para alzar la República; si se arrojó á lograr sus derechos antes que España los lograse, ¿querría la República Española sujetar á la fuerza á aquella que el martirio ha erigido en República Cubana? ¿Querrá dominar en ella contra su voluntad". Y en otro lugar, incansable en sus propósitos, agrega: "No ceden los insurrectos. Como la Península quemó á Sagunto, Cuba quemó á Bayamo; la lucha que Cuba quiso humanizar sigue tremenda, por la voluntad de España, que rechazó la humanización.... ¿Cómo ha de haber republicano honrado que se atreva á negar para un pueblo el derecho que él usó para sí?"

El efecto que se proponía conseguir con su entusiasmo y su decidida actitud en favor de la libertad de Cuba, en parte, se consiguió. La vehemencia de su proclama, de esa proclama que personalmente había puesto en manos del Sr. Estanislao Figueras, tuvo repercusión vibrante en lo íntimo del corazón de algunos republicanos. Los de tendencias federalistas vieron clara la necesidad de ocuparse premiosamente de la cuestión cubana, y convocaron á los cubanos residentes en Madrid á una junta que tuvo efecto en la Academia de Jurisprudencia

Española. La sesión fué solemne y de aspecto borrascoso. A ella asistió Martí, y dejó impresa en el alma de todos la gran resolución de su temperamento, revelado á través de la singular y extraordinaria facultad de su elocuencia envolvente y fascinadora.

El grupo de los federales quería obtener de los cubanos la declaración de que ese sistema de gobierno los satisfacía, quedando Cuba bajo la influencia metropolitana, con todos los fueros de un estado federal. Martí se opuso resueltamente á semejante declaración de principio. Sostuvo un debate tan intenso y tan prolongado, que, á pesar de su arruinada condición física, se mantuvo en pie, bajo el fuego candente de la discusión, por espacio de siete horas. Como argumento último y de un valor predominante é irresistible, negó á sus compatriotas allí reunidos el derecho de votar semejante proposición. Para él, Cuba estaba representada por los hombres de la guerra. Para él, ellos eran ya libres, y los únicos capacitados para decidir de la suerte de la patria. Los demás no podían, como cuestión de honor, escuchar ninguna proposición que no fuera sobre la base de la emancipación absoluta.

Con el mismo vigor y con tenacidad idéntica se opuso á la creación de un casino de cubanos en Madrid, por cuanto él sospechaba que podía ser utilizado para torcer la voluntad de los patriotas que luchaban en el campo de la revolución. Sus convicciones, el fuego de su palabra y la tenacidad inquebrantable que oponía siempre

á toda unión directa ó indirecta entre Cuba y España fué de tal magnitud, que el gobierno mandó clausurar un pequeño círculo de cubanos que Martí dirigía, no obstante entregarse el propio Martí, por las noches, á la enseñanza gratuita de los niños pobres de aquel barrio.

La actitud de Martí ante los republicanos federales en la junta de la Academia de Jurisprudencia, necesario es convenir, guarda, por su grandeza, gran analogía con la del conde de Cavour denunciando á los comisionados europeos, durante el tratado de París, la impía conducta de la dominación austriaca en Italia.

Así hablaba, y así se conducía aquel espíritu, guarnecido en una estructura enferma, de enfermedad cruel, adquirida durante su estada en el presidio; y que con sombrío aspecto de lisiado, andaba como espectro quejumbroso por las avenidas del Oso y del Madroño. Como complemento á esta página, uno de sus íntimos me ha referido este episodio, que manifiesta en toda su grandeza el temple de su alma:

Un día, cargándose á sí mismo sobre sus muletas, por el paseo de la Castellana, y con el pensamiento fijo en Cuba, notó que dos militares que le precedían comentaban la guerra de Cuba expresándose en términos nada lisonjeros acerca del movimiento y de sus hombres; á éstos últimos, calificaban de gente criminal. Martí, descansando su adolorido cuerpo sobre una de las muletas, con la otra tocó en el hombro á uno de los militares, y le dijo:

—Os llamo, señor, para rectificar la injusta calificación que hacéis de los cubanos en armas. Yo pienso lo mismo que ellos piensan, estaría con honra donde ellos están, y, por consiguiente, me considero, cuando menos, más digno que cualquiera de vosotros.

La suave y dignificadora solemnidad con que fueron pronunciadas sus palabras, el acento que las envolvía, acento que tenía la fuerza irresistible de un secreto magnetismo que á tantas almas sedujera al solo efecto de su timbre rumoroso y cautivante, le proporcionó en aquella ocasión el ruidoso éxito que siempre preside á los que infunden respeto, y un cambio generoso de explicaciones, en las que se dió, al apóstrofe provocador, la *salida* de que sólo tenía el fuego íntimo de la conversación, y no el alcance de una opinión fundamentada; con lo que se puso fin á este incidente, el último que referiremos de Martí, en esta época de su agitada y turbulenta vida.

El último, sí; ¿para qué más? ¿Es acaso que se necesiten para ver la evolución de su espíritu, la profunda transformación de su alma, que de lo vago é indefinido va á lo definido y lo concreto? En manera alguna. Vivid con vuestra vida y con el auxilio del recuerdo esa página de la vida de Martí; dejad que vuestro sistema experimente las hondas sacudidas emocionantes á base de dolor que él experimentara, y quedaréis convencidos de que ya su ser, todo el complejo mecanismo de su ser, había alcanzado aquella proporción inconmensurable de

grandeza, cuya poderosa proyección hizo palpitar al unísono todo un continente, y cuya característica, única, dominadora y dominante, estaba en esta resolución, como el acero de inquebrantable: ¡Cuba será libre, cordial, con todos y para todos!

Durante todo ese proceso de un alma que se preparaba para ser la de todo un pueblo, las cosas de la patria iban de mal en peor.

Los combates en desigual porfía, entre los que hay que distinguir con singular relieve, y cuyos nombres el buril debe grabar en planchas de oro, están aquellos que produjeron las silenciosamente trágicas caídas de Céspedes y Agramonte, en San Lorenzo y Jimaguayú, respectivamente; las cuales, á pesar de la generosa sangre que vertían, no hacían nada, ó muy poco hacían, en favor de las quebrantadas filas de patriotas.

A un general sucedía otro, en la ya prolongada y casi infinita serie que España exportaba con periodicidad abrumadora y sombría; después de Dulce, los Caballero de Rodas, conde Valmaseda, Ceballos, Pieltaín, Jovellar y Gutiérrez de la Concha, no hacían más que enviar columnas de soldados preparados para la guerra, contra el desprovisto y maltrecho ejército revolucionario, que sólo contaba con su valor heroico y la sublimación de su fe.

El cansancio vino, como el crepúsculo viene y cae sobre las almas que sufren: aburrido, tedioso, desesperante; y llegó la hora de replegar los espíritus, con todo el tremendo efecto de

las esperanzas que se apartan, que huyen, que se desvanecen en el horizonte infinito de la desesperación y la agonía. Entonces..... ¡Pero no! Declaro que no puedo proseguir; es mejor que hable quien sufrió los dolores del instante. Sea la pluma de Manuel Sanguily la que dé las últimas pinceladas á esta agonizante epopeya. Oigámosle con el recogimiento con que se escucha una plegaria:

"Los insurrectos, que venían notando el agotamiento de sus fuerzas, habían hecho un llamamiento último á los emigrados. Enviaron en demanda de auxilios á su general más mutilado. Entonces érale imposible andar, y su mano derecha, atrofiada por las balas, bien podía pedir una limosna para su causa, que no fuese denegada; porque el brazo heroico que en su extremidad la mostraba parecía representar el asta de su bandera. En Kingston, y forzado, para allegar recursos, á emplear los únicos gastados expedientes, anunció un *meeting*. Los emigrados creyeron que se les obligaría en él á desembolsar públicamente el dinero, y apenas entraron en el salón, inmenso y vacío, pues sólo comparecieron al acto unos cuantos hombres y cinco señoras. Diez ó doce músicos que allí estaban, nada tuvieron que hacer".

Producen frío en la médula estas palabras; pero ahora vienen las más conmovedoras; son del propio Sr. Sanguily:

"Los insurrectos, extenuados, diezmados, desencantados, hambrientos, sin municiones, sin fe, acorralados, iban á capitular, y capitu-

laron. Un grito de cólera y de anatema se levantó entonces entre los emigrados. De la Habana también el eco trajo una maldición para los insurrectos. La cortina cayó, sin embargo, y terminaba la tragedia de diez años".

Todo es cierto, positivamente cierto. Pero si el Sr. Sanguily escribiera hoy esos pensamientos suyos llenos de amargura, agregaría estas palabras, de un valor y una veracidad irrecusables: ¡Terminaba la tragedia de diez años y comenzaba la estupenda obra de Martí!

CAPITULO IV

1878 á 79.

DEL ZANJÓN Á LA "GUERRA CHIQUITA".

Efectos del pacto del Zanjón.—Martí en la Habana.—Apelando sentencias, conspira.—Inopinada prisión de Martí.—¡Fuego en el bufete de Miguel Viondi!—Cómo se descubrió la conspiración.—Deportación de José Martí.—La "guerra chiquita".—Estado de los asuntos cubanos.

"Los cantos de Martí consuelan, y los que lo escuchan lo bendicen.—MIGUEL A. CARO."

¡Paz! Se queda atrás el pensamiento al concebir la sustancialidad fecunda de la idea á que responde esa palabra, y de la que, allá en las profundidas de su esencia, sólo es un engañoso y pasajero símbolo. Simbólica, sí; porque la paz, el reposo intenso, sólo está en la muerte. La paz de que hablan los hombres son meras modificaciones y variantes de la lucha en que está empeñada la vida. La vida es una lámpara siempre ardiendo. Su llamarada cambia de intensidad. A veces, como sucede en la guerra, su magnitud adquiere volcánicas proporciones. Lo que en el curso de la vida y en presencia de una guerra se llama "paz", no es otra cosa que la aminorización de su abrasadora intensidad

ante una conquista momentánea que el correr de los días tornará en mezquina, y á nuevas necesidades, nuevos estremecimientos y luchas para adquirirlas. El hombre y las multitudes son el juguete de su propia necesidad; por eso sus treguas se ajustan al cumplimiento de una oferta, ó la mudanza natural que la evolución va operando. Incumplida la primera, ó una resistencia á la adaptación de acuerdo con la segunda, se quebrantan las fronteras naturales de la tregua, y la humanidad, como hizo antes, siempre, y como hará después de lo futuro, reincidirá. A esta ley forzosa quedó vinculada la tregua del Zanjón. Después de una larga y cruelísima guerra, el anuncio de la paz colma de esperanza los corazones. Todos piensan que la sangrienta lección á todos por igual aprovechará. Que los errores se rectificarán por una parte, y por otra, odios, rencores y malas voluntades, desaparecerán sin dejar rastro, ya en la eficacia apagadora del borbollante fragor de la industria, más impulsada y activa que nunca, ó en el amoroso surco que el labriego abre en la campiña y que presta á las yermas vital transformación.

Tal fué, y lógicamente ninguno otro podía haber sido, el pensamiento del pueblo cubano á raíz del pacto de Zanjón. Hubo singulares manifestaciones de júbilo; entre otras, el banquete de los cubanos á Martínez Campos en el teatro Tacón, donde raudales de emocionante elocuencia transmitieron al país entero la suprema confianza de la hora y la seguridad de un porvenir

dichoso y estable, con la estabilidad y dicha á que se había hecho acreedor el pueblo heroico de la Gran Antilla. Consecuente con ese estado de opinión, Martínez Campos recordaba á su gobierno las palabras que en favor de la paz le había comunicado poco antes, y que parecía constituir el fondo de la política metropolitana; porque, no ya el olvido, sino el mero desvío de su curso, sería funesto. Y esa idea, que representaba el pasado, que había de sintetizar el futuro, la expresaba el General de esta manera:

"Las promesas nunca cumplidas; los abusos de todo género; el no haber dedicado nada al ramo de fomento; la exclusión de los naturales de todos los ramos de la administración, y otra porción de faltas, dieron principio á la insurrección. El creer los gobiernos que aquí no había más medios que el terror, y ser cuestión de dignidad no plantear la reforma mientras sonase un tiro, la han continuado; por ese camino nunca hubiésemos concluído, aunque se cuaje la Isla de soldados; es necesario, si no queremos arruinar á España para siempre, entrar francamente en el terreno de las libertades".

¿Cómo dudar? El país entero se llenó de esperanzas, dedicándose asiduo y laborioso á la reconstrucción de su hacienda devastada. La opinión, de acuerdo con las necesidades del momento y con los cambios operados, comenzó la evolución que había de cristalizar en la gran división del país en dos partidos, y en primero de agosto de 1878, el Autonomista quedó de-

finitivamente constituído, con un programa de libertad de imprenta, de reunión y de asociación, inviolabilidad del domicilio é inmunidad individual y de la correspondencia, así como someter la vida municipal á un orden legal y autonómico, con la implantación de las mismas leyes que regían en la Península; todo, con la garantía de los códigos civil y criminal bajo un régimen eminentemente civil.

Frente á éste, cuyo programa en cada párrafo hacía brillar la palabra *libertad,* surgió el de oposición, y surgió, desde los primeros momentos, franca y abiertamente reaccionario; fué la agitación de los casinos y de los cuerpos de voluntarios, que, descontentos de la paz, y más que de la paz, de las condiciones en que se efectuara el pacto del Zanjón, en 16 de agosto del propio año se constituyen y lanzan un programa todo lleno de sospechas, en el que se repite distintas ocasiones la palabra *odio,* de esta manera: "Odiamos, en efecto, la política que consiste en halagar á las muchedumbres con mentidos ideales, para hacerle servir de escalón de nuestros encumbramientos". Y más adelante acentúan el vocablo en ésta forma, que profetiza todas nuestras desdichadas esperanzas: "Odiamos la política que consiste en gritar mucho: ¡libertad y reformas!; ú ¡orden y estabilidad!"

Así quedó abierta la era que iniciara el pacto del Zanjón. Martí, que ya en 1873, abandonando á España, se había refugiado en la República Mexicana, donde dejó sentir su influen-

cia como redactor de la *Revista Universal,* y como representante del Congreso Obrero celebrado á la sazón en la nación vecina, representando á los de Chihuahua, en la que dió á conocer su carácter íntegro é independiente rehusando la Secretaría del Gobierno del Estado de Puebla, condición ésta eminentísima de su carácter, que dejó extraordinariamente acentuada en 1877, año que pasó en la República de Guatemala, renunciando la dirección de un periódico oficial y el desempeño de un juzgado, porque el ministro de la Guerra había destituído de la Escuela Normal á su compatriota José M. Izaguirre, pasó á la Habana con el propósito de ejercer su profesión de abogado; ingresó primero en el bufete del Sr. Azcárate, pero no siendo suficiente el margen de ganancia que los negocios de ese bufete producía para distribuirlo entre dos, pasó al bufete del Sr. Miguel Viondi, donde estuvo despachando asuntos de índole judicial, hasta la *guerra chiquita,* movimiento armado que tuvo lugar el 24 de agosto de 1879.

Interesa mucho dar á conocer algunos detalles que comprenden la vida de Martí durante su permanencia en el bufete del Sr. Viondi. Declara el propio jefe de despacho que Martí era un hombre extraordinario por sus conocimientos de la esencia del derecho y por su trato, no igualado por naturaleza humana. El Sr. Viondi era un autonomista convencido, y desde los primeros instantes comprendió que su compañero y socio era un separatista irre-

ducible. A poco de compartir el despacho diario de los negocios, todos los días, invariablemente, hacia las tres de la tarde, entraba en el despacho de Martí un hombre de tez bronceada, á quien la opinión pública señalaba como irreconciliable enemigo de la soberanía de España en Cuba. Ese hombre es hoy el más distinguido de los políticos cubanos; distinguido, por la firmeza inquebrantable de sus principios, y, más que nada, por su inquebrantable tendencia á la moralidad en los procedimientos, porque siempre hacia esa finalidad ha dirigido las más ardorosas de sus campañas periodísticas: el Sr. Juan Gualberto Gómez.

El Sr. Viondi, más que por lo invariable de la cita, concibió sospechas de que en su bufete se conspiraba, por lo íntimo de la conversación que sostenían, y por lo atento que sus miradas estaban á la posible asechanza de los clientes. Convencido el Sr. Viondi de que aquellos dos hombres se entretenían en alguna conjura, les dijo un día en tono de mofa amigable:

—Ustedes dos son los únicos que en Cuba conspiran.

La conversación de las tres de la tarde entre Martí y Gómez continuaba, á pesar de las constantes sátiras viondinas. Pero, convencido al fin de que aquellos dos hombres experimentaban intranquilidad siempre que hablaban en aquel despacho abierto, dijo un día á Martí:

—La conspiración continúa, y comprendo que ustedes sufren hablando en el despacho; mire: al fondo hay una habitación que para

nada se utiliza; prepárela, y reciba allí á su hermano augusto de conspiración. Allí nadie los interrumpirá en sus sueños.

Martí siguió el consejo, y al día siguiente, una mesa cuadrada de caoba, con gavetas en sus cuatro flancos (mesa que, como estimable recuerdo del mártir, el Sr. Viondi conserva), se instaló en el local de referencia, y la conspiración siguió, porque nunca se había detenido en el alma del Apóstol, y siguió en él hasta la caída en Dos Ríos.

En el movimiento del 24 de agosto de 1879, á que ya nos hemos referido, el general Blanco, considerando á Martí complicado en él, decreta su prisión. Desde la cárcel, Martí envía un urgente recado llamando al Sr. Viondi. Este acude, y Martí, sonriendo, le dice:

—Por favor, amigo Viondi, si no quiere usted que media Isla vaya á la cárcel, vuele á su bufete, y de la mesa que está en el cuarto que usted dió á los conspiradores, saque cuanto papel en ella encuentre, y hágalo cenizas.

Viondi voló. Vació las cuatro gavetas de la mesa, las que, asombrado, vió preñadas de papeles; los condujo á la cocina, y en el fogón, previa unción de alcohol, acercóles un fósforo, y si la Habana entera hubiese en aquel instante dirigido su mirada hacia la casa de la calle de Empedrado, en que estaba esta oficina, hubiese seguramente exclamado: ¡Fuego en el bufete del Sr. Viondi!

Pero no fué así. Y, sin embargo, aquel humo que se fundía impalpable con la atmósfera, que,

más poderosa, le imponía la difusión con su luz, era la desaparición eterna y sombría de una obra que no debía haber sido condenada al fuego; que era merecedora á un premio más legítimo que aquel á que fué condenada por el extravío de un momento. Si el Sr. Viondi viera la mesa en que escribo, llena de volúmenes sobre la historia de Cuba, de folletos, de artículos de periódico, y todos los volúmenes del señor Gonzalo de Quesada, que tan insípida y tan desordenadamente ha hecho de los trabajos de Martí, sentiría la misma impresión de angustia que siento yo en este momento pensando en el estrago irreparable que realizó con la correspondencia de Martí, y seguramente convendrá conimgo en que aquella botella de alcohol y la chispa aquella hubieran sido más lógica, más humana y más patrióticamente empleadas para poner en conflagración el vetusto palacio de los capitanes generales, que tan cerca estaba del despacho del Sr. Viondi.

Pero ahoguemos el dolor; porque si bien es verdad que no podrá en el futuro, con todos sus detalles, reconstruirse el desarrollo de la obra conspiradora de Martí, justo es pensar que, vivos aún los que en ella intervinieron, algunos de los cuales, como el Sr. Juan Gualberto Gómez, reune condiciones extraordinarias de talento para ello, los actos del Apóstol y mártir se reconstruirán algún día. Por lo que á nosotros respecta, aquí quedarán consignados los que en toda ocasión oportuna, y con discretísimas interrogaciones á personas íntimamente

ligadas con estos acontecimientos, hemos podido averiguar.

La conspiración de Martí y Juan Gualberto Gómez desde el bufete de Viondi, no se reducía solamente á correspondencia, franca unas veces y otras envuelta en el nebuloso enigma de las claves. La obra era más intensa que la de un mero cambio de epístolas literarias ó geroglíficas. Ya se habían echado los cimientos de una verdadera obra de conspiración, en una serie de clubs secretos distribuídos en toda la Habana, y muy especialmente en Guanabacoa, donde los actores principales eran Martí y Carlos Roloff. La campaña era bastante intensa y parecía bien penetrada en el campo cubano, que no describo, sino que me concreto á calificar de prematura y temeraria. Prematura, porque por grandes que sean las condiciones organizadoras de un hombre, no son suficientes los seis ó siete meses que dedicó á esta labor preparatoria, para la magna repercusión que de ella había de surgir; temeraria, porque parece un hecho, que no aseguro de una manera absoluta, pero al que los acontecimientos dan un extraordinario viso de verdad, que en su conspiración no estaban interesadas las principales figuras del 68. Cuando revisemos la guerra que estaba próxima á estallar, ahondaremos más, y con instinto crítico, estos acontecimientos provocados por Martí. Ahora, hagamos conocer la hábil combinación de que se valiera el gobierno español para sorprender á los conspiradores.

El Capitán General Blanco conocía evidentemente que en la ciudad de la Habana se conspiraba. Con ese convencimiento, puso á contribución todos los esfuerzos del poder de que disponía para granjearse la confianza de un oficial del ejército revolucionario del 68, á quien envió á los Estados Unidos con el propósito de ponerse á las órdenes del general Calixto García, que desde allá preparaba un movimiento revolucionario en Cuba; movimiento que, aunque lo niegan personalidades de alta graduación revolucionaria, parece evidente que marchaba de acuerdo con la conspiración de Martí.

El oficial que, siguiendo instrucciones del general Blanco, fué á ponerse á las órdenes de Calixto García, recabó de él un buen número de diplomas, con su firma y en blanco, para distribuirlos entre los que quisieran secundar su movimiento de rebelión. Con este tesoro vuelve á la Habana el oficial referido, y lo pone en manos del general Blanco, quien deseando, no ya tener conocimiento de la conspiración, que ésta le constaba, sino del número y nombres de sus jefes, distribuyó esos nombramientos entre oficiales de procedencia cubana que existían en el ejército español, para facilitarles la entrada en las logias conspiradoras.

El plan del general Blanco dió resultados tan excelentes, que uno de esos oficiales logró establecer un club, y á poco de estar funcionando, en los mismos días en que estallaba la guerra chiquita, prepara aquel oficial una emboscada y da cita para su club á los directores de los

otros, que caen prisioneros, Juan Gualberto Gómez y Martí entre ellos.

Pero á pesar de todo esto, en la noche del 24 de agosto de 1879 el general Belisario Peralta, los brigadieres Angel Guerra, José Maceo y Guillermo Moncada, se lanzaron al campo de la revolución. Polavieja la combatió en Oriente con crueldad inusitada; no así Blanco, que, imbuído en procedimientos benignos, decretó la deportación de los conspiradores aprehendidos; la importancia que tuvo este movimiento, que duró hasta junio de 1880, puede fácilmente deducirse de las siguientes cifras, que tomo del libro "Desde el Zanjón hasta Baire", del Sr. Estévez y Romero:

Muertos hechos á los patriotas.	170
Heridos.	109
Prisioneros.	307
Presentados con armas.	1,798
Presentados sin armas.	4,033
Total.	6,417

Durante este movimiento, el partido Autonomista estuvo al lado del gobierno metropolitano, de tal modo, que el propio general Blanco declaró "que la actitud del partido Liberal había valido para España y para la paz mucho más que 20 batallones de voluntarios"; servicio que pagó ingratamente el propio General burlando y mixtificando los propósitos de los autonomistas, sometiéndolos á vergonzoso espiona-

je y desterrando algunos de los periodistas del partido.

Desde entonces Martí quedó fuera del sol de su patria, y los cubanos continuaron sufriendo el prolongado calvario de sus desdichas.

Cierto que la guerra del 68 había impuesto *afortiori* grandes ventajas, pero el liberal programa del partido Autonomista se vió constantemente burlado por la intransigencia española. Los voluntarios, por medio de su partido austriacante, gobernaron siempre la Isla de Cuba, y la gobernaron á su modo y á sus gustos, despótica y despreciativamente. Cuba tuvo alternativas singulares; llegó en algunos años á sorprendente pujanza económica, á virtud de tratados concertados con la vecina república de los Estados Unidos de Norte América. Pero es sabido que en medio de las mayores calamidades de orden político, de las arbitrariedades en el administrativo, y hasta las prevaricaciones en lo judicial, los solos beneficios de la paz hacen prosperar á la Isla, gracias á la estupenda feracidad de que la Naturaleza la ha pródigamente revestido.

A pesar de ellos, las condiciones del gobierno español, y las reglas de conducta con que desarrollaba su política en Cuba, unido todo al movimiento de desvío que hacia nosotros, y por torpeza de la Península, se iniciara en el Norte, una gran crisis, una tremenda bancarrota, se cernía en el horizonte cubano; de tal manera, y de perspectiva tan sombría se presentó el problema, que cubanos y españoles, conservadores

y liberales, en acción conjunta, en queja abierta, exponían al gobierno español la profunda ansiedad que los dominaba. Así se expresaron en 22 de julio de 1891:

"No nos forjamos ilusiones y tenemos cabal conciencia de la situación de nuestras industrias principales. Sabemos que la fabricación del azúcar dejó de ser hace muchos años artículo colonial, como se decía antes, para convertirse en producto industrial de todas las zonas y todos los climas, que vive hoy sometido á las ineludibles leyes de la competencia universal. Cuba, que hasta ahora era el país que más azúcar producía, ocupa hoy el cuarto lugar; y no se ha detenido en Europa, sino que, por el contraria, continúa con paso acelerado el desarrollo de la potente industria, que ha llegado á convertir un tubérculo insípido en rival victorioso de la caña. Después de haber logrado y consolidado su predominio en los grandes centros consumidores del antiguo mundo, el industrial europeo ha trasladado á los Estados Unidos el teatro de la lucha, hasta el punto de que ya llegaron el pasado año cerca de 300,000 toneladas á los puertos norteamericanos, cuando poco ha no importaba un grano de azúcar. Tiene, además, la vecina república, el propósito de producir en su propio territorio azúcar, no sólo para el consumo, sino también para la exportación; le sobran tierras y climas adecuados para ello; instituciones y leyes sabiamente calculadas estimulan el fomento de la proyectada industria; y ya se leen con frecuencia en los periódi-

cos especiales noticias circunstanciadas de instituciones fabriles y campos de cultivo para entrar briosamente en la liza; terrible contingente que nos amenaza con la pérdida de nuestro último é irreemplazable mercado, si no buscamos solución al mal que nos amenaza.

"La industria del tabaco, que tanta vida y movimiento ha venido dando á esta capital y pueblos comarcanos, está herida de muerte.... Hoy reina el malestar y el descontento en hogares antes seguros de trabajo bien remunerado, y la perspectiva es aún más desconsoladora. Lucha en casi toda Europa nuestra industria tabacalera con el estanco, y en América con exorbitantes derechos fiscales....."

Los síntomas no pueden ser más evidentes. La hora suprema se acercaba. Grandes fueron los desaciertos del gobierno español; grandes, y muy grandes, las torpezas que acumularon en cuatro siglos de dominación funesta, que parecían recargarse gigantescamente sobre la Perla de las Antillas, que gemía constantemente y lloraba sin cesar por sus dolores, con la misma constancia con que sus brisas mitigan el fuego tropical, y de cuyo raro maridaje tan fecunda y pródiga torna su naturaleza. La solitaria Cuba lloraba acompañada de la música que el rumor de las olas del Caribe constantemente levanta en la llanura de sus playas ó en el duro acantilado de sus costas. Pero más grande que esa dura labor del gobierno español, y con grandeza mucho más solemne que la que representar pudiera el monumental acopio de cuatro siglos,

fué la obra serena, continuada y ardorosa, de Martí; obra cuya parte más intensa y más poderosamente irresistible vamos á presentar al lector, como ejemplo único de su raza en la condensación suprema del apóstol, del héroe y del mártir.

CAPITULO V

LA PROPAGANDA DE MARTI.

Quebrantamiento del destierro.—Martí vuelve á América.—Propaganda literaria.—El grupo de New York.—Un discurso de Martí.—Banquete del Centenario Americano.—El pensamiento y la acción.—Martí mira hacia el Sur.—Los emigrados de Tampa y Key West.—El idilio de una multitud.

"Y, así, cuando cada uno de ellos vuelva á las playas que acaso nunca volvamos á ver, podrá decir, contento de nuestro decoro, á la que es nuestra dueña, nuestra esperanza y nuestra guía: ¡madre América, allí encontramos hermanos! ¡Madre América, allí tienes hijos!—JOSÉ MARTÍ."

En septiembre de 1879, á bordo del vapor español "Alfonso XII",, bajo partida de registro, Martí atravesaba el Atlántico, deportado á la Península, por los acontecimientos que quedan relatados.

No era posible que aquel destierro durase mucho. Las fronteras españolas eran muy reducidas y demasiado abiertas para contener los impulsos del alma que acababan de confinar dentro de sus linderos. El movimiento armado, que por su iniciativa, si no directa, colateral al menos, mantenía á un grupo de compatriotas suyos bajo el fuego de cañones y fusiles de los tiranos, era causa de un poder irresistible á

contenerlo en su destierro. Los pocos meses que estuvo en España los dedicó á la obra silenciosa, pero seria y continuada, de preparar su evasión. Su espíritu inquieto y vigilante atisba el momento, acecha la ocasión. Sus hermanos lo llaman. La guerra lo seduce. La tenacidad es la condición del carácter más propicia al logro de las más arduas y más inconmensurables aspiraciones. Los sanguíneos, arrebatándose instantáneamente, vencen un obstáculo, pero son derribados seguidamente en el segundo; en parte, porque denuncian su flaca condición de alma, se les acosa de soslayo y ellos mismos se pierden en el laberinto de sus impulsos. Los ecuánimes, los de exterior sufrido, los de delicadeza en modos y maneras, pero perseverantes, tenaces, y, sobre todo, de paciencia inquebrantable, no solamente triunfan en todo, sino que dejan sorprendidos á los mismos que con manifestación hostil los rodeaban, porque á sus ojos, y muchas veces con su auxilio inconsciente, los ven, asombrados, alcanzar su fin. Hombre de esa naturaleza, Martí se sobrepone á todo obstáculo; en los primeros meses de 1880 traspone la frontera francoespañola y cae en New York, pocos días antes de la conclusión de la guerra chiquita, que "aborta, pero no sin gloria", como aseguró nuestro ilustre pensador Varona.

No se puede ocultar que hubo un momento de vacilación en Martí; que dudas crueles amargaron su espíritu. El esperaba contribuir personalmente á la obra que constituía la idea que

aguda y precozmente grabara en su espíritu, y cuando la creía cerca, cuando esperaba ponerse en contacto con ella, la vió esfumarse como nube pasajera en el horizonte de sus ilusiones. No perdió la fe, pero su acción quedó profundamente quebrantada. Y como la fe es la llamarada inextinguible que conduce en todos los órdenes del desarrollo mental á la cumbre más extraordinaria de las conquistas, porque, ciega, arrastra hasta el piélago indefinido é incoloro de lo increíble, Martí, desde ese instante, tomó ese aspecto característico de su vida, el aspecto del asceta; rara y mística combinación del apostolado que ilumina y de la peregrinación predicadora que enardece. Miró á su alrededor, y se encontró con una mayoría que no podía comprender ni concebir su angustia. La vida arrebatada y mercantilista de New York, momentáneamente al menos, era impropia para el desarrollo gentil de las vaguedades que germinaban en el fondo volcánico de su alma. Miró al mapa, al mapa de su mente, en busca de latitudes y pueblos similares, donde poder derramar las emociones del alma, sobre otros que hubieran experimentado idénticos dolores; que conocieran las penas inmensas que á él afligían; que, por sus recuerdos, sintieran compasión por los que aun sufrían los males cuya denunciación quería acometer, y cuya mitigación proponía. Y se fijó en Caracas, la capital de Venezuela. Lo que Martí hizo allí, para no incurrir en profanación, la pluma cubana cede lugar, lugar que habrá de ocupar con ventaja y con honor, mu-

cho honor para Cuba, al venezolano Juvenal Anzola:

"En días de entusiasmo dedicados á honrar héroes y á enarrar virtudes, llegó á las playas de Venezuela un republicano insigne, un apóstol de la libertad, y egregio pensador; un hombre joven, de continente gallardo y respetable, de mirada penetrante y luminosa, de frente ancha y despejada, como para contener muchos y altos pensamientos; de modales cultísimos, de actividad constante y sobresaliente, y de tal modo comunicativo, franco y atrayente, que, recién llegado, fué dueño de voluntades, tuvo amigos y admiradores. ¿Quién no recuerda á José Martí y no sabe que sólo dejó simpatías entre nosotros, inspiró entusiasmo y vivió en propaganda de libertad y de ciencia? Aquel hombre tenía el fuego que animaba á los antiguos profetas, y creía en el triunfo de su causa como una esperanza cierta, que daba á su rostro el encanto del placer y á su palabra vencedora la elocuencia de un salvador de la patria, discurriendo entre sus conciudadanos, á presencia de los trofeos de su gloria.

"La juventud venezolana, de suyo amiga de los pensadores y héroes, pues tales fueron sus ascendientes, no podía recibir sino con entusiasmo al egregio hijo de la perla antillana, á la cual quiso el Libertador ir á combatir con sus legiones triunfadoras, y en la cual combatieron después, ofrendándole intereses y vida, varios patriotas venezolanos. Martí respiró en Caracas brisas regeneradoras; encontró corazones

entusiastas, voluntades firmes, almas inspiradas y culto ferviente por aquellos hermosísimos ideales que dieron á su constante combatir, á su generosa, gallarda vida, á su verbo fulgurante, la trascendencia de elevar y revolucionar el espíritu de sus compatriotas, de preparar y sostener aquella gigantesca lucha, de la cual surgió independiente y gloriosa la República de Cuba.

"Martí, durante su estado en Caracas, agrupó en torno suyo muchos admiradores....... Deseosos algunos jóvenes de recibir clases de oratoria del insigne Martí, obtuvieron su beneplácito entusiasta, y sabedor de lo que ocurría, el ilustrado y benemérito Dr. Guillermo Tell y Villegas nos ofreció el salón principal de su colegio. En él, varias veces á la semana y por algún tiempo, de las ocho á las diez de la noche, vibró poderosa la voz elocuente de aquel peregrino de la libertad, de aquel atleta incansable que anhelaba dejar en el ánimo de la juventud venezolana, vinculados, todos los tesoros de su alma, todos los ensueños de su inagotable fantasía, todas las grandezas de un porvenir apenas concebible".

El cuadro, su fondo y el colorido, no puede ser más hermoso para Cuba, ni más lleno de justicia para el que lo inspirara. No solamente su arrebatadora palabra, esa palabra que, desde muy joven él, fué calificada por D. Nicolás Heredia, que lo conoció en Madrid, de "grandilocuente y nebulosa á semejanza de Víctor Hugo", consiguió tan señaladas explosiones de admiración, nimbándolo de grandeza, sino que,

además de ello, fué colaborador de varios diarios caraqueños, y entre otros, la *Opinión Nacional;* y fué director muy distinguido de la *Revista Venezolana,* cuya vida fué extraordinariamente fugaz. La obra de Martí, en Venezuela principalmente, obra que tuvo singular éxito, fué la de fomentar en el corazón de la juventud que lo admiraba y lo quería sentimientos de amor y de compasión para su Cuba esclava, y alientos de vindicación para hacerla libre.

En 1881 pasó á New York, la metrópoli financiera de los Estados Unidos, y con los alientos que traía de Venezuela, dió comienzo á su estupenda obra de redención.

Al principio trató de aposentarse, formarse un medio de labrar su subsistencia. Lo primero que encontró á que dedicarse fué el despacho de varios consulados sudamericanos: el de Uruguay, el del Paraguay, y muy especialmente el de la Argentina, en el que llegó á tener carácter oficial, y del que emanaron muchas de las tribulaciones de su existencia.

En aquella época puede decirse que la conspiración en favor de Cuba, mejor dicho, la propaganda por la guerra de libertad, no había prácticamente comenzado. Lo único evidente que á este respecto se conocía eran las páginas llenas de amargura y alusivas á la situación desesperante de Cuba, que Martí, desde New York, escribía á diarios y revistas sudamericanos. En New York, lugar de su residencia, existían ocho ó diez cubanos de procedencia re-

volucionaria, que todos los años, al llegar el 10 de octubre, se reunían espontáneamente, y en una comida frugal, mojada con algún vino de la cosecha americana, pero rotulado con etiqueta portuguesa, animaban sencilla y tristemente sus recuerdos de leyenda, y derramaban algunas lágrimas ardorosas á la memoria de los mártires. Es posible que en esa hora de supremo recogimiento algún aliento inflamaba las almas de los comensales; pero puede asegurarse que al rayar el nuevo día, y entregados á la ardua labor, todo vínculo de unidad, todo contacto actuante, se había borrado, en espera de un año más para nueva celebración de la triste fecha. Martí no tenía contacto ninguno ni aproximación de ninguna clase con aquellos venerables patriotas que celebraban periódicamente el 10 de octubre. En una de esas fechas, con motivo de haberse excusado el orador patriota que en otras ocasiones tenía á su cargo la oración evocadora, el Dr. Trujillo, D. Enrique, que ya había tenido algunos rozamientos en polémicas periodísticas con Martí, propuso á sus amigos emigrados que lo invitaran para que se hiciese cargo de la oración conmemorativa. Así lo hicieron, y Martí pronunció uno de sus más extraordinarios discursos el 10 de octubre de 1887; de él es este párrafo:

"¿Guerra? Pues si se hubiese querido tenerla siempre encendida, ¿cuándo ha faltado una montaña inexpugnable, ni un brazo impaciente? Refrenar es lo que nos cuesta trabajo, no empujar; lo que nos cuesta trabajo es convencer á

los hombres decididos de que la mayor prueba de valor es contenerlo; pues, ¿qué cosa más fácil que la gloria á los que han nacido para ella?; ni ¿qué deseo más impetuoso que el de la libertad en los que ya han conocido, en el brío del combate y la vela de las armas, que es digna de sus heraldos naturales, el sacrificio y la muerte? Las manos nos duelen de sujetar aquí el valor inoportuno. Si no lleva la emigración la guerra á Cuba, acaso será porque cree que no debe aún llevarla; acaso será porque hay en su seno mucho hombre sensato que prefiere dar tiempo á que los hechos históricos culminen por sí en toda su fuerza natural, á precipitarlos por satisfacer impaciencias culpables, á comprometerlos con una acción prematura, con una acción que, habiendo de conmover, de trastornar, de ensangrentar el país, debe esperar para ejercerse á que, por todo lo visible y de indudable manera, no sólo necesite el país la conmoción, sino que la desee, por el extremo de su desdicha y lo irrevocable de su desengaño. ¡Aquí no somos jueces, sino servidores!

"¿Quién dice que aquí queremos llevar á nuestra patria en mala hora una guerra que túviese más probabilidades de ser vencida que de vencer en corto plazo? Aun cuando la tuviéramos en nuestras manos, aun cuando sólo aguardase la señal de partir, de partir para el viaje santo y ligero, corazón á corazón iríamos llamando, afrontándolo todo en la angustiosa súplica, para que no diesen rienda al valor im-

paciente, hasta que ya no hubiera modo de salvar sin esa desventura á la patria".

Aunque lleno de aliento, Martí aparece en su discurso de este día como contenido, contenido en su ardor de provocar nuevamente la guerra en Cuba. Puede asegurarse que la intención calmosa y mesurada en que está invívita su oración es más hija de las circunstancias que de un convencimiento arraigado en su corazón. Lo que aconteciera en el desarrollo de la guerra chiquita, en la que, á pesar de sus nobles esperanzas, no se obtuvo un resultado tan intenso como al principio se creyó, y, sobre todo, la seguridad que Martí tenía de que los hombres de la guerra ansiaban prolongar la paz, reconstruir su hacienda, y no aventurarse en peligrosos ensayos, eran causas más que suficientes para levantar obstáculos al noble curso de sus emociones, ante aquel concurso que simbolizaba tristemente el duro fracaso del 68. No obstante eso, la fogosa palabra de Martí quedó grabada en lo más hondo de sus oyentes, y todos quedaron convencidos de que la libertad de Cuba contaba con poderosa palanca en los impulsos juveniles del orador que les cantara el mérito no igualado y la gloria inmarcesible de sus proezas singulares.

Martí siguió solitario su labor. A su laboriosidad como agente consular, y corresponsal de periódicos escritos en lengua española, unióse pronto su nombramiento de redactor artístico de *The Sun,* en cuyo campo encontró desde entonces lucrativa ocupación. Durante la noche,

en las horas que naturalmente debía dedicar al descanso, tanto de vida fisiológica como mental, extraordinariamente forzadas ambas al legítimo cansancio de una labor ímproba y continuada, Martí pasaba á Brooklyn, y se dedicaba á la enseñanza de las primeras letras á varios compatriotas suyos, de la raza de color, que trabajaban como emigrados en aquella ciudad. Así, despachando no solamente el Consulado Argentino, que oficialmente atendía, sino también los de Uruguay y Paraguay extraoficialmente; escribiendo para todos los diarios y revistas de Centro y Sud América; colaborando asiduamente en *The Sun,* y dando clases á sus compatriotas, robándose á sí mismo todo descanso, le sorprendió un acontecimiento que fué decisivo para el futuro de Cuba.

En 1889, con motivo del centenario americano, los cónsules acreditados en la ciudad neoyorkina celebraron un banquete, en honor del acontecimiento. Martí acudió á él en representación del gobierno argentino. Llegados que fueron los brindis, se promovieron patrióticos discursos. Tocaba el turno á Martí, y sin rehuir momentáneamente el punto capital en que sus palabras habían de girar, con la extraordinaria habilidad y atracción incontenible de los que, en medio de la libertad, no se sienten en todo absolutamente libres, hizo inclinar, en el momento oportuno, sus ideas, hacia las prisioneras y aun tiranizadas Antillas. El no podía con gusto dejarse arrastrar por el raudal abundoso de su elocuencia, ni jugar libremente con

su instinto creador de imágenes vivísimas, sin presentar el cuadro obscuro de las que aún, y mucho, injustamente sufrían. Habló de Cuba, de sus desdichas, y en pleno banquete consular fustigó rudamente la incalificable conducta de España para con la reina de las Antillas, pronunciando la frase aquélla que repitió, con motivo de la conmemoración á Simón Bolívar, cuatro años más tarde: "¡Los que tienen patria—dijo—, que la honren; los que no, que la conquisten!"

El discurso de Martí repercutió en la Secretaría de Estado de la República Argentina, y como sus palabras eran mortificantes para una nación á quien le unían la paz y la amistad, y hasta algunas de ellas tuvieron el énfasis y hasta la intención de una ruptura de hostilidades, el mundo oficial, hipócrita, necesariamente hipócrita en sus manejos y prácticas internacionales, tomó en serio el asunto. Parece que España reclamó, y la República Argentina se vió en el caso de retirarle el carácter oficial de cónsul que disfrutaba ante el gobierno americano.

Entonces sonó la hora de la acción, unida á la propaganda que como escritor realizaba. Martí miró hacia el Sur. Recordó aquella multitud, hormigueante, de cubanos emigrados, que siempre vivían inquietos, preocupados por las desventuras de su patria. Era el momento en que las noticias de Cuba sembraban dolor hasta en los que por ella sólo debían sentir la natural condolencia que se siente por todo dolor humano, pero sin otros vínculos; allá se fué Martí;

á las arenosas playas de Florida y al diminuto Key West, que más parece lugar de entretenimiento de las olas que seguro asilo de un enjambre laborioso de cubanos, á cuyo esfuerzo el pequeño islote debe su renombre en todas partes.

Aquellos sencillos corazones lo recibieron con agrado; lo escucharon después con entusiasmo, para seguirlo más tarde con delirante frenesí y amarlo siempre con apasionada idolatría. Los emigrados de Tampa y Key West, aunque sin movimientos preparatorios, habían mantenido su enardecido amor por la independencia cubana. En el cayo, el club San Carlos era el altar donde se veneraba á la patria. Allí se reunían en las horas libres de la labor cotidiana los obreros cubanos á comentar y á censurar y á aplaudir, pero siempre á entristecerse de los acontecimientos pasados, donde no se sabía cuál de sus aspectos hería más hondamente el corazón de los patriotas, si la sangre derramada, la devastación producida ó el fracaso experimentado. Pero lo cierto es que en cada una de esas consecuencias, cada uno de ellos se sentía atado por vínculos imborrables. Eso constituía predominantemente el ambiente psicológico de aquella muchedumbre. El fondo originario de ese estado de conciencia era causa más que suficiente para que el eco de los antagonismos, de las preocupaciones, hiciera presa segura en aquel campo agitado de opinión.

El choque más evidente y que más profundamente había sembrado desavenencia fué la obs-

cura y aún por esclarecer cuestión de Carlos Manuel de Céspedes. El nombre del glorioso caudillo, iniciador de la contienda y primer presidente en Cuba libre, aun desde su tumba, avivaba entre sus admiradores el recuerdo ingrato de una injusticia inferida. Frente á esa opinión prevalecía la de los quesadistas, que creían justificada la destitución de Céspedes y se sentían satisfechos con la exaltación que á la presidencia obtuviera Quesada.

A ese motivo de desavenencia se unían las recriminaciones de los que entendían que la paz del Zanjón no estaba justificada, y el arrepentimiento de los que encontraban como causa eficiente para ella el desaliento de los propios emigrados en la hora suprema en que se les llamó para reanimar la revolución moribunda.

Igual ó parecido estado de cosas prevalecía entre los emigrados de Tampa. Pero por encima de todo, y como dominándolo todo, en el fondo de la conciencia de aquella multitud latía con vigoroso impulso el amor á la patria.

En lo bajo, en lo secundario, había diferencias bastante hondas; en lo alto, en la serenidad suprema del ideal, campeaba imperante un solo sentimiento: el sentimiento de Cuba libre.

A ese campo, mal preparado, pero fecundo para una gran cosecha, llegó el agitador en hora propicia. Se me asegura que cuando Martí llegó al cayo encontró formado, con bastante desarrollo ya, el germen de una conspiración planeada. Desde los primeros momentos se trató de iniciar á Martí en los secretos del movi-

miento, y hubo oposición decidida, por parte de algunos de los directores, que no relato porque el detalle no tuvo otra importancia que el de dar á conocer á aquellos obreros que Martí no era un asaltador de voluntades, sino un carácter humildísimo, un mensajero de paz, ante cuya mirada, y una vez conocido el campo de operaciones, sólo existía como problema inicial el de suavizar asperezas y zurcir voluntades.

Con el rostro resplandeciente de sinceridad, el ademán denunciador de su condición humilde y el flúido magnético de su palabra conmovedora, se operó en Martí la transformación sublime que iba á caracterizar en lo futuro el fondo de su alma, la condición preferente de su carácter. Se convirtió en apóstol.

Desde entonces, su predicación en los talleres, plazas, calles y en el hogar, hicieron de aquella multitud, y en poco tiempo, algo unísono, compacto, entero, formidable. Estaba en su elemento, y fué comprendido.

No faltaba nunca á nada; se le veía en todas partes; con todos hablaba; á todos convencía. Al poco tiempo perdió su nombre propio y se le llamo el Maestro. La transformación en él experimentada había cundido, y se operó en cuanto estaba á su alcance.

Cuando se le inició en los secretos del club del cayo, quedó sorprendido de la obra, y la explosión de un grito de admiración sobrecogió á cuantos le rodeaban. Impartió su aprobación á la labor; la inflamó con su entusiasmo; la consagró con sus consejos, y sin que nadie lo eli-

giera, y sin que nadie le notificara ser el elegido, se convirtió en el director supremo de todos y para todos. El cayo quedó unificado. Las pasadas desavenencias se borraron como se desvanece el celaje gris en el fondo azul de nuestro cielo. Y Martí fué dejando tras sí, en cada corazón, la ansiedad de una promesa solemne próxima á ser cumplida.

En Tampa su obra es igual; no hay una sola variante á que atender. Triunfa, unifica y crea los clubs revolucionarios que, á manera de lámparas sagradas, iluminarían el lábaro santo de la libertad hasta que fuera conquistada.

Ya nadie dudaba del éxito. Los obreros cubanos cayeron en el éxtasis deleitante de un idilio. Todos confiaban en Martí, en el Maestro, y se entregaron ciegamente á su mandato. Los cimientos de su obra estaban firmemente asegurados. Al Maestro todos obedecían, sin que nunca de él mandato alguno recibieran. Era un fenómeno de sugestión. Lo demás, no sin desasosiegos y amarguras para Martí, habría de venir por añadidura y por su propio peso. Sólo faltaba la explosión de un encono para que la obra realizada por los de abajo llegara poderosamente irresistible á los de arriba. El hecho va á ocurrir. Sigámosle, que la hora suprema se avecina.

CAPITULO VI

DE LA HOSTILIDAD AL TRIUNFO.

El Partido Revolucionario.—Los hombres del 68.—Hostilidad del Sr. Trujillo y "El Porvenir".—Resolución del Consejo Revolucionario.—El libro "A Pie y Descalzo", del Sr. Roa. —Impresión en Martí.—Discurso "Los pinos nuevos y los pinos viejos".—Una carta del general Enrique Collazo.—Contestación de José Martí.—La conjunción.—Maceo, Máximo Gómez y Cebreco listos para el movimiento.—Martí y los autonomistas.—Grito de Baire.

> *"Toda idea nueva es generalmente acogida con desconfianza. Y si tiende á romper con la tradición, lastimando intereses egoístas, la desconfianza se convierte pronto en hostilidad. Pero si esa idea va abriendo paso y logra al fin fructificar, los hostiles se transforman fácilmente en prosélitos.*—FIGAROLA-CANEDA."

El trabajo de unificación y aliento que se ha descrito en las páginas anteriores duró muy cerca de dos años, durante los cuales, necesario es declarar que Martí sólo se puso en contacto con el pueblo; escasa ó ninguna era su comunicación con los que hasta entonces habían dirigido la opinión cubana en éste su aspecto revolucionario. El no se presentó á los emigrados con títulos de ninguna clase; no era nadie; sufría como ellos el mismo dolor, y como ellos, alentaba la esperanza feliz de la consecución de días mejores; fué á comunicárselo; encontró

dividida la opinión, y la unificó; y, en medio de su sencillez y su humildad, se hizo tan grande, que su nombre, sobre todo su nombre de maestro, eclipsó el título de todos los generales. La propaganda en favor de Cuba no se unía ni se asociaba con otro nombre que el de Martí. Y hay que convenir en que, en los momentos de que vamos á hablar, la obra era gigantesca, y á él solo se debía, de tal modo, que hago mías las palabras que, con motivo del primer aniversario de su muerte, escribió el ilustre cubano señor Figarola-Caneda, el año 1896, en el periódico que con el nombre de "La República Cubana" editaba en París; helas aquí: "Mientras los escépticos, los indiferentes y los egoístas, fungían menospreciarle, él solo, sin ajeno auxilio, como un apóstol, organizó el club, fundó el periódico, constituyó la junta, escribió el artículo, redactó la proclama, arengó en la plaza, discutió en la calle, convenció en el hogar, recabó el dinero, compró el arma, fletó el barco y designó la hora para caer en tierra cubana, traidoramente muerto, abrazado á la bandera; á esa bandera que, como dice un tribuno, "puede reconocerse desde muy lejos, porque es la que en América chorrea más sangre derramada por manos españolas".

Tal era la obra de Martí, que ya en 1892 su confianza era decidida, y su fe algo así como una ardiente seguridad, traducida en hecho tangible y palpable. El movimiento de los emigrados arraigó profundamente en Cuba.

A tal grado repercutió en Cuba la palpitación de la obra de Martí, entre los amigos, parientes y allegados de aquella masa obrera que vivía en la emigración, que el jefe espiritual creyó oportuno traducir en hechos prácticos su ya completa labor de propaganda, y al comenzar la primavera de 1892, inició un movimiento de conjunción, que había de culminar á los pocos días en la constitución definitiva del *Partido Revolucionario Cubano.*

Es necesario insistir, porque ello importa mucho á la significación de los grandes hechos preparatorios de la Revolución, y que por primera vez van á ser puestos de manifiesto ante la mirada de los cubanos; hay que insistir, repito, en el hecho ya puntualizado de que Martí mantenía poca ó ninguna relación con los hombres de alta jerarquía militar del 68. Su obra fué con el pueblo, con los obreros, tanto en el extranjero como en Cuba. Como testimonio fidedigno de esta realidad de cosas, á más de cuanto llevo escrito, que bien claramente testimonia esta circunstancia, y de las múltiples manifestaciones de personas que en aquella época vivían en íntimo contacto con Martí, entre los que puedo citar al Sr. Francisco Calderón, vicepresidente del comité de Key West, remito al lector á esta página del ilustre cubano José Ignacio Rodríguez, quien, no por poco simpatizador del movimiento de Martí, dejaba de tener mucha intimidad con cuanto acerca de Cuba sucedía fuera y dentro de la Isla, como evidentemente ha demostrado en todas sus pro-

ducciones. En su obra *La anexión de Cuba,* Rodríguez dice, tratando de la constitución del Partido Revolucionario:

"Cuando se organizó este Partido, con estatutos secretos, pero sobre *bases,* que se publicaron desde el mes de marzo de 1892, nadie le concedió por un instante la menor viabilidad.

"Todos creyeron que aquel movimiento improvisado, en que no figuraban sino algunos emigrados cubanos, los más de ellos de la clase obrera, blancos y negros, de Cayo Hueso, Tampa, New York, Philadelphia y alguna otra ciudad de la Unión, que aparentemente no contaban ni con dinero ni con los demás elementos que para empresa de esta clase se han creído siempre indispensables, estaba destinado á fracasar miserablemente".

El hecho es de una evidencia irrecusable: Martí obraba completa y absolutametne solo. En la mente se dibuja con líneas clarísimas la circunstancia anonadante de que, á más de estar solo Martí, se sentía hostilizado. El hecho de que todo lo actuado en favor de Cuba llevaba como nota dominante la personal y absoluta intervención de Martí, sembró celos en los que hasta entonces habían defendido la causa cubana. Este estado borroso, pero substancialmente cierto, que lo envolvía desde las alturas, sobre no ser factible á una discusión, el lector lo verá grandemente acentuado en cuanto á los demás se refiere, de una manera altamente conmovedora. Por lo que á Martí afecta, ese estado de cosas lo preveía y hasta lo denunciaba, desde

mucho antes de la constitución del Partido Revolucionario.

Después del discurso á que nos hemos referido en el anterior capítulo, pronunciado en 10 de octubre de 1887, Martí, que había recibido una carta del coronel Fernández Ruz, conminándolo á que precipitara los acontecimientos que perseguía, hubo de contestarle en otra carta, que inserto, tomándola de la Revista de la Biblioteca Nacional, porque no solamente presenta el sentimiento de Martí ante el desvío de los hombres del 68, su impresión personal acerca de los autonomistas, sus puntos de vista sobre el estado general de los asuntos cubanos, sino también porque ella responde fidelísimamente al esclarecimiento de los hechos que en estos momentos investigamos. Todo ello hace que esta carta sea el documento más interesante, más que para la historia de Cuba, que lo es en alto grado, para conocer á fondo el pensamiento de Martí, en su variado aspecto de revolucionario, de organizador y de político. Léase el documento:

"SR. JUAN RUZ.

Distinguido compatriota:

No debo ocultar á Ud. que recibí con especial estimación y agradecimiento su franca carta de primero de este mes, y que después de ver por ella el concepto que le merece mi amor á mi patria, y la constancia y mérito del suyo, me sería difícil tratarlo como á extraño. De ese

desinterés y decisión; de ese sensato y desapasionado conocimiento de nuestros problemas y de realidad del país, deben ir armados todos los que aspiren á distinguirse en su servicio. Sé por amigos de Ud., que lo son míos, lo que Ud. vale en la guerra; y vería con dolor que por impaciencia ó error de cálculo se pusiera en camino de malograrse hombre tan útil.

Hace ya unos días que recibí su carta, leída más de una vez, y aunque en el mismo instante hubiera podido responderle lo que le respondo ahora, demoré de propósito mi contestación, para reforzarla con lo que observase en consecuencia de la reunión que acá se tuvo el día 10 de octubre, y con lo que en estos mismos días había de llegar, y ha llegado, á mi noticia, sobre la disposición dominante en las distintas comarcas de nuestro país, cuya actitud ha procurado Ud. con cordura conocer.

La reunión del 10 de octubre, para los que servimos á nuestra patria desde el destierro, sólo es importante porque revela la actual tendencia de la mayoría de esta emigración, cansada ya de servir á valientes mal aconsejados ó ambiciosos culpables, pero no incapaz, á lo que parece, de entender y ayudar en la hora oportuna un movimiento digno por su alcance de la adhesión y respeto de los mismos á quienes lanza al destierro ó á la muerte.

Las noticias de la Isla, cada día de mayor gravedad, sí son para nosotros de un interés extremo; porque de desconocerlas, ó de apreciarlas mal, ó de agigantarlas con la ilusión,

podrían perderse vidas á las que espera una gloria durable, debilitarse ó quebrarse los elementos que fatalmente colaboran en nuestra obra, y alejarse, quién sabe hasta cuándo, lo mismo que se anhela.

Con aquellos hombres hostiles de naturaleza que por falta de conocimiento político ó de verdadera virtud patriótica comprometen con la violencia inútil de su lenguaje y el aparato imprudente de sus actos el éxito de una gran lucha, cuyos fines y medios parecen escapar á sus alcances, no podría yo hablar en razón, como hablo con Ud., que sabe dirigir sus acciones con el entendimiento. Ni es tampoco, por fortuna, como aquellos ruines caracteres que se complacen en suponer móviles mezquinos, cuando no traiciones y cobardías, á la virtud que odian, porque no pueden alzarse hasta el juicio sereno y desinteresado con que se ha de servir al país, ó porque la virtud, respetando á los hombres en vez de degradarlos, confía más en la fuerza de la razón que en la costumbre que los aduladores populares tienen de ir enseñando sus personas y buscando prosélitos en chismes y corrillos. Ud. es un hombre entero; comprende la gravedad tremenda de nuestros actos y palabras, y sabe que los sucesos históricos no pueden prepararse ni llevarse á cabo sin un cuidado exquisito, calculando con la mayor precisión posible el instante, los resultados y los elementos. Los héroes mismos, cuando llegan á su hora, mueren abandonados, si no maldecidos, por los mis-

mos que los recibirían luego con honor y los acompañarían en su triunfo.

Ud. tiene razón. El esperar, que es en política, cuando no se le debilita por la exageración, el mayor de los talentos, nos ha dado la razón á los que parecía que no la teníamos. El gobierno español ha demostrado su incapacidad para gobernar á Cuba conforme á nuestra cultura y necesidades, y aun para aliviarla. Todos los que esperaron en él, ó se fingieron que esperaban, desesperan. Los autonomistas, sin dirección fija ni fe, intentan, por angustia verdadera, sus últimos esfuerzos. Los cubanos no encuentran trabajo, y ven cerca el hambre. Ya el campo está inquieto. Las ofensas constantes de los españoles, y algunas provocaciones nuestras, aumentan sin cesar ese descontento propicio á la revolución. La prudencia misma de los revolucionarios afuera, forzada en unos y meditada en otros, ha contribuído á la fuerza de la situación, porque no resulta ésta violenta ni precipitada, sino natural y fatal, y surgida, por causas libres é irremediables, de la propia Isla. Todo tiende á agravar ese estado, en vez de disminuirlo. Están, pues, allegándose todos los elementos de la guerra; pero, ¿están ya allegados? ¿Ha perdido ya la Isla sus últimas esperanzas, como las habrá perdido pronto? ¿Se han confesado definitivamente vencidos los autonomistas, como después de la campaña de este año habrán de confesarse vencidos, por sus actos, no por sus palabras? ¿Los revolucionarios que hoy les

obedecen, y esperan por ellos, y no obraran hoy sin ellos, están ya dispuestos á prescindir de ellos, como prescindirán mañana? ¿Puede compararse, para el éxito de la primera tentativa revolucionaria, el estado—muy inquieto, sí, aunque incompleto y con muchos elementos en contra—, que ofrece hoy el país, con el que dentro de poco tiempo ofrecerá, á menos que, contra todo lo probable, no cambie radicalmente España de espíritu y de métodos; cuando las voluntades que ya se buscan se hayan juntado; cuando los autonomistas vuelvan de las Cortes desconocidos y ofendidos; cuando las cóleras crecientes culminen con la desesperación y las protestas que seguirán á la pérdida de las últimas esperanzas de hoy y á los desmanes con que procurará el gobierno refrenarlas; cuando, en vez de una aspiración vaga y de esfuerzos aislados mal dirigidos, vea el país en la revolución, por una serie de actos nuestros que revelen plan prudente y verdadera grandeza, una solución seria, preparada sin precipitación para su hora, compuesta como un partido político digno de los tiempos en que ha de influir y de los medios terribles de que ha de valerse? ¿Los auxilios que lleve hoy á la revolución jefe afamado que desembarque en una comarca no bastante decidida, cerca de otra comarca todavía hostil, serán comparables siquiera á la ayuda de que le prive, ocasionando la persecución prematura y el trastorno de elementos que, dejados á sí mismos, habrán de unirse naturalmente para la guerra? ¿No está demostrado ya que

un jefe puro y notable puede desembarcar en Oriente mismo, aun después de un año de guerra, sin que se decidan á unírsele sus más íntimos amigos y compañeros? ¿No es verdad que de esa manera el único modo de impedir la revolución es llevarla antes de tiempo, interrumpiendo el desarrollo espontáneo de sus elementos, y que caería sobre nosotros los impacientes la culpa gravísima de haberla malogrado? Y, sobre todo, ¿está acaso tan lejos ese desarrollo á que el instinto político aconseja esperar, para que nos sea permitido arriesgarlo todo por no esperarlo?

Entonces, amigo mío, no llamarán á los héroes "aventureros", sino "redentores"; entonces, sin las últimas esperanzas que ahora juegan, se les habrán de unir, y se les unirán de prisa, los que hoy tienen aún, á pesar de estar ya casi decididos, pretextos para no decidirse por entero; entonces, con una sabia conducta desde afuera, se habrán desviado obstáculos y apartado elementos que hoy se nos oponen por falta de preparación adecuada, por lo aislado y personal de nuestras anteriores intentonas, por lo pueril y mal conducida de nuestra política en el extranjero, por no verse de allá en la emigración un cuerpo junto con propósitos respetables en vez de temibles, por la dificultad de que un pueblo amedrentado—que no está al habla ni va unido—se determine á pelear mientras le quede una probabilidad de decoro sin la guerra.

Todo eso quería yo que hiciera, y por mi parte he hecho, desde hace cuatro años, preparan-

do la hora que hace dos estuvo para llegar, y alejamos con nuestros errores; la hora que está acercándose, pero no parece llegarnos todavía (sic). Creo que tenemos tiempo. Creo que precisamente el país necesita para decidirse, para convertir en inquietud unánime la que es ya inquietud manifiesta, para reconocer que ya no hay por la paz esperanza ni asidero, el mismo tiempo que nosotros necesitamos para dar á la revolución desde aquí tal carácter y entereza, por los actos públicos y los trabajos y acuerdos privados, que los elementos impuros que hay en su seno, y los que de la nueva época se le allegarían, no dificultasen su triunfo y empequeñecieran y torciesen sus fines. Así Cuba admiraría en nosotros á los hombres á la vez valerosos y sagaces que supieron refrenar su heroísmo hasta que la desdicha del país fué mayor que la que nosotros hemos de llevar para remediarla.

¡Si yo pudiese ver á Ud. en New York, y hablar con Ud. en detalle de todas estas cosas, tan meditadas por mí, que tengo que escribirle precipitadamente! Me llena de miedo pensar que pueda Ud. exponer hoy sin fruto su noble valor republicano y una valiosa experiencia que de aquí á poco tiempo han de ser tan precisos. De nada quiero convencer á Ud. ni disuadirlo; pero, ¿cómo no he de de decirle lo que palpo, lo que sé de la Isla, y lo que pienso? Hablando con Ud., yo le apuntaría dificultades que, llevado de su generosidad, no ha previsto, tanto de orden político como personal, y en las que puede ser mortal el error; yo compararía, con la

serenidad necesaria en estas cosas, no los peligros, que éstos un hombre como Ud. no los cuenta, sino las probabilidades de éxito de su plan con los obstáculos y desventajas, y con el riesgo en que podría poner el alzamiento inmediato y definitivo de la Isla, en que los antecedentes de Ud., su pericia militar y su espíritu del bien público, pueden subir tanto de valor con las cualidades de prudencia y alta política que en la situación presente tiene Ud. ocasión de revelar.

Para mí es claro que servimos mejor á la patria, y que hasta un buen soldado impaciente de gloria se serviría mejor á sí mismo, contribuyendo á crear y á permitir que naturalmente se cree la situación necesaria para sus fines, que lanzándose—fiado á la buena estrella—á precipitarla cuando aún no está dispuesta á la acción, y cuando un sacudimiento prematuro pudiera impedir que se produjesen las circunstancias, recursos y elementos indispensables para la lucha. Para mí es claro que no se debe intentar hoy, sin los tamaños suficientes y antes de la hora natural, lo que precisamente por el hecho de no intentarlo hoy podremos intentar próximamente con más autoridad, con los tamaños necesarios, y favorecidos por la hora, que, aunque nos es menos hostil, no nos es aún bastante amiga. Y cuando todo se viene hacia nosotros, ¿por qué hemos de alejar, con qué derecho hemos de alejar, nuestro triunfo, por falta de oportunidad y sabiduría?

¡Si yo pudiese ver á Ud. aquí, y hablarle sobre todo lo que á ese fin, ajustando sus heroicos deseos á los de nuestra tierra, se podría hacer, se puede hacer, es urgente ya hacer, si hemos de servirla de un modo digno de ella! Hacer posible la lucha próxima vale más, amigo mío, que comprometerla. Yo presiento que llegan los días grandes, y no hago por mí más que vigilar y estremecerme. Mostrémonos dignos de la responsabilidad temible que pesa sobre nosotros. Que no se diga que por el interés vanidoso de la gloria, ó por cualquiera otro interés, contribuimos á afligir á nuestra patria, en el instante mismo en que íbamos á tener ocasión de salvarla. Prepárese, pero no para hoy; porque no tiene el derecho de exponerse á perecer sin fruto uno de los que con más justicia está llamado mañana á guiar. Dígame si, después de conocer estas ideas, desea que le hable de la forma práctica que van teniendo, y para la que no hay día perdido. Y dígame si no quiere, como yo, refrenar el amor á la gloria para que en la hora propicia sea mayor su fuerza. Es necesario elevarse á la altura de los tiempos, y contar con ellos.

Deseando vivamente recibir respuesta suya, y que ella fuese su propia persona, queda estimándole y sirviéndole

Su compatriota afmo.

José Martí".

Hay una confesión estupenda en este documento, y es la de que "la emigración, cansada

ya de servir á valientes mal aconsejados ó á ambiciosos culpables", estaba, sin embargo, dispuesta para "ayudar en la hora oportuna á un movimiento digno por su alcance de la adhesión y respeto de los mismos á quienes lanza al destierro ó á la muerte". Trata con intuición soberana el problema de la guerra, y tiene consejos en forma tal emitidos, que parecen órdenes de un superior. Por eso quizá Martí llegó á ser considerado como absolutista y dictatorial por algunos cubanos. En realidad no lo era. Su condición de espíritu superior lo colocaba por encima de todos los demás; y eso para la mayoría de los hombres es un mal. No podía ser por menos; en todas partes del mundo, los espíritus superiores, los genios, son envidiados.

Pero Martí no era hombre que anidaba en su corazón sentimientos de rencor. Los que, como él, miran al futuro, encuentran naturales todos los obstáculos del camino. Si éstos son de importancia, los vencen, y adelante. Por eso, cuando llegó la hora de formar el Partido Revolucionario lo formó sin vacilar. Contaba para ello con el beneplácito de la muchedumbre que lo seguía, y eso era suficiente, más que suficiente; los generales vendrían más tarde.

El Partido Revolucionario se constituye, y el Sr. Enrique Trujillo, cubano de alta nota que dirigía el periódico "El Porvenir", en New York, con dedicación preferentísima á los asuntos cubanos, combatió, con toda la vehemencia de su pluma, la constitución del partido de Martí. Esa hostilidad llegó á ser tan honda y se

inspiraba en una fogosidad tan incomprensible, que por primera vez vemos á Martí realizando un acto de protesta contra un compatriota. El dolor que experimentara ante la actitud de Trujillo y de su periódico lo llevó á la desesperación, porque los ataques, más que á él, iban dirigidos en forma refleja contra el porvenir de Cuba, y en 29 de abril de 1892, y en junta extraordinaria, se adoptó una resolución por la que, "vista la actitud resueltamente hostil y perturbadora que sobre el actual movimiento de unificación revolucionaria antillana ha adoptado "El Porvenir", periódico que hasta ahora ha pasado y quiere continuar pasando por sostenedor del dogma patriótico de la redención de las Antillas, es este periódico, más que disidente, rebelde, dentro de la colectividad, y en tal concepto, queda desautorizado públicamente, por este cuerpo de consejo, que espera que todos los demás centros directores del Partido Revolucionario tomen este acuerdo en consideración y resuelvan como les aconseje su ilustración y patriotismo".

El ánimo de Martí se ve encrespado, crecido, rugiente, como los mares que el huracán azota. Pero todo lo domina y lo vence su perseverancia, y más que su perseverancia en este instante, su obra de predicación entre la muchedumbre de emigrados, que amaban á Martí, que seguían á Martí, que todo lo esperaban de Martí, como el israelita esperaba y confiaba en su Mesías.

Pero no importa; la hora había llegado, y Martí la condensaba en este sugestivo programa:

"BASES DEL PARTIDO REVOLUCIONARIO CUBANO.

Artículo 1.º—El Partido Revolucionario Cubano se constituye para lograr, con los esfuerzos reunidos de todos los hombres de buena voluntad, la independencia absoluta de la Isla de Cuba, y fomentar y auxiliar la de Puerto Rico.

Artículo 2.º—El Partido Revolucionario Cubano no tiene por objeto precipitar inconsiderablemente la guerra en Cuba, ni lanzar á toda costa al país á un movimiento mal dispuesto y discorde, sino ordenar, de acuerdo con cuantos elementos vivos y honrados se le unan, una guerra generosa y breve, encaminada á asegurar en la paz y el trabajo la felicidad de los habitantes de la Isla.

Artículo 3.º—El Partido Revolucionario Cubano reunirá los elementos de revolución hoy existentes, y allegará, sin compromisos inmorales con pueblo ú hombre alguno, cuantos elementos nuevos pueda, á fin de fundar en Cuba, por una guerra de espíritu y método republicanos, una nación capaz de asegurar la dicha durable de sus hijos y de cumplir, en la vida histórica del continente, los deberes difíciles que su situación geográfica le señala.

Artículo 4.º—El Partido Revolucionario Cubano no se propone perpetuar en la República Cubana, con formas nuevas ó con alteraciones

más aparentes que esenciales, el espíritu autoritario y la composición burocrática de la colonia, sino fundar, en el ejercicio franco y cordial de las capacidades legítimas del hombre, un pueblo nuevo y de sincera democracia, capaz de vencer por el orden del trabajo real y el equilibrio de las fuerzas sociales los peligros de la libertad repentina en una sociedad compuesta para la esclavitud.

Artículo 5.º—El Partido Revolucionario Cubano no tiene por objeto llevar á Cuba una agrupación victoriosa que considere la Isla como su presa y dominio, sino preparar, con cuantos medios eficaces le permita la libertad del extranjero, la guerra que se ha de hacer para el decoro y bien de todos los cubanos, y entregar á todo el país la patria libre.

Artículo 6.º—El Partido Revolucionario Cubano se establece para fundar la patria una, cordial y sagaz, que desde sus trabajos de preparación, y en cada uno de ellos, vaya disponiéndose para salvarse de los peligros internos y externos que la amenacen, y sustituir al orden económico en que agoniza un sistema de hacienda pública que abra su país inmediatamente á la actividad diversa de sus habitantes.

Artículo 7.º—El Partido Revolucionario Cubano cuidará de no atraerse, con hecho ó declaración alguna indiscreta durante su propaganda, la malevolencia ó suspicacia de los pueblos con quienes la prudencia ó el efecto aconseja ó impone el mantenimiento de relaciones cordiales.

Artículo 8.º—El Partido Revolucionario Cubano tiene por propósitos concretos los siguientes:

I. Unir en un esfuerzo continuo y común la acción de todos los cubanos residentes en el extranjero.

II. Fomentar relaciones sinceras entre los factores históricos y políticos de dentro y fuera de la Isla, que puedan contribuir al triunfo rápido de la guerra y á la mayor fuerza y eficacia de las instituciones que después de ella se funden, y deben ir en germen á ella.

III. Propagar en Cuba el conocimiento del espíritu y los métodos de la revolución, y congregar á los habitantes de la Isla en un ánimo favorable á su victoria, por medios que no pongan innecesariamente en riesgo las vidas cubanas.

IV. Allegar fondos de acción para la realización de su programa, á la vez que abrir recursos continuos y numerosos para la guerra.

V. Establecer discretamente, con los pueblos amigos, relaciones que tiendan á acelerar, con la menor sangre y sacrificios posibles, el éxito de la guerra, y la fundación de la nueva república, indispensable al equilibrio americano.

Artículo 9.º—El Partido Revolucionario Cubano se regirá conforme á los estatutos secretos que acuerden las organizaciones que lo funden".

En momentos tan decisivos para Martí, y en presencia de la oposición que acabamos de ver

en el Sr. Trujillo, hostilidad que prevé y espera desde 1887, como se ve en la carta que dirigiera al coronel Ruz, un jefe revolucionario de distinción y abolengo publica un libro, con el título de "A Pie y Descalzo", cuya vibrante literatura ponía al desnudo la cruda realidad de la vida insurrecta. Pintaba con tinte sombrío, como lo eran en realidad, los sufrimientos, las privaciones y los martirios de la vida del monte; no lo era, pero parecía, enderezado á sembrar pavura en el ánimo de los cubanos. Para demostrar que no era tal la intención del folleto, y que desvirtuará de antemano el efecto que fuera de Cuba produjo, haré el siguiente relato:

Me asegura el general Enrique Collazo que nuestro malogrado colorista Manuel de la Cruz era casi siempre el encargado de embellecer los episodios que los soldados cubanos solían tener en sus carteras de apuntaciones ó en los registros de sus memorias. Una tarde, en íntima conversación Collazo, Manuel de la Cruz y el Sr. Roa, hubo éste de decir al segundo que tenía unas cuartillas desde hacía tiempo escritas, y que quería las leyese y retocase por si, á su juicio, merecían ser públicamente conocidas.

Entregadas las cuartillas á Manuel de la Cruz, en la primera entrevista que tuvo con el autor le dijo que su trabajo era por todos conceptos interesante, y que, si quería, no sólo le buscaba en el acto un editor, sino que tenía la seguridad de que anticiparían 200 ó 300 pesos por la edición. Si el asombro de Roa á estas palabras fué grande, su estupefacción no tuvo

límites cuando, al cabo de tres horas, volvía Manuel de la Cruz con 400 pesos, como anticipo por la primera edición de "A Pie y Descalzo".

Pero Martí, lejos de Cuba y sin otro contacto con ella que el que le proporcionaba la correspondencia sigilosa y por clave, como correspondía á un revolucionario de su talla, y sobre todo, hondamente preocupado por cuanto se ha dicho, no podía dar al trabajo de Roa otra significación y alcance que la que el impresionante libro producía. Para él no hubo duda de que su intención era la de sembrar la cobardía en el ánimo de los cubanos. Y tembloroso se lanzó á la primera tribuna para arrancar á su garganta un vigoroso discurso de combate contra lo que, para él, tenía sabores de traición. Aquel discurso fué titulado por él "Los pinos nuevos y los pinos viejos", y su estructura encerraba una dura acusación para los que, combatientes en el 68, parecían impasibles ante una sospecha de deslealtad. Su acusación fué dura, mucho más porque era inmerecida, pero en Martí era necesaria, y para los momentos imprescindible.

Reviste tal importancia esa oración de Martí, que la inserto íntegra, por cuanto ella significó en su hora y en el futuro desenvolvimiento de la causa cubana. He aquí las palabras del tribuno:

"Cubanos:

Para Cuba, que sufre, la primera palabra. De altar se ha de tomar á Cuba, para ofrendar-

le nuestra vida, y no de pedestal, para levantarnos sobre ella. Y ahora, después de evocado su amadísimo nombre, derramaré la ternura de mi alma sobre estas manos generosas que ¡no á deshora, por cierto! acuden á dármele fuerzas para la agonía de la edificación; ahora, puestos los ojos más arriba de nuestras cabezas, y el corazón entero sacado de mí mismo, no daré gracias egoístas á los que creen ver en mí las virtudes que de mí y de cada cubano desean; ni al cordial Carbonell, ni al bravo Rivero, daré gracias por la hospitalidad magnífica de sus palabras, y el fuego de su cariño generoso; sino que todas las gracias de mi alma les daré, y en ellas á cuantos tienen aquí las manos puestas á la faena de fundar, por este pueblo de amor que han levantado cara á cara del dueño codicioso que nos acecha y nos divide; por este pueblo de virtud, en donde se prueba la fuerza libre de nuestra patria trabajadora; por este pueblo culto, con la mesa de pensar al lado de la de ganar el pan, y truenos de Mirabeau junto á artes de Roland, que es respuesta de sobra á los desdeñosos de este mundo; por este templo orlado de héroes, y alzado sobre corazones. Yo abrazo á todos los que saben amar. Yo traigo la estrella, y traigo la paloma, en mi corazón.

No nos reune aquí, de puro esfuerzo y como á regañadientes, el respeto periódico á una idea de que no se puede abjurar sin deshonor; ni la respuesta, siempre pronta, y á veces demasiado pronta, de los corazones patrios á un solicitante de fama, ó á un alocado de poder, ó á un héroe

que no corona el ansia inoportuna de morir con el heroísmo superior de reprimirla, ó á un menesteroso que, bajo la capa de la patria, ande sacando la mano limosnera. Ni el que viene se afeará jamás con la lisonja, ni es este noble pueblo que lo recibe pueblo de gente servil y llevadiza. Se me hincha el pecho de orgullo, y amo aún más á mi patria desde ahora, y creo aún más desde ahora en su porvenir ordenado y sereno; en el porvenir, redimido del peligro grave de seguir á ciegas, en nombre de la libertad, á los que se valen del anhelo de ella para desviarla en beneficio propio; creo aún más en la república de ojos abiertos, ni insensata ni tímida, ni togada ni descuellada, ni sobre culta ni inculta, desde que veo, por los avisos sagrados del corazón, juntos en esta noche de fuerza y pensamiento, juntos para ahora y para después, juntos para mientras impere el patriotismo, á los cubanos que ponen su opinión franca y libre por sobre todas las cosas, y á un cubano que se las respeta.

Porque si en las cosas de mi patria me fuera dado preferir un bien á todos los demás, un bien fundamental que de todos los del país fuera base y principio, y sin el que los demás bienes serían falaces é inseguros, ése sería el bien que yo prefiriera; yo quiero que la ley primera de nuestra república sea el culto de los cubanos á la dignidad plena del hombre. En la mejilla ha de sentir todo hombre verdadero el golpe que reciba cualquier mejilla de hombre: envilece á los pueblos desde la cuna el hábito de recurrir

á camarillas personales, fomentadas por un interés notorio ó encubierto, para la defensa de las libertades; sáquese á lucir, y á incendiar las almas, y á vibrar como el rayo, á la verdad, y síganla, libres, los hombres honrados. Levántese por sobre todas las cosas esta tierna consideración, este viril tributo de cada cubano á otro. Ni misterios, ni calumnias, ni tesón en desacreditar, ni largas y astutas preparaciones para el día funesto de la ambición. O la república tiene por base el carácter entero de cada uno de sus hijos, el hábito de trabajar con sus manos y pensar por sí propios, el ejercicio íntegro de sí y el respeto, como de honor de familia, al ejercicio íntimo de los demás; la pasión, en fin, por el decoro del hombre, ó la república no vale una lágrima de nuestras mujeres, ni una sola gota de sangre de nuestros bravos. Para verdades trabajamos, y no para sueños. Para libertar á los cubanos trabajamos, y no para acorralarlos. Para ajustar en la paz y en la equidad los intereses y derechos de los habitantes leales de Cuba trabajamos, y no para erigir, á la boca del continente de la república, la mayordomía espantada de Veintimilla, ó la hacienda sangrienta de Rosas, ó el Paraguay lúgubre de Francia. ¡Mejor caer bajo los excesos del carácter imperfecto de nuestros compatriotas, que valerse del crédito adquirido con las armas de la guerra ó las de la palabra para rebajarles el carácter! Este es mi único título á estos cariños que han venido á tiempo á robustecer mis manos incansables en el servicio

de la verdadera libertad. ¡Muérdanmelas los mismos á quienes anhelase yo levantar más, y ¡no miento! amaré la mordida, porque me viene de la furia de mi propia tierra, y porque por ella veré bravo y rebelde á un corazón cubano; ¡unámonos, ante todo, en esta fe; juntemos las manos, en prenda de esa decisión, donde todos las vean, y donde no se olvida sin castigo; cerremos el paso á la república que no venga preparada por medios dignos del decoro del hombre, para el bien y la prosperidad de todos los cubanos!

¡De todos los cubanos! Yo no sé qué misterio de ternura tiene esta dulcísima palabra; ni qué sabor tan puro sobre el de la palabra misma de hombre, que es ya tan bella, que, si se le pronuncia como se debe, parece que es el aire como nimbo de oro, y es trono á cumbre de monte la Naturaleza. Se dice cubano, y una dulzura como de suave hermandad se esparce por nuestras entrañas, y se abre sola la caja de nuestros ahorros, y nos apretamos para hacer un puesto más en la mesa, y echa las alas el corazón enamorado para amparar al que nació en la misma tierra que nosotros, aunque el pecado lo trastorne, ó la ignorancia lo extravíe, ó la ira lo enfurezca, ó lo ensangriente el crimen. ¡Como que unos brazos divinos que no vemos nos aprietan á todos sobre un pecho en que todavía corre la sangre, y se oye todavía sollozar el corazón! Créase allá en nuestra patria, para darnos luego trabajo de piedad; créase, donde el dueño corrompido pudre cuanto mira, un al-

ma cubana nueva, erizada y hostil; un alma hosca, distinta de aquella alma casera y magnánima de nuestros padres é hija natural de la miseria que ve triunfar al vicio impune, y de la cultura inútil que sólo halla empleo en la contemplación sorda de sí misma! Acá, donde vigilamos por los ausentes; donde reponemos la casa que allá se nos cae encima; donde creamos lo que ha de reemplazar á lo que allí se nos destruye; acá no hay palabra que se asemeje más á la luz del amanecer, ni consuelo que se entre con más dicha por nuestro corazón, que esta palabra inefable y ardiente de cubano.

¡Porque eso es esta ciudad; eso es la emigración cubana entera; eso es lo que venimos haciendo en estos años de trabajo sin ahorro, de familia sin gusto, de vida sin sabor, de muerte disimulada! ¡A la patria, que allí se cae á pedazos y se ha quedado ciega de la podre, hay que llevar la patria piadosa y previsora que aquí se levanta! ¡A lo que queda de patria allí, mordida de todas partes por la gangrena que empieza á roer el corazón, hay que juntar la patria amiga donde hemos ido, acá en la soledad, acomodando el alma, con las manos firmes que pide el buen cariño á las realidades todas, de afuera y de adentro, también veladas allí en unos por la desesperación y en otros por el goce babilónico, que con ser grandes certezas y grandes esperanzas y grandes peligros, son, aun para los expertos, poco menos que desconocidas! Pues ¿qué saben allá de esta noche gloriosa de resurrección, de la fe determinada y

metódica de nuestros espíritus, del acercamiento continuo y creciente de los cubanos de afuera, que los horrores de los diez años y las veleidades naturales de Cuba, y otras causas maléficas, no han logrado por fin dividir, sino allegar tan íntima y cariñosamente, que no se ve sino un águila que sube, y un sol que va naciendo, y un ejército que avanza? ¿Qué saben allá de estos tratos sutiles, que nadie prepara ni puede detener, entre el país desesperado y los emigrados que esperan? ¿Qué saben de este carácter nuestro, fortalecido de tierra en tierra por la prueba cruenta y el ejercicio diario? ¿Qué saben del pueblo liberal y fiero, trabajador, que vamos á llevarles? ¿Qué sabe el que agoniza en la noche, del que le espera con los brazos abiertos en la aurora? Cargar barcos puede cualquier cargador; y poner mecha al cañón, cualquier artillero puede; pero no ha sido esa tarea menor, y de mero resultado y oportunidad, la tarea única de nuestro deber, sino la de evitar las consecuencias dañosas, y acelerar las felices, de la guerra próxima é inevitable, é irla limpiando, como cabe en lo humano, del desamor y del descuido, y de los celos que la pudiesen poner donde sin necesidad ni excusa nos pusieron la anterior, y disciplinar nuestras almas libres en el conocimiento y orden de los elementos reales de nuestro país, y en el trabajo, que es el aire y el sol de la libertad, para que quepan en ella sin peligro, junto á las fuerzas creadoras de una situación nueva, aquellos residuos inevitables de las crisis re-

vueltas que son necesarias para constituirlas. Y las manos nos dolerán más de una vez en la faena sublime, pero los muertos están mandando, y aconsejando, y vigilando; y los vivos los oyen, y los obedecen; y se oye en el viento ruido de ayudantes que pasan dando órdenes, y de pabellones que se despliegan. ¡Unámonos, cubanos, en ésta otra fe: con todos y para todos; la guerra inevitable, de modo que la respete y la desee y la ayude la patria, y no nos la mate en flor, por local ó por personal, ó por incompleta, el enemigo; la revolución, de justicia y de realidad, para el reconocimiento y la práctica franca de las libertades verdaderas.

Ni los bravos de la guerra que me oyen tienen paces con estos análisis menudos de las cosas públicas, porque al entusiasta le parece crimen la tardanza misma de la sensatez en poner por obra el entusiasmo; ni nuestra mujer, que aquí oye atenta, sueña más que en volver á pisar la tierra propia, donde no ha de vivir su compañero, agrio como aquí vive, y taciturno; ni el niño, hermano ó hijo de mártir y de héroe, nutrido en sus leyendas, piensa en más que en lo hermoso de morir á caballo peleando por el país, al pie de una palma.

¡Es el sueño mío, es el sueño de todos; las palmas son novias que esperan; y hemos de poner la justicia tan alta como las palmas! Eso es lo que queríamos decir. A la guerra del arranque, que cayó en el desorden, ha de suceder, por la insistencia de los males públicos, la guerra de la necesidad, que vendría floja y sin

probabilidad de vencer, si no le diese su pujanza aquel amor inteligente y fuerte del derecho, por donde las almas más ansiosas de él recogen de la sepultura el pabellón que dejaron caer, cansados del primer esfuerzo, los menos necesitados de justicia. Su derecho de hombre es lo que buscan los cubanos en su independencia; y la independencia se ha de buscar con alma entera de hombre. ¡Que Cuba, desolada, vuelve á nosotros los ojos! ¡Que los niños ensayan en los troncos de los caminos la fuerza de sus brazos nuevos! ¡Que las guerras estallan, cuando hay causas para ella, de la impaciencia de un valiente ó de un grano de maíz! ¡Que el alma cubana se está poniendo en fila, y se ven ya, como el alba, las masas confusas! ¡Que el enemigo, menos sorprendido hoy, menos interesado, no tiene en la tierra los caudales que hubo de defender la vez pasada, ni hemos de entretenernos tanto como entonces en dimes y diretes de localidad, ni en competencias de mando, ni en envidias de pueblo, ni en esperanzas locas! ¡Que afuera tenemos el amor en el corazón, los ojos en la cosa, la mano en la América, y el arma al cinto! Pues ¿quién no lee en el aire todo eso con letras de luz? Y con letras de luz se ha de leer que no buscamos, con este nuevo sacrificio, meras formas, ni la perpetuación del alma colonial en nuestra vida, con novedades de uniforme yanqui; sino la esencia y realidad de un país republicano nuestro, sin miedo canijo de unos á la expresión saludable de todas las ideas y el empleo honrado de todas las energías; ni de

parte de otros, aquel robo al hombre que consiste en pretender imperar en nombre de la libertad por violencias en que se prescinde del derecho de los demás á las garantías y los métodos de ella. Por supuesto que se nos echarán atrás los petimetres de la política, que olvidan cómo es necesario contar con lo que no se puede suprimir; y que se pondrá á refunfuñar el patriotismo de polvos de arroz, so pretexto de que los pueblos, en el sudor de la creación, no dan siempre olor de clavellina. Y ¿qué le hemos de hacer? Sin los gusanos que fabrican la tierra, no podría hacerse después palacios suntuosos. En la verdad hay que entrar con la camisa al codo, como entra en la res el carnicero. Todo lo verdadero es santo, aunque no huela á clavellina. Todo tiene la entraña fea y sangrienta: es fango en las artesas el oro en que el artista talla luego sus joyas maravillosas; de lo fétido de la vida saca almíbar la fruta, y colores la flor; nace el hombre del dolor y la tiniebla del seno maternal, y del alarido y desgarramiento sublime; y las fuerzas magníficas y corrientes de fuego que en el horno del Sol se precipitan y confunden, no parecen de lejos, á los ojos humanos, sino manchas. ¡Paso á los que no tienen miedo á la luz; caridad para los que tiemblan de sus rayos!

Ni vería yo esa bandera con cariño, hecho como estoy á saber que lo más santo se toma como instrumento del interés por los triunfadores audaces de este mundo, si no creyera que en sus pliegues ha de venir la libertad entera,

cuando el reconocimiento cordial del decoro de cada cubano, y de los modos equitativos de ajustar los conflictos de sus intereses, quite razón á aquellos consejeros de métodos confusos que sólo tienen de terribles lo que tiene de terca la pasión que se niega á reconocer cuanto hay en sus demandas de equitativo y justiciero. ¡Clávese la lengua del adulador popular, y cuelgue al viento como banderola de ignominia, donde sea castigo de los que adelantan sus ambiciones azuzando en vano la pena de los que padecen, ú ocultándoles verdades esenciales de su problema, ó levantándoles la ira; y al lado de la lengua de los aduladores, clávese la de los que se niegan á la justicia! La lengua del adulador se clave donde todos la vean, y la de los que toman por pretexto las exageraciones á que tiene derecho la ignorancia, y que no puede acusar quien no ponga todos los medios de hacer cesar la ignorancia, para negarse á acatar lo que hay de dolor de hombre y de agonía sagrada en las exageraciones; que es más cómodo excomulgar, de toga y birrete, que estudiar, lloroso el corazón, con el dolor humano hasta los codos. En el presidio de la vida es necesario poner, para que aprendan justicia, á los jueces de la vida. El que juzgue de todo, que lo conozca todo. No juzgue de prisa el de arriba, ni por un lado; no juzgue el de abajo por un lado, ni de prisa. No censure el celoso el bienestar que envidia en secreto. No desconozca el pudiente el poema conmovedor, y el sacrificio cruento, del que se tiene que cavar el pan que

come; de su sufrida compañera, coronada de corona que el injusto no ve; de los hijos que no tienen lo que tienen los hijos de otros por el mundo. ¡Valiera más que no se desplegara esa bandera de su astil, si no hubiera de amparar por igual á todas las cabezas!

Muy mal conoce nuestra patria, la conoce muy mal, quien no sepa que hay en ella, como alma de lo presente y garantía de lo futuro, una enérgica suma de aquella libertad original que cría el hombre en sí, del jugo de la tierra y de las penas que ve, y de su idea propia y de su naturaleza altiva. Con esta libertad real y pujante, que sólo puede pecar por la falta de la cultura que es fácil poner en ella, han de contar más los políticos de carne y hueso que con esa libertad de aficionados que aprenden en los catecismos de Francia ó de Inglaterra los políticos de papel. Hombres somos, y no vamos á querer gobiernos de tijeras y de figurines, sino trabajo de nuestras cabezas, sacado del molde de nuestro país. Muy mal conoce á nuestro pueblo quien no observe en él cómo á la par de este ímpetu nativo que lo levanta para la guerra, y no lo dejará dormir en la paz, se ha criado, con la experiencia y el estudio, y cierta ciencia clara que da nuestra tierra hermosa, un cúmulo de fuerzas de orden, humanas y cultas; una falange de inteligencias plenas, fecundadas por el amor al hombre, sin el cual la inteligencia no es más que azote y crimen; una concordia tan íntima, venida del dolor común, entre los cubanos de derecho natural, sin historia y

sin libros, y los cubanos que han puesto en el estudio la pasión que no podían poner en la elaboración de la patria nueva; una hermandad tan ferviente entre los esclavos ínfimos de la vida y los esclavos de una tiranía aniquiladora, que por este amor unánime y abrasante de justicia de los de un oficio y los de otro; por este ardor de humanidad igualmente sincero en los que llevan el cuello alto, porque tienen alta la nuca natural, y los que lo llevan bajo, porque la moda manda lucir el cuello hermoso; por esta patria vehemente en que se reunen con iguales sueños, con igual honradez, aquellos á quienes pudiese divorciar el diverso estado de cultura, sujetará nuestra Cuba, libre en la armonía de la equidad, la mano de la colonia, que no dejará á su hora de venírsenos encima, disfrazada con el guante de la república. ¡Y cuidado, cubanos, que hay guantes tan bien imitados, que no se diferencian de la mano natural! A todo el que venga á pedir poder, cubanos, hay que decirle á la luz, donde se vea la mano bien: ¿mano, ó guante? Pero no hay que temer en verdad, ni hay que regañar. Eso mismo que hemos de combatir, eso mismo nos es necesario. Tan necesario es á los pueblos lo que sujeta como lo que empuja; tan necesario es en la casa de familia el padre, siempre activo, como la madre, siempre temerosa. Hay política hombre, y política mujer. ¿Locomotora con caldera que la haga andar, y sin freno que la detenga á tiempo? Es preciso, en cosas de pueblos, llevar el freno en una mano,

y la caldera en la otra. Y por ahí padecen los pueblos: por el exceso de freno y por el exceso de caldera.

¿A qué es, pues, á lo que habemos de temer? ¿Al decaimiento de nuestro entusiasmo, á lo ilusorio de nuestra fe, al poco número de los infatigables, al desorden de nuestras esperanzas? Pues miro yo á esta sala, y siento firme y estable la tierra bajo mis pies, y digo: ¡mienten! Y miro á mi corazón, que no es más que un corazón cubano, y digo: ¡mienten!

¿Tendremos miedo á los hábitos de autoridad contraídos en la guerra, y en cierto modo ungidos por el desdén diario de la muerte? Pues no conozco yo lo que tiene de brava el alma cubana, y de sagaz y experimentado el juicio de Cuba, y lo que habrían de contar las autoridades viejas con las autoridades vírgenes, y aquel admirable concierto del pensamiento republicano y la acción heroica que honra, sin excepciones apenas, á los cubanos que cargaron armas; ó, como conozco todo eso, al que diga de nuestros veteranos hay que esperar ese amor criminal de sí, ese postergamiento de la patria á su interés, esa traición inicua á su país, le digo: ¡miente!

¿O nos ha de echar atrás el miedo á las tribulaciones de la guerra, azuzado por gente impura que está á paga del gobierno español; el miedo á andar descalzo, que es un modo de andar ya muy común en Cuba, porque entre los ladrones y los que los ayudan, ya no tienen en Cuba zapatos sino los cómplices y los ladro-

nes? Pues como yo sé que el mismo que escribe un libro para atizar el miedo á la guerra dijo en versos, muy buenos por cierto, que la jutía basta á todas las necesidades del campo en Cuba, y sé que Cuba está ya otra vez llena de jutías, me vuelvo á los que nos quieren asustar con el sacrificio mismo que apetecemos, y les digo: ¡mienten!

¿Al que más ha sufrido en Cuba por la privación de la libertad le tendremos miedo, en el país donde la sangre que derramó por ella se la ha hecho amar demasiado para amenazarla? ¿Le tendremos miedo al negro, al negro generoso, al hermano negro, que en los cubanos que mueren por él ha perdonado para siempre á los cubanos que todavía lo maltratan? Pues yo sé de manos de negros que están más dentro de la virtud que las de blanco alguno que conozco; yo sé del amor negro á la libertad sensata, que sólo en la intensidad mayor y natural y útil se diferencia del amor á la libertad del cubano blanco; yo sé que el negro ha erguido el cuerpo noble, y está poniéndose de columna firme de las libertades patrias. Otros le teman; yo le amo; á quien diga mal de él, ó me lo desconozca, le digo á boca llena: ¡miente!

¿Al español en Cuba habremos de temer? ¿Al español armado, que no nos puede vencer por su valor, sino por nuestras envidias, nada más que por nuestras envidias? ¿Al español, que tiene en el Sardinero ó en la Rambla su caudal, y se irá con su caudal, que es su única patria; ó al que lo tiene en Cuba, por apego á

la tierra ó por la raíz de los hijos, y por miedo del castigo opondrá poca resistencia, y por sus hijos? ¿Al español llano, que ama la libertad como la amamos nosotros, y busca como nosotros una patria en la justicia, superior al apego á una patria incapaz é injusta; al español que padece, junto á su mujer cubana, del desamparo irremediable y el mísero porvenir de los hijos que nacieron con el estigma de hambre y persecución, con el decreto de destierro en su propio país, con la sentencia de muerte en vida con que vienen al mundo los cubanos? ¿Temer al español liberal y bueno; á mi padre valenciano; á mi fiador montañés; al gaditano que me velaba el sueño febril; al catalán que juraba y votaba porque no quería el criollo huir con sus vestidos; al malagueño que saca en sus espaldas del hospital al cubano impotente; al gallego que muere, en la nieve extranjera, al volver de dejar el pan del mes en la casa del general en jefe de la guerra cubana? ¡Por la libertad del hombre se pelea en Cuba, y hay muchos españoles que aman la libertad! A estos españoles los atacarán otros; yo los ampararé toda mi vida. A los que no saben que esos españoles son otros tantos cubanos, les decimos: ¡mienten!

Y ¿temeremos á la nieve extranjera? Los que no saben bregar por sus manos en la vida, ó miden el corazón de los demás por su corazón espantadizo, ó creen que los pueblos son meros tableros de ajedrez, ó están tan criados en la esclavitud que necesitan quien les sujete

el estribo para salir de ella, esos buscarán en un pueblo de componentes extraños y hostiles la república que sólo asegura el bienestar cuando se la administra en acuerdo con el carácter propio, y de modo que se acendre y realice. A quien crea que falta á los cubanos coraje y capacidad para vivir por sí en la tierra creada por su valor, le decimos: ¡miente!

Y á los lindoros que desdeñan hoy esta revolución santa, cuyos guías y mártires primeros fueron hombres nacidos en el mármol y seda de la fortuna; esta santa revolución, que en el espacio más breve hermanó, por la virtud redentora de las guerras justas, al primogénito heroico y al campesino sin heredad; al dueño y á sus esclavos; á los olimpos de pisapapel que bajan de la trípode calumniosa para preguntar aterrados, y ya con ánimo de sumisión, si ha puesto el pie en tierra este peleador ó el otro, á fin de poner en paz el alma con quien pueda mañana distribuir el poder; á los alzacolas que fomentan á sabiendas el engaño de los que creen que este magnífico movimiento de almas, esta idea encendida de la redención decorosa, este deseo triste y firme de la guerra inevitable, no es más que el tesón de un rezagado indómito, ó la correría de un general sin empleo, ó la algazara de los que no gozan de una riqueza que sólo se puede mantener por la complicidad con el deshonor, ó la amenaza de una turba obrera, con odio por corazón ó papeluchos por sesos, que irá como del cabestro, por donde la quiera llevar el primer ambicioso

que la adule, ó el primer déspota encubierto que le pase por los ojos la bandera; á lindoros, y á olimpos, y á alzacolas, les diremos: ¡mienten! ¡Esta es la turba obrera; el arca de nuestra alianza, el tahalí, bordado de manos de mujer, donde se ha guardado la espada de Cuba; el arenal redentor donde se edifica, y se perdona, y se prevé, y se ama!

¡Basta, basta de meras palabras! Para lisonjearnos no estamos aquí, sino para palparnos los corazones, y ver que viven sanos, y que pueden; para irnos enseñando á los desesperanzados, y á los desbandados, á los melancólicos, en nuestra fuerza de idea y de acción, en la virtud probada que asegura la dicha por venir, en nuestro tamaño real, que no es de presuntuoso, ni de teorizante, ni de salmodista; no de belómano, ni de cazanubes, ni de pordiosero. Ya somos unos y podemos ir al fin; conocemos el mal, y veremos de no recaer; á puro amor y paciencia hemos congregado lo que quedó disperso, y convertido en orden entusiasta lo que era, después de la catástrofe, desconcierto receloso; hemos procurado de buena fe, y creemos haber logrado, suprimir ó reprimir los vicios que causaron nuestra derrota; y allegar, con modos sinceros y para fin durable, los elementos conocidos ó esbozados, con cuya unión se puede llevar la guerra inminente al triunfo. Ahora, ¡á formar filas! Con esperar, allá en lo hondo del alma, no se fundan pueblos. Delante de mí vuelvo á ver los pabellones dando órdenes; y me parece que el mar que de

allá viene, cargado de esperanza y de dolor, rompe la valla de la tierra ajena en que vivimos, y revienta contra esas puertas sus olas alborotadas..... ¡Allá está sofocada en los brazos que nos la estrujan y corrompen! ¡Allá está herida en la frente, herida en el corazón, presidiendo, atada á la silla de tortura, el banquete donde las bocamangas de galón de oro ponen el vino del veneno en los labios de los hijos que se han olvidado de sus padres; y el padre murió cara á cara al alférez; y el hijo va, de brazo con el alférez, á podrirse á la agonía!

¡Basta de meras palabras! De las entrañas desgarradas levantamos un amor inextinguible por la patria, sin la que ningún hombre vive feliz, ni el bueno, ni el malo. Allí está, de allí nos llama; se le oye gemir; nos la violan y nos la befan, y nos la gangrenan, á nuestros ojos; nos corrompen y nos despedazan á la madre de nuestro corazón. Pues alcemos de una vez, de una arremetida última de los corazones; alcémonos de manera que no corra peligro la libertad en el triunfo, por el desorden ó por la torpeza ó por la impaciencia en prepararla; alcémonos, para la república verdadera, los que por nuestra pasión por el derecho y por nuestro hábito del trabajo sabremos mantenerla; alcémonos para darles tumba á los héroes cuyo espíritu vaga por el mundo avergonzado y solitario; alcémonos para que algún día tengan tumba nuestros hijos. Y pongamos alrededor de la estrella, en la bandera nueva, esta

fórmula del amor triunfante: con todos, para el bien de todos".

Es largo, lector, ¿verdad? Pero ¡cuán entretenido! Parece que nos revela ansiedades y dolores del momento. Yo conocí ese discurso de Martí después del hundimiento del imperio colonial español en nuestra América; mucho después, cuando ví, con ojos espantados, cómo la República maltrataba á los cubanos, y por hacerlo, caía estrepitosamente al golpe de rebelión de sus propios hijos, y de cuya época arranca mi seria dedicación al estudio de las cosas de mi patria; entonces me parecieron palabras que convenían al momento, que se adaptaban á nuestra realidad nacional. Lo reproduzco en estas páginas, después de instaurada la segunda República cubana, y sigo pensando firmemente en la frescura de sus conceptos, en lo impecable de sus pronósticos, en la videncia de sus vaticinios; de tal manera, que si la índole de este trabajo (que quiero sustraer de las candentes luchas del medio, para que no lo manchen los apasionamientos de la inquieta realidad que nos agita), me consintiera comentarlo, y, al hacerlo, comparar nuestra vida con las predicciones del Apóstol en ese su valiente discurso, habría para un largo capítulo; pero ni la hora histórica, ni mi posición en el movimiento de nuestras cuestiones, me lo permiten. A la sinceridad consciente y sagacidad penetradora de mis compatriotas dejo esta tarea, que de hacerse, muy bien nos probaría. La Historia espera implacable el vivo fallo de mis coetáneos.

Pero hay algo en las palabras de Martí, de efecto tan sensacional y de tan íntima relación con este estudio, que necesitamos seguirlo en todo su curso hasta su doloroso desenlace, porque fueron bienhechoras y fecundas sus consecuencias.

El discurso, con el título de "Por Cuba y para Cuba", se reprodujo en el periódico de Key West *El Yara;* de allí pasó á Cuba, y cayó como losa de plomo sobre los revolucionarios del 68 que vivían en Cuba española. Roa lloró desesperado; quiso pasar el golfo, en actitud agresiva contra el Maestro; sus compañeros lo contuvieron, y previo un cambio de impresiones, se acordó la publicación de la siguiente carta, que, redactada por Collazo, apareció en la edición de *La Lucha* del 6 de enero de 1892. Lean los cubanos, porque de ella y de las que le siguen á continuación llegarán al convencimiento de lo que era el alma de Martí, á quien adoran todos en Cuba, sin embargo de conocerle muy superficialmente. Este incidente, sobre fijar definitivamente la suerte futura y dichosa de la patria, deja á Martí transparentado hasta lo íntimo y más hondo de su alma. Oigan á Collazo:

Sr. D. José Martí.

En la emigración.

Muy señor mío: he leído una hoja suelta, titulada "Por Cuba y para Cuba", que repro-

duce un discurso de Ud. pronunciado en Tampa el 26 de noviembre de 1891. No es mi ánimo discutir ese discurso; doy por sabido que en él trata Ud. magistralmente los arduos problemas políticos y sociales de nuestro país, ideando las más galanas soluciones. En la sexta columna del citado impreso, hay un párrafo, el tercero, que copio al pie de la letra:

"¿O nos ha de echar atrás el miedo á las tribulaciones de la guerra, azuzado por gente impura que está á paga del gobierno español; el miedo á andar descalzo, que es un modo de andar ya común en Cuba, porque entre los ladrones y los que los ayudan, ya no tienen en Cuba zapatos sino los cómplices y los ladrones? Pues como yo sé que el mismo que escribe un libro para azuzar el miedo á la guerra dijo en versos, muy buenos por cierto, que la jutía basta á todas las necesidades del campo en Cuba, y sé que Cuba está otra vez llena de jutías, me vuelvo á los que nos quieren asustar con el sacrificio mismo que apetecemos, y les digo: ¡mienten!"

Los que militamos en la revolución y vivimos ahora en Cuba tenemos hoy el mismo criterio que ayer tuvimos, y, á pesar del tiempo transcurrido, mantenemos los vínculos que nos unieron en la década del sacrificio. Nuestro juicio sobre la emigración, por la conducta que observó durante la guerra, está consignada en el folleto que, á raíz del convenio del Zanjón, publicó el autor de "A Pie y Descalzo".

Después de la guerra hemos perseverado en esa opinión, abonada por los hechos; pero nunca imaginamos tan ruin á esa emigración como Ud. la hace aparecer en su discurso. ¡Cómo! ¿Conque, á pesar de los años transcurridos, todavía puede asustarse esa emigración con el relato fiel de las privaciones, trabajos y desventuras que afrontamos durante diez años? ¿Cree Ud., Sr. Martí, que los que, á impulso del deber, arrostren el peligro de hacer patria, deben ir ciegos ó engañados, como el soldado mercenario á quien se emborracha para que sirva de carne de cañón? ¿Tan ruin imagina Ud. la generación presente, que la cree incapaz de ir al sacrificio con plena conciencia de lo que va á hacer, con el mismo valor y estoicismo con que arrostraron la muerte, en el campo y en el patíbulo, los hombres del 68? Su manera de presentar las cosas nos autoriza para creerlo: los cubanos de hoy se asustan—eso piensa y eso teme Ud.—con un sencillo relato de penalidades. Pues bien, señor Martí: ofensa tan grave á los cubanos, jamás pensó inferirla el autor de "A Pie y Descalzo", ni ninguno de sus compañeros, que unánimemente aplaudimos la veracidad y oportunidad de un libro cuya moral debe llenar de orgullo á todo corazón cubano. Como Ud. no ha comprendido el mérito real de ese libro, yo quiero explicárselo ahora, en muy pocas palabras: sabiendo de lo que es capaz ese corazón cubano, que Ud. calumnia; sabiendo, porque ése fué el mundo en que vivimos durante diez

años, que no hay trabajo ni sacrificio que le arredre en cumplimiento del deber, quisimos darle una idea clara y precisa del calvario que nosotros habíamos recorrido, para que aprovecharan la enseñanza nuestros hijos y sucesores.

No nos extraña que Ud. haya comprendido mal la índole de "A Pie y Descalzo": el libro ha debido parecer á Ud. terrorífico. El que con ofensas más que suficientes—el grillete—, con edad sobrada, no cumplió con los deberes de cubano cuando Cuba clamaba por el esfuerzo de todos sus hijos; el que prefirió continuar primero sus estudios en Madrid, casarse luego en México, ejercer en la Habana su profesión de abogado, solicitar más tarde, como representante del Partido Liberal, un asiento en el Congreso de los Diputados, por Puerto Príncipe ó por Cuba; el que prefirió servir á la Madre Patria, ó alejar su persona del peligro, en vez de empuñar un rifle para vengar ofensas personales aquí recibidas; ése, usted, Sr. Martí, no es posible que comprenda el espíritu de "A Pie y Descalzo". Aún le dura el miedo de antaño.

No; no es posible que Ud. comprenda lo que es, en toda su fuerza, el cumplimiento del deber; pues que en el momento preciso en que todo le obligaba á cumplirlo, pudo más en Ud. el amor á sí propio que el amor á Cuba. Y, sin embargo, hoy es Ud. patriota, y valiente, y héroe, y hasta orador. Y hoy es Ud. un prohombre cubano; la representación metafórica del patriotismo; sospecho que hasta mártir; un

Bolívar en perspectiva; y nosotros...... nosotros "estamos á paga del gobierno español".

¡Cómo cambian los tiempos, Sr. Martí! ¿Tenemos nosotros la culpa de Ud. no prosperase en su bufete de abogado, ó de que orientales y camagüeyanos no lo llevasen con sus sufragios á los escaños del parlamento español? ¿Qué le hemos de hacer, si Ud., por más que diga, no puede borrar su pasado? Pero si Ud. quiere ser cubano póstumo, ó *guapo,* después que ha pasado el peligro, séalo en buena hora; pero déjenos en paz. Quien tanto miedo tuvo á sacrificar su vida cuando Cuba lo exigía, respete y no importune á los que por Cuba expusimos la cabeza una y mil veces.

Haga Ud. discursos; hable cuanto quiera; viva como mejor le acomode; que á nosotros no nos importa cómo vive cada cual. Sepa Ud., Sr. Martí, que aquí, cara á cara del gobierno, nosotros conservamos nuestro carácter de cubanos y de revolucionarios; que no hemos hecho transacción alguna que desdiga ó empañe nuestros antecedentes; que somos hoy lo que éramos en 1878; pero sepa al mismo tiempo que no rebajamos nuestra conciencia adulando á un pueblo incrédulo para arrancarle sus ahorros; que pedimos nuestro sustento al trabajo; que vivimos con la satisfacción del deber cumplido, pudiendo decir con orgullo: á nadie tememos; á nadie debemos; á nadie adulamos.

Si de nuevo llegase la hora del sacrificio, tal vez no podríamos estrechar la mano de Ud. en la manigua de Cuba; seguramente, porque en-

tonces continuaría Ud. dando lecciones de patriotismo en la emigración, á la sombra de la bandera americana.

De usted S. S.,

Enrique Collazo.

Firman, por estar conformes, José M. F. Aguirre, Francisco Aguirre, Manuel Rodríguez.

Habana, enero de 1892.

Si grande, pero justificada, fué la equivocación de Martí, no menos grande y justificado fué el error de Collazo. Si los revolucionarios cubanos meditan un momento, ¿cómo era posible que dudasen del alcance de las palabras de Martí? ¿Cómo era posible dudar del hombre que el 10 de octubre de 1887 pronunció, en holocausto de los mártires y en honor de los héroes del 68, una de sus más hermosas oraciones? Entonces Martí predicó: "Los misterios más puros del alma se cumplieron aquella mañana de la Demajagua, cuando los ricos, desembarazándose de su fortuna, salieron á pelear, sin odios á nadie, por el decoro, que vale más que ella; cuando los dueños de hombres, al ir naciendo el día, dijeron á sus esclavos: "Ya sois libres!" ¿No sentís, como estoy yo sintiendo, el frío de aquella sublime madrugada? ¡Para ellos, para ellos todos esos vítores que os arranca este recuerdo glorioso! ¡Gracias en nombre de ellos, cubanos que no os avergonzáis de ser fieles á los que murieron por vos-

otros; gracias en nombre de ellos, cubanos que no os cansáis de ser honrados!"

¿Dónde, señores del 68, oísteis frases más elevadas, respetuosas y sinceras, dignificadoras y dignificantes, que ésas que dejo consignadas? Si me dejaran escoger entre los dos errores, entre los dos impresionables apuntes de desaciertos, me quedo sin vacilar con el acto de Martí; todo en él justifica sus angustias; todo, antecedentes y circunstancias, lo aminoran grandemente; el de los revolucionarios, aunque digno y elevado, tiene una base más floja, más inconsistente y más débil; vean ahora la grandeza de alma y la integridad de principios con que se defiende Martí en esta carta, que por primera vez sale á la pública curiosidad:

"New York, 13 de enero de 1892.

Sr. Enrique Collazo.

Señor:

Amargo es el deber de censurar públicamente á quien desalienta á su pueblo en la hora en que parece que van á serle muy necesarios los alientos; más amargo me es, por mirar yo á todo cubano como á hermano mío, la obligación de contestar la infortunada carta que con fecha 6 de enero se sirvió Ud. dirigirme, y me causó más pena que enojo, porque en ella revela Ud. la capacidad de ofender sin razón, y

muestra su desconocimiento lamentable de la obra de generosidad y de prudencia con que la emigración, aleccionada por los sucesos anteriores y posteriores á la guerra, se dispone á no recaer en el divorcio y abandono que Ud. y el autor de "A Pie y Descalzo" censuran con justicia, mas no con la viveza y el tesón con que lo censuro yo desde hace doce años, ni con el empeño que desde entonces pongo en evitar que la guerra nueva fracase ó se desvíe por el culpable desacuerdo entre el país que ha de combatir y la emigración que ha de ayudarlo. Y ¿qué hace Ud., Sr. Collazo, desde hace doce años, para salvar á su patria de los peligros en que la dejó una guerra personal y descompuesta; para desentrañar y publicar sus errores, á fin de no caer de nuevo en ellos; para disponer, con lo viejo y lo nuevo, una guerra honrada y de bien público que no nos traiga más males que los que se lleve; para juntar, sin cobardía ni gazmoñería, los elementos indispensables al triunfo duradero de una guerra que no es lícito desear, ni posible impedir? O ¿pudo descuidarse, cuando se preveía la ineficacia de los remedios de la paz arrodillada, el deber de preparar, con respecto al voto del país y al decoro de los cubanos, la guerra que habría de suceder á aquellas tentativas inútiles? O ¿se cumple este deber en la silla, singularmente segura, del empleado de gobierno, la silla que ha de quemar á quien peleó contra él, ó narrando en un libro sombrío, á las puertas mismas de la guerra inevitable, todo lo que la puede hacer

temible, con silencio astuto y riguroso sobre los recursos con que habría de contar, y las causas por que la guerra anterior vino á caer, y la grandeza que hace adorable y útil el sacrificio, y da majestad imperecedera á los sacrificados?

Este es el párrafo mío que dió motivo á la carta de usted:

"¿O nos ha de echar atrás el miedo á las tribulaciones de la guerra, azuzado por gente impura que está á paga del gobierno español, el miedo á andar descalzo, que es un modo de andar ya muy común en Cuba, porque entre los ladrones y los que los ayudan, ya no tienen en Cuba zapatos sino los cómplices y los ladrones? Pues como yo sé que el mismo que escribe un libro para atizar el miedo á la guerra dijo en versos, muy buenos por cierto, que la jutía basta á todas las necesidades del campo en Cuba, y sé que Cuba está otra vez llena de jutías, me vuelvo á los que nos quieren asustar con el sacrificio mismo que apetecemos, y les digo: ¡mienten!"

Yo no hablé en este párrafo, Sr. Collazo, como pretende Ud. hacer creer, de "los que militaron en la revolución, y viven ahora en Cuba". Vivan ó no en Cuba, los que militaron en la revolución son para mí los hombres de quienes dije hace dos años: "Si se nos salta el corazón, de celos y de gratitud, cuando oímos la historia de aquellos hechos de indecible bravura que ha de poner con lo más alto del firmamento la admiración del hombre, de aquellos

hechos que no se pueden oir sin que se llene como de luz toda nuestra carne mortal, ó sin sentir como que la mar se hace puente, y nos vamos detrás del ejemplo ilustre, á donde la tierra nos llama". Vivan ó no en Cuba, los que militaron en la revolución son los hombres de quienes dije hace tres meses: "Y es lo primero este año, porque ha pasado por el aire una que otra ave de noche, proclamar que nunca fué tan vehemente en nuestras almas el culto de la revolución. Aquellos padres de casa, servidos desde la cuna por esclavos, que decidieron servir á los esclavos con su sangre, y se trocaron en padres del pueblo; aquellos propietarios regalones, que en la casa tenían su recién nacido y su mujer, y en una hora de transfiguración sublime se echaron selva adentro, con la estrella á la frente; aquellos letrados entumidos, que al resplandor del primer rayo saltaron de la toga tentadora al caballo de pelear; aquellos jóvenes angélicos que del altar de sus bodas, ó del festín de la fortuna, salieron, arrebatados de júbilo celeste, á sangrar y morir, sin agua y sin almohada, por nuestro decoro de hombres; aquéllos son carne nuestra, y entrañas y orgullo nuestro, y raíces de nuestra libertad, y padres de nuestro corazón, y soles de nuestro cielo, y del cielo de la justicia; y sombras que nadie ha de tocar sino con reverencia y ternura. ¡Y todo el que sirvió, es sagrado! El que puso el pie en la guerra; el que armó un cubano de su bolsa; el que quiso la redención de buena fe, y le sacrificó su porvenir y su fortu-

na, ya lleva un sello sobre el rostro, y un centelleo en los ojos, que ni su misma ignominia le pudiera borrar luego".

El que peleó en la revolución, es santo para mí, Sr. Collazo. El que hace industria de haber peleado en la revolución, ó goza después de ella, entre sus amigos, de un influjo superior al que tuvo entre sus compatriotas, ó usa de su influencia para aflojar la virtud reciente de un país que necesita de toda su virtud, ése bajará ante mí sus ojos, Sr. Collazo, aunque haya militado en la revolución; y los bajará ante todo hombre honrado.

Ni sé yo con qué especial derecho se dirige Ud. á mí, y con Ud. sus compañeros, cuando lo que yo dije de "paga del gobierno español" se refiere á "la gente impura que azuza el miedo á las tribulaciones de la guerra"; á no ser que usted y sus compañeros deseen contarse entre los que azuzan el miedo, que es de quienes dije lo de la paga. Y ni de Ud. ni de ellos lo creo, Sr. Collazo. Ud. ha firmado la carta del día 6 por ignorancia increíble de la labor revolucionaria de estos doce años, y por el mal consejo de iras viejas contra la emigración, y en otro tiempo, justas. Un solo punto habría habido á lo sumo que levantar en el párrafo mío que Ud. cita, pasando por alto la consideración piadosa con que puse en una parte general lo de la paga, para que tocara el blanco sin herir, y en otra lo especial y directo sobre el libro. ¿Está ó no al servicio del gobierno español el revolucionario que publica un libro precipitado

en que se acumulan los horrores de la guerra, y se narran sus obstáculos sin narrar sus recursos, y se enumeran los elementos hostiles sin enumerar los amigos, en los instantes en que parece volver á pensar en la guerra el país? Si está al servicio del gobierno español, no tiene derecho á que se considere desinteresado un libro que favorece indirectamente al gobierno á quien sirve. Eso he dicho, y no más. Levántese el punto.

¡Qué dolor éste de añadir pena, por culpa de Ud., á la que tendrá de seguro, y más si erró sin voluntad, el autor de un libro considerado por cuantos cubanos conozco, sin una sola excepción—por cuantos hombres de la guerra conozco, y tengo entre ellos amigos muy amados—, como una falta grave contra la verdad y la patria; como una obra culpable de la astucia ó del despecho! Mucho pudiera decir, y no lo digo; á mí me duele mucho, Sr. Collazo, todo error cubano; con mi sangre lo quisiera borrar, en vez de publicarlo con mi pluma. Pero diré, por culpa de Ud., que si es noble decir la verdad, lo noble es decirla toda. Ocultar la verdad, es delito; ocultar lo que no conviene al adversario, y decir lo que le conviene, es delito. Cuando es constante el riesgo de que, por falta de solución tan inmediata como los males que piden remedio, acuda el país á la guerra de la desesperación, peca grandemente contra su deber quien contribuye á propagar la creencia en la inutilidad del sacrificio indispensable.

Y no es que nos infunda por acá temor, como Ud. dice, la pintura del sacrificio que nos enamora, ni que hablemos acá para quitarnos el miedo de unas cuantas hojas de papel. Aquí hablamos para que se oiga allá lo que allá no se puede decir; para levantar la piel podrida; para sacar la sangre al rostro de los cansados y los olvidadizos; para provocar cartas como la de Ud., en que el ataque injusto á un hombre que no ha manchado su mano con el salario que le pagan sus enemigos, sea al menos ocasión de enseñar cuánta virtud patriótica subsiste en los que vivieron demasiado en ella para que pudieran olvidarla. Hablamos para que se sepa que los cubanos que vivimos en el extranjero no vivimos enconados contra el cubano de la Isla, ni echándole en cara una situación de la que no se puede desembarazar; sino ardiendo en amor por él, y en deseos de juntar con él los brazos. Echemos atrás, Sr. Collazo, las guerras de personas, ó de corrillo imperial y desdeñoso, ó de casta cegata y empedernida; y echemos, Sr. Collazo, adelante las guerras públicas y generosas.

Pues si para algo vivo, es para impedir, caso de que tal peligro hubiese, que cayera sobre Cuba una guerra que no fuera, desde su raíz hasta su fin, y en métodos como en propósitos, para el bien igual y durable de todos los cubanos. Y ¿no he oído en estos días á miles de hijos de Cuba proclamar, sin una sola voz de disentimiento, ni de rico ni de pobre, ni de negro ni de blanco, ni de patriota de ayer ni de patrio-

ta de hoy, ni de hombre de guerra ni de hombre de paz, que el Partido Revolucionario Cubano no tiene por objeto llevar á Cuba una agrupación victoriosa que considere la Isla como su presa y su dominio, sino preparar, con cuantos medios eficaces le permita la libertad del extranjero, la guerra que se ha de hacer para el decoro y bien de todos los cubanos, y entregar á todo el país la patria libre?

No hablamos aquí, Sr. Collazo, para caer en aquel triste estado de antes, cuando los héroes abandonados por la guía incapaz de las emigraciones tuvieron tiempo de gangrenarse de manera que á alguno le ha llegado acaso la gangrena al corazón; sino para impedir, como decía ayer un cubano en Key West, que "vuelvan á ir por vías opuestas, según fueron, la revolución magnífica y conmovedora, la revolución radical y reconstructora de dentro de la Isla, y aquella de miedos y melindres, de formas y reservas, de corbatín y puño de oro, de los que en algunos instantes parecieron más deseosos de entregar la patria al extranjero que de auxiliar su independencia. No hablemos aquí para rechazar fuerza alguna, de ayer ó de hoy, que coadyuve al bien de la patria; ni para repeler, so pretexto de haberla servido, á los que quieran servirla. Pues ¿qué suerte guardan Ud. y sus tres compañeros á los cubanos que, por causas notorias, no pudieron tomar parte de soldado en la guerra anterior; porque no vivían en Cuba, al pie de su caballo; porque los sacaba la policía del barco glorioso; porque

salieron del banco de la escuela al banco de la prisión; porque la cárcel ó la enfermedad ó la pobreza los tuvo lejos de los embarcaderos de la guerra en los primeros años de las expediciones; porque luego no hubieran tenido más modo de ir al campo que echarse á nado al mar? ¿De modo que, para Ud. y sus compañeros, todos los que no pudimos servir á la patria con las armas llevamos perennemente el anatema de cobardes, y estamos incapacitados de servirla, ó la hemos de servir como réprobos mal admitidos en la Iglesia, aun cuando hayamos alzado del polvo la bandera de la revolución, en los instantes en que los que acababan de abandonarla se sentaban á la mesa del gobierno español? ¡Pues vale más haber recogido del polvo la bandera, que servir el interés del enemigo hiriendo por el costado á quien la lleva, en el instante en que se le ponen alrededor las fuerzas necesarias para la batalla!

Y ahora, Sr. Collazo, ¿qué le diré de mi persona? Si mi vida me defiende, nada puedo alegar que me ampare más que ella. Y si mi vida me acusa, nada podré decir que la abone. Defiéndame mi vida. Sé que ha sido útil y meritoria, y lo puedo afirmar sin arrogancia, porque es deber de todo hombre trabajar por que su vida lo sea; responder á Ud. sería enumerar los que considero yo mis méritos. Jamás, señor Collazo, fuí el hombre que Ud. pinta. Jamás preferí mi bienestar á mi obligación. Jamás dejé de cumplir en la primera guerra, ni-

ño, pobre y enfermo, todo el deber patriótico que á mi mano estuvo, y fué á veces deber muy activo. Queme Ud. la lengua, Sr. Collazo, á quien le haya dicho que serví yo á "la madre patria". Queme Ud. la lengua á quien le haya dicho que serví en algún modo, ó pedí puesto alguno, al Partido Liberal, ó que, en eso de la diputación, hice más que oir al capitulado que me vino á tender inútilmente, no sé en servicio de quién, la vanidad oratoria, y escribir, en respuesta á un ilustre santiaguero, la carta, tomada por la policía al portador, en que dije que, caso de venirme diputación semejante, se entendería que la aceptaba para defender en el parlamento español lo único que, á mi juicio, puede defender allí, para bien de la Isla y de España, un cubano sensato: la independencia de Cuba. ¡Y con el pie en el barco de la guerra estaré, y si me encargasen que intentara la independencia por la paz, haría esperar el barco, y la tentaría! Y en cuanto á lo de arrancar á los emigrados sus ahorros, ¿no han contestado á Ud., en juntas populares de indignación, los emigrados de Tampa y Cayo Hueso? ¿No le han dicho que en Cayo Hueso me regalaron, los trabajadores cubanos, una cruz? Creo, señor Collazo, que he dado á mi tierra, desde que conocí la dulzura de su amor, cuanto hombre puede dar. Creo que he puesto á sus pies muchas veces fortuna y honores. Creo que no me falta el valor necesario para morir en su defensa. Y aquí cumple, Sr. Collazo, que aluda

á lo que se sirve Ud. decirme sobre "darnos las manos en la manigua".

Puede ser que el espíritu patriótico que resplandece en su carta, y la consagración de que á mis ojos gozan cuantos pelearon por nuestra libertad, me permitirán olvidar, al darle la mía, que la mano de Ud. es la de un hombre que ha calumniado á otro. Vivo tristemente de un trabajo obscuro, porque renuncié hace poco, en obsequio de mi patria, á mi mayor bienestar. Y es frío este rincón, y poco propicio para visitas. Pero no habrá que esperar á la manigua, Sr. Collazo, para darnos las manos, sino que tendré vivo placer en recibir de Ud. una visita inmediata, en el plazo y país que le parezcan convenientes.

Queda sirviéndole su compatriota

José Martí."

Las ideas y los conceptos que acaban de leerse en la precedente carta son de excepcional importancia para el conocimiento del Martí íntimo, del Martí individualmente considerado. Es ella toda grandeza, no tanto por la firme ratificación de sus conceptos, sino por la rectificación sincera de la errónea significación que á su discurso inicial se le diera. Aceptando el incidente en todo terreno, que la intervención de amigos evitó llegar al grado de combate singular, este hecho, por sí solo, envuelve á Martí en el palio nimbado de gloria que corresponde á los grandes hombres, á los héroes.

Colocad á un hombre cualquiera de las condiciones de Martí, que ha consagrado su vida á un solo ideal; colocadlo en las condiciones en que Martí se encontraba al constituir el Partido Revolucionario, con la hostilidad del periódico "El Porvenir", en el corazón mismo de la emigración que él dirigía; entregadle entonces un ejemplar del libro "A Pie y Descalzo", y así como las aguas buscan su nivel, y los cuerpos pesados caen si pierden su punto de apoyo, cualquiera otro hombre semejante á Martí y rodeado como él de análogas circunstancias hubiese asimismo levantado su dignidad á la altura que Martí levantó la suya con su protesta. Lo contrario hubiera sido una vejación personal que no cabe concebir, dados los antecedentes del hombre que para Cuba y por el bien de Cuba realizaba precisamente lo contrario.

Ahora examinemos la excepcional importancia que para el futuro de Cuba trajo aparejado este incidente necesario, fatalmente necesario, para que la obra de Martí alcanzara todo la plenitud de la importancia que él le asignaba. Paréceme que su enunciación es innecesaria; está palpitante, salta á la mente con la facilidad con que el pez salta y se hunde entre las ondas. Pero no por innecesario debe dejar de consignarse. El hecho es que desde entonces, los hombres del 68, todos los hombres del 68, los indiferentes y hasta los hostiles, se convencieron de que Martí controlaba el movimiento revolucionario, de que Martí no había de prescindir de ellos, de que eran necesarios,

imprescindibles, para empuñar muy pronto las armas contra España. Martí lo había decidido, y aunque ignorado, contaba con los elementos necesarios para realizarlo: soldados, simples soldados de muy buena voluntad por una parte, tanto en la emigración como en Cuba, y dinero, dinero que entregaba aquella emigración diariamente del fruto ardoroso de su frente. Faltaban los generales, y Martí los encontró.

No hay quien dude, ni quien niegue, ni quien discuta, que la obra por Martí realizada es el resultado de un cerebro de estupendas condiciones organizadoras. Martí no procedió, como la inmensa mayoría de los tropicales, con impresionables precipitaciones.

El creó, y toda creación parte de una base.

Conseguida ésta, Martí se lanza en busca de los generales, para entregarles su ejército y los recursos que había allegado; se entrevista personalmente con Maceo y Cebreco en Puerto Limón. Su entrevista con Cebreco (el propio general Cebreco me la ha referido) es arrebatadora como un episodio infantil.

Refiere el general Cebreco que los linderos de la finca que explotaba en Puerto Limón la unían con la de un español, á quien gustaba trabar conversación con nuestro general, para contarle cómo se acrecentaba el poder español, cómo adquiría armamentos modernos, lo que, á su juicio, haría imposible toda intentona separatista en Cuba; y Cebreco sonreía, y contestaba al terrateniente colindante que él sólo pensaba en el acrecentamiento de su hacien-

da. "Esta opinión mía—me decía Cebreco—yo no sé cómo y por dónde llegó á oídos de Martí; lo cierto es que el día que se presentó en mi vivienda, en 1894, comprendí en su exterior, en sus ademanes y hasta en el preámbulo con que anticipó sus deseos, que estaba sobrecogido por algún sentimiento embarazoso, dada su natural llaneza". Mas cuando Martí expuso francamente el móvil de su visita, y éste le contestó que estaba incondicionalmente á su disposición, Martí cayó en sus brazos y se agitaba "como un niño—palabras de Cebreco—á quien se colma en sus anhelos".

A Maceo y Máximo Gómez, que desde el pacto del Zanjón habían quedado en relaciones frías, Martí los aproxima, los unifica, los acerca.

No hay cubano que no conozca esa entrevista, provocada por Martí, entre los dos supremos caudillos de la revolución cubana. La propia pluma de Martí ha referido la ansiedad suprema y las angustias que experimentara cuando vió entrar al hombre de acero en la tienda del inflexible é inexorable generalísimo Máximo Gómez. El mismo nos refiere las profundas sacudidas de su alma, durante la media hora que estuvo esperando la decisión de aquellos dos hombres, que, solos, discutían allá dentro. Temblaba por Cuba. Cuando salieron, el general Gómez, con el brusco énfasis de su conversación, y el bronco torrente de su voz, dijo á Martí: "Maceo y yo, á la vez de convenir en la necesidad de dirigir la guerra que Ud. ha pre-

parado, resolvimos nombrar á Ud. mayor general del ejército cubano". Pero Martí no oyó estas palabras; apenas sonadas las primeras, se echó en brazos de los dos caudillos, para decirles conmovedoramente: "¡Ya Cuba es libre!"

Para dar idea de la importancia que Máximo Gómez atribuyó á la obra de Martí, nada tan propio como esta carta suya, dirigida al general Collazo:

Central Valley, 12 de abril de 1894.

Sr. Enrique Collazo.

Mi querido Enrique:

Mi silencio de tan largo tiempo para contigo hasta ahora, y que tal vez á raíz de tanta labor revolucionaria no tuviera explicación satisfactoria para ti, no lo dudes, era intencional. Tú me conoces, y sabes que yo sé ocupar mi puesto, llegada la hora, y debía dejar á Martí que él, sin obstáculos ni estorbos, pudiese realizar la obra estupenda de unificación y concordia de los elementos dispersos de fuera, que deben en un momento dado unirse con el elemento sano y dispuesto de dentro para salvar á Cuba. A mi entender, este trabajo está ya terminado, y urge que entremos en el terreno de los hechos positivos.

Así, pues, Enrique, la revolución (y éste es mi opinar) cuenta con tres hombres en primer

término para Occidente, de los que se encuentran en esas comarcas, que son tú y Carrillo.

Está P. . . . ; pero como yo conozco su carácter exaltado, sería expuesto para el mismo decirle una palabra la víspera, y no debes, pues, sino comunicarte en absoluto con Carrillo.

Pocas palabras. Arreglen y combinen todo lo que puedan. Si necesitan armas, pídelas ó mándalas buscar, pues como Uds. son los que deben asumir la responsabilidad de la introducción, es á quien toca estudiar y prever todo para ese caso. O, si tú crees que puedes, consigue algunas allí mismo, aunque costasen más caro, pero que de ese modo queda más garantida su seguridad. Tú avisarás de la suma que necesitas y del modo ó conducto de hacerla llegar á tus manos.

Oye bien, pues esto es lo más importante: de ningún modo deben Udes. mover una paja en Occidente mientras los fuegos del Centro y Oriente, que yo mismo personalmente pienso dirigir, no les quite mucho enemigo de encima. Pero, ¿cómo nos salvaremos del peligro personal que corremos, por más quietos que nos propangamos estar con esa situación encima? De un modo sencillísimo: como en tu plan y organización debe estar previamente previsto ese caso, deben tener preparados tres ó cuatro hombres de confianza, bien armados, para que en el momento dado se oculten en el campo, aunque para ello tengas que unirte á Manuel García. Esa situación de espera, que bien entiendo es angustiosa, no debe ser muy larga,

porque el estado de la comarca hará conocer la hora ó el momento de hacer sentir su presencia en el campo. Tomada esa actitud, ya lo demás tú sabes cómo se hace: mucho daño al enemigo procurando recibir el menos.

En cuanto á los métodos y modos, ni una palabra tengo que decirte; conozco muy á fondo tu honradez y pundonor, para que puedas tolerar ningún acto que quite honradez y prestigio á la revolución, y manche nuestro nombre.

A otra cosa: un día, no lo olvidaré jamás, en horas tristísimas de mi vida, me tendiste tu mano amiga; hoy sé que estás más pobre que entonces; allá, pues, te mando $400.00. Tu familia, cuando quieras y de un modo hábil, para que su salida no te haga sospechoso, hazla, si quieres, se traslade á Cayo Hueso, pues allí habrá órdenes y medios de atenderla.

Y cerrando ésta con un abrazo, te quiere tu viejo general

M. Gómez.

P. D.—Necesito que me acuses recibo de esta carta. Cambia la letra y firma "Aguas Verdes". Serafín Sánchez, en Cayo Hueso, es buen conducto.

Yo estoy muy vigilado fuera.

Gómez.

El general Máximo Gómez confiesa que él "debía dejar á Martí que él, sin obstáculos ni estorbos, pudiese realizar la obra estupenda de unificación y concordia". Ningún elogio puede

ser más dignificador, para los que desde el fondo del alma miran á Martí, que esta confesión del general Gómez; y sobre todo, el hecho de que él, militar hasta la médula, calificase de estupenda la obra realizada. Esto basta y sobra para llenar las aspirciones del espíritu más exigente.

Ya estamos, pues, en el instante de abarcar de un solo golpe de vista el plano general del desarrollo de la obra de Martí, en su aspecto político. Lo hemos visto, rebelde desde niño, pugnar abiertamente con el ambiente de su patria, y desde entonces, conspirador en las logias habaneras, hemos seguido su paso por el presidio, y los elementos de actividad combatiente, que los horrores de las prisiones españolas desenvolvieron en su espíritu; lo hemos seguido en el destierro; desatar el fuego de su entusiasmo y su indignación, ante la República Española, pidiendo para Cuba lo que ellos acababan de conquistar, y á los cubanos de Madrid negándoles el derecho de decidirse por nada que no fuera la independencia. Lo vimos preparar la guerra chiquita y decidir á los caudillos del 68 á la última jornada, después de vencer la enorme resistencia que al principió le salió al paso; réstanos solamente afirmar que si públicamente Martí desenterró de su alma frases duras para el Partido Autonomista, por la oposición que hacía á todo procedimiento de revolución en favor de la independencia de Cuba, puedo asegurar que días antes de salir para la manigua, en Cayo Hueso, Francisco

Calderón, vicepresidente del Comité Revolucionario, al preguntarle á Martí cuál era la suerte de los autonomista ante el triunfo de la revolución, él respondió:

—Los autonomistas son los intelectuales de Cuba, y no sólo no se puede prescindir de ellos, sino que, sin ellos, no tendremos la verdadera garantía de nuestra república. Además, ese partido, su gente, ha preparado para la guerra esos soldados que ahora vamos á dirigir.

Con esa preparación y esos antecedentes se decretó la guerra de 1895. Cuando llegó la hora, Martí no tuvo, dentro y fuera de Cuba, más que corazones que lo seguían, si se excep-túan algunos autonomistas y los españoles. De todo aquel movimiento de rencillas no quedaba ni el recuerdo. Sólo se esperaba la orden del levantamiento, y vean en qué hermosa carta Martí envía al general Collazo, en pliego aparte, las últimas disposiciones para esperar la hora del levante. He aquí el documento:

New York, 8 de mayo de 1894.

Sr. Enrique Collazo.

Mi muy estimado amigo:

Con alegría grande cumplo hoy, por medio de la carta adjunta, los avisos que de tiempo en tiempo he enviado á Ud., en estricto acuerdo con el desarrollo, seguro, á la vez que vigilante, de sucesos que sabía yo bien que á la hora precisa—la de la acción cercana, sin dema-

siada preparación visible—, habían de pasar por sus manos. De mi particular gusto en ello, y aun diré que de mi parte en ello, Ud. tiene ya prueba bastante, aunque no llegue tal vez aún á entender todo el afecto y especial cariño con que veo esta parte principal puesta en Ud. "Yo le diré que Ud. es como nosotros", me dijo una vez el general Gómez, hablando sobre Ud. Ud. lo ha sentido ya, y ve en mí un hermano. Cuanto dijese sobre otras cosas sería redundante, y va explicado en la carta adjunta, escrita de acuerdo con la Delegación, y por ésta suscrita y confirmada. Debo sólo regocijarme de que vea Ud. que hay ya certeza de ese sistema de prudencia, concordia y división de trabajo con que en tan poco tiempo hemos llegado de tan poco á tanto. Tenía Ud. razón, por los engaños y cobardía de la época pasada, en temer que yo, en mi humilde parte, no fuese el hombre de verdad y sencillez que soy, sino un llenapáginas ambicioso y sin riñón; ó que era yo víctima del patriotismo inactivo, y de miedos literarios á la obra cruda y sana que hay que hacer. Pero vea ahora la pureza y ternura con que se unen, sin un solo embozo, ni semilla de separación futura, los elementos necesarios, y que á Ud. mismo pudieron parecer opuestos, de la Revolución.

Ni en espíritu, ni en detalle, me separa un ápice del vigor y la nobleza del general Gómez. Así lo envié á decir, al anunciarle—para calmar su duda natural—la situación próxima de que hoy le va la prueba. Con la fuerza de lo

hecho puedo asegurarle que me empleo ahora mismo en lo que falta por hacer, con el mismo cuidado por la Isla, y el mismo respeto á las vidas de allá, que he demostrado hasta hoy. Sigo viaje á cubrir mi trabajo verdadero, y hacer de camino parte de él. Pero antes voy al Cayo, á esperar respuesta de Ud., que me puede ir por el portador de ésta, y aguardo con la natural impaciencia.

Por otra mano remití á Ud. los $400.00 que le anuncia el General, y aquí incluyo orden al portador, por $75.00, para que, sin el peligro á que estaría hoy expuesta cualquiera comunicación mía por portador digno al Camagüey, envíe Ud. por mano, por primera vía, esa carta, del General y mía, al Marqués. Es de tal importancia, que he de rogarle no haya en ello la menor demora. Aquí he aguardado hasta dar con hombre totalmente seguro. Pero éste no tiene razón natural para seguir al Príncipe. Ud. escogerá allí bien su mensajero.

Para mayor tranquilidad de Ud., y para el éxito de nuestras labores, debo decir á Ud. que de ningún modo intervendré—ni en cosas de acción, armas, etc., me he permitido intervención anterior—, en la organización que allí desee Ud. darse. Las personas, todas, que á mí hayan venido, recibirán recado de ponerse á las órdenes de Ud. Y sólo daré ese recado á gente de toda seguridad. De Matanzas D. y B. piden sin cesar armas, sin que hasta hoy vea yo modo cierto de su arribo, ni creo que debo obrar en esto aparte de Ud., lo cual les dirá

Ud., que los conoce, si le parece bien decírselos, porque yo no usaré con ellos el nombre de Ud., si Ud. no me autoriza. Ud. está ahí, y Ud. conoce mejor los peligros que hay que obviar. Pero desearía respuesta sobre lo de Matanzas, ó que Ud. los acalle, para que no crean desdén ó debilidad lo que no es más que previsión y disciplina. Deseo también su autoridad para hablar de Ud. J. G. G.

Para el miércoles próximo de la entrante semana habré llegado al Cayo, y allí desearía hallar, para seguir viaje en seguida, la respuesta de Ud. al General y á mí. Sólo me queda espacio para felicitarle con calor por su publicación última, que tan eficazmente contribuye á echar por tierra, en el instante de la arremetida, al único enemigo que verdaderamente tiene la felicidad de nuestra patria: la soberbia incapaz de sus hombres tímidos.

Aguarda, impaciente y cariñoso, noticias de Ud., su

José Martí.

¿Qué queda, después de esta carta, de la explosión airada en que estos hombres sinceros, por la circunstancia irreparable de la distancia, se vieron envueltos en los momentos en que todo aconsejaba prudencia y mutua consideración entre los destinados á la obra gigantesca de redención y de sacrificios? El cariño que se desborda en los renglones precedentes está por encima de toda suspicacia, y perfectamente de acuerdo con las emanaciones del co-

razón del más ingenuo y más distinguido de los cubanos.

La realidad se impuso á todos. Los que más combatieron á Martí, el Sr. Enrique Trujillo entre otros, fueron después los primeros en reconocer el mérito indiscutible de su obra; obra á la que nadie le disputa su génesis; ni nadie, tampoco, intenta aminorar en ninguna forma.

Así, con estrechísima cordialidad entre todos, la hora del desenlace se acercó. El 24 de febrero de 1895, el mundo supo que en Baire, provincia de Santiago de Cuba, los cubanos habían nuevamente dado el grito de independencia. Lo que ese grito significó para nuestra historia, continúa ardorosamente fijo en la retina de todos los cubanos. Hubo un momento en que la Isla entera ardía como un volcán en estruendosa erupción. Campos, fábricas, pueblos; todo caía al paso de la muchedumbre invasora que seguía á los generalísimos Máximo Gómez y Antonio Maceo. Todo aquello no parecía sino la venganza divina de algo que quedaba atrás. De una tumba solitaria y un cadáver frío.

CAPITULO VII

LA CAIDA EN BOCA DE DOS RIOS

El desembarco.—A través de la provincia oriental.—La sorpresa de Dos Ríos.—La mejor corona al mártir.

"Conforme con mi suerte y resignado á morir en suelo extranjero, he dado el último adiós á mi patria. —José A. Saco. (1845)"

"El imposible será posible; los locos somos cuerdos; aunque yo bien sé, amigo mío, que no he de cobijar mi casa con las ramas del árbol que siembro. —José Martí. (1895)"

En once de abril de 1895, en la playa Ensenada la Caleta, cerca de Maisí, al Sur de la Isla y cerca de Baracoa, desembarcó, acompañado del generalísimo Máximo Gómez y cuatro expedicionarios más, el Sr. José Martí. Ni los ruegos del general Gómez, ni las súplicas de todos sus amigos los emigrados, ni las constantes exhortaciones para hacerle comprender que su elevada misión estribaba en representar á Cuba en el extranjero, le hicieron desistir de su propósito de recibir el bautismo de fuego ó de sangre que le reservara su suerte en el campo de la lucha, y á la Isla llegó animoso de ganar un puesto en la refriega y una parte de laurel

en las victorias. La que el fiero é implacable destino le ofreció, fué la palma del martirio.

Durante su travesía por toda la provincia oriental, nada de importancia señalan las crónicas de la guerra. En el Yayal, reunidas las fuerzas de Rabí, Lora, Goulet y Maceo, un total de quinientos ó seiscientos hombres, bajo el supremo mando de Gómez, con motivo de un consejo de guerra que condenó á muerte á un soldado, Martí pronunció un discurso lleno de ardor guerrero, que concluyó por pedir misericordia para el condenado. Petición, ésta, á la que, con su recia voz de veterano aguerrido, contestó Gómez con estas trágicas palabras, de espantosa necesidad en la vida de todas las revoluciones: "Cubanos: ése no es un soldado de la patria, sino un asesino, y la sentencia ha de cumplirse". Esta fué la primera vez que Martí desenfrenó su indómita palabra bajo la fresca sombra de la selva cubana.

El dos de mayo, estaban las fuerzas que acompañaban á Martí en la jurisdicción de Guantánamo, y de allí dirigió una carta al *Herald*, de New York, que suscribió en unión del Generalísimo, dando cuenta del estado del movimiento, el entusiasmo que la campaña había despertado en todo el país y del asombroso contingente que por días nutrían las huestes libertadoras. En nueve de mayo, desde Altagracia, dirigió otra carta á *Patria*, dando cuenta de sus emociones personales y de las esperanzas que alentaba de un próximo triunfo; ésta fué la última de Martí. Diez días después,

acompañado de las fuerzas del generalísimo Gómez, estaba en el término municipal de Palma Soriano, muy cerca del río Contramaestre; río éste que forma el lindero del término con el de Jiguaní. Parécenos oportuno hacer una descripción de esta región oriental, en la que vamos á presenciar el desarrollo del más memorable acontecimiento de nuestra guerra emancipadora.

Si de la desembocadura del río Cauto trazamos imaginariamente una línea horizontal hasta la punta de Maisí, dividimos en dos mitades, casi perfectas, la gran provincia oriental cubana, y con la misma perfección, habremos dividido el más grande y fecundo de los valles antillanos. El gran sistema de montañas que, más ó menos pronunciadamente, atraviesa todo el territorio de la nación, al entrar en la región oriental, va descendiendo lentamente hacia el Sur, hasta deponer toda su majestad, en la cumbre del Cobre, desde donde, á derecha é izquierda, queda convertida en la Sierra Maestra, y se levanta orgullosa é imponente como muralla que desafía los frecuentes huracanes hijos del Caribe, desde la Punta de Maisí hasta el Cabo Cruz. La cuenca que limita esas montañas es la conocida por el valle del Cauto, y la única abundante en ríos que nos muestra el suelo de la República. Infinitas corrientes que se desprenden á todo lo largo de la montaña central forman un sistema de ríos, cuya concentración en el centro del valle forma el nutrido caudal del Salado. Hacia el Sur, la Sie-

rra Maestra, á su vez, hace manar sus aguas en corrientes que en su parte más occidental se vierten en el gran golfo de Guacanayabo; las más orientales, formando el Cautillo y el Contramaestre, corren hacia el centro del gran valle, para convertirse en el más opulento de los ríos nacionales, el cual, corriendo horizontalmente desde su nacimiento hasta la desembocadura, se une con las aguas que arrastra el Salado en la mitad de su trayectoria, abriendo de ese modo el navegable cañón del Cauto hasta su desagüe en el golfo Guanacayabo.

Este magnífico valle, poblado de selvas donde crecen todos los ejemplares de que orgullosamente está enriquecida nuestra vegetación, desde la quiebrahacha y el jiquí, compactos y resistentes, hasta el suave y alteroso cedro, es la que estaba destinada á sentir el disparo que hiriera mortalmente á Martí, y á recoger los últimos estremecimientos de sus labios moribundos.

El lugar donde el Contramaestre une sus aguas con el Cauto es conocido con el nombre de Dos Ríos. Una finca que al margen de ambos cae, dedicada al variado cultivo tropical, recibe asimismo el nombre del lugar.

Cerca de esa finca, á la distancia aproximada de dos leguas, estaba el campamento de las fuerzas patriotas que vivaqueaban, y las que autorizadas versiones hacían fuertes en seiscientos hombres.

Era cuestión decidida que Martí abandonase el campo de la guerra y marchase al extran-

jero á servir con su talento la causa de la libertad de Cuba. Después del almuerzo, efectuado entre nueve y diez de la mañana, se pronunciaron patrióticos discursos á las fuerzas, tras los cuales, José Martí, acompañado de una escolta no mayor de diez hombres, salió en dirección á la costa, donde procurarse en la primera oportunidad embarque para el extranjero.

Al entrar en la finca Dos Ríos, distante una legua ó legua y media del campamento insurrecto, la escolta de Martí, de improviso, sorprendió una avanzadilla de varios soldados españoles, mandados por un sargento, sobre la que cargaron al machete, Martí entre ellos, aniquilándola por completo. A los pocos tiros que dispararon los soldados de la avanzadilla, la compañía que formaba el grupo de vanguardia de la columna del coronel Sandoval se aprestó á la defensa, y en esos momentos, el práctico Oliva, que estaba en el núcleo de la compañía, vió un caballo moro que corría desbocado en dirección á ellos, y reconociendo en él á un enemigo, encañonó su rifle y atravesó con el plomo de su proyectil la garganta del jinete, que cayó exánime á tierra, en los instantes mismos en que el resto de la compañía disparaba á discreción contra el resto de la escolta de Martí, la que, ante el número ignorado de sus enemigos, se dispersaba en lo impenetrable de las selvas colindantes. Recogido el cadáver, que comprobaba por la documentación la posibilidad de que fuera el de José Martí, el coronel Sandoval ordenó al médico de la columna

que hiciera el examen de los soldados muertos y dispusiera su inmediato enterramiento, y dió la señal para que la columna se pusiera en inmediata y reforzada marcha hacia el pueblo cercano, conduciendo el cadáver de Martí. El médico, que mientras disponía el sepelio de sus compañeros, pensaba en el horrendo golpe que la casualidad había asestado á la causa cubana, se dió cuenta exacta de que el día no podía terminar sin una desesperada y sangrienta lucha por parte de los cubanos; y aterrado, más que por la posible pérdida del cadáver que conducían, por la imponente carnicería que presentía si las fuerzas cubanas estaban próximas al trágico lugar de la caída del más ilustre de los patriotas, en un pedazo de papel blanco, escribió estas palabras: "Llevamos prisionero y herido á vuestro presidente, y si nos atacan, le daremos muerte"; papel que fué fijado en el tronco de un árbol, el más visible del camino. Por él, por este papel, que estuvo mucho tiempo entre otros del general Gómez, la columna de Sandoval entró en Remanganagua sin ser hostilizada en lo más mínimo.

Así murió Martí; así se acabó para siempre la energía animadora y fecunda de un gran cerebro.

Todos los años, cuando se aproxima el momento de evocar estos recuerdos, la imaginación tropical desborda su fantasía, que á raudales derrama lo más galano de su imaginación en trozos fúlgidos de un épico sentimentalismo; desde entonces hasta hoy, se tejen en su

memoria guirnaldas ricas en espejismos dolorosos, en largas odas ó en prolongados discursos de una resonancia que electriza. Es el corazón quien se conmueve; el pensamiento queda arrollado por la vertiginosa exaltación sanguínea.

Todo eso es muy bueno, muy recomendable, muy natural, y entre nosotros puede decirse que es muy humano, ya que responde al fondo y á la idiosincracia de nuestro pueblo. Pero Martí merece algo más que todo eso. Ni aun siquiera con estatuas se honra su memoria. Martí merece que se le evoque en cada una de las conquistas alcanzadas por el pueblo cubano; que se le tenga en cuenta en cada uno de los actos que se realicen para afianzar esas conquistas, para que su recuerdo nos contenga en cada uno de los desaciertos ó retrocesos en que por atavismos caiga la nación; esta nación, cuya bandera él simboliza.

No muchas lágrimas, ni muchos himnos, ni mucha literatura ampulosa; hay hechos que le prestan más brillo, más gloria, más renombre y más grandeza á su martirio, que todos los volúmenes de literatura escrita y por escribir que existan en toda la redondez del mundo; y eso es lo que en su memoria nosotros vamos á hacer

Cuba ha dejado de ser una colonia para convertirse en pueblo independiente, con las riendas de sus destinos en sus propias manos, y eso, lo debemos sustancialmente á Martí. Por él rige entre nosotros una constitución demo-

crática, y reina en el orden político un sistema francamente autonómico, tanto en la esfera provincial como en la municipal; por él, el pueblo cubano puede emitir libremente su pensamiento, de palabra ó por escrito; como libre es también el variadísimo instinto de asociación, ya sea en el orden social, político, ó en el religioso y económico. Por él, el territorio de la República está atravesado por las paralelas del ferrocarril, y las lámparas eléctricas iluminan la mayor parte de nuestras poblaciones, dándoles el aspecto civilizado de que hasta entonces carecían. Por él, Cuba, que se presentaba á la imaginación de los extranjeros como la tenebrosa región de la muerte, es hoy el segundo de los pueblos en el mundo en cuanto á higiene, y sus estadísticas de mortalidad solamente son aventajadas por las de la culta Australia. Por él, una corriente de cultura se difunde por el territorio nacional, de tal modo, que, antes de que se cumpla media centuria de su muerte, la colonia analfabeta que él, con todas sus ansias, quiso arrancar y arrancó de su condición, se habrá convertido en país poblado por masas que saben leer y escribir. A él se lo debemos todo. Su caída en Dos Ríos fué para levantar á un pueblo, despojándolo de una tiranía secular que lo arruinaba y lo maldecía.

Y cuando en hora aciaga y perturbadora la ley de herencia, ó espasmódicas corrientes atávicas, levanten bajo el cielo azul de Cuba libre, libre por él, corrompidas instituciones coloniales, que, por ser de origen vicioso, son del agra-

do de todas las muchedumbres que se han hecho al calor de los tiranos; cuando, por ejemplo, se diga en esta tierra que los gallos, los toros y la lotería son cubanos, y por serlo el pueblo los desea, acordémonos de que esos fueron los medios que la soldadesca empleaba para mantenernos en la servidumbre, arruinando nuestra moral y corrompiendo nuestras facultades cívicas; acordémonos de que la colonia protegía la valla en lugar de la escuela, el guateque en vez del instituto, la timba mejor que la universidad. Recordemos aquellas frases que escupía Tacón al rostro de nuestro pueblo, asegurando que él lo gobernaría con tiple, baraja y gallos, de una parte, y por otra, haciendo pública granjería de todas nuestras manifestaciones y actividad gubernamental, lo mismo administrativas que judiciales, y entregando al mejor postor irritantes monopolios é indignas y defraudadoras concesiones, para que el cubano no tuviese nunca en donde emplear su actividad, ni nada que pudiese llamar suyo en su propio suelo; no olvidemos nunca aquel memorable período de su discurso en que preveía en "nuestra Cuba, libre en la armonía de la equidad, la mano de la colonia, que no dejará á su hora de venírsenos encima, disfrazada con el guante de la república. ¡Y cuidado, cubanos, que hay guantes tan bien imitados, que no se diferencian de la mano natural! A todo el que venga á pedir poder, cubanos, hay que decirle á la luz, donde se vea la mano bien: ¿mano, ó guante?" Y entonces, pensemos que para bo-

rrar todo esto del mapa de Cuba, y para limpiar su atmósfera de tanta impureza colonial, Martí creó la guerra, y combatiendo en ella murió pensando en una república como él la concibiera: *sin guante colonial.*

Si los cubanos siguen su programa, la República se salva, y la tumba de Martí habrá recibido la ofrenda más deseada y la veneración más solemne de su pueblo. De lo contrario, Cuba no se pierde, que físicamente un territorio todo lo resiste, hasta la pérdida de sus instituciones; pero si esto resulta, no importan himnos, ni discursos, ni estatuas; hecha la afrenta, la tumba de Martí habrá entonces de estremecerse horrorizada. ¡Hagamos, pues, que la mejor corona para esa tumba sea en definitiva la que aquí acabamos de pedir con toda sinceridad, porque con ella, solamente con ella, habremos de rendir la consideración y homenaje á la memoria de quien merece el respeto del pueblo cubano!

CAPITULO VIII

LABOR LITERARIA DE MARTI

Vida interna.—Una página de los Episodios Cubanos, de Manuel de la Cruz.—La onda sentimental.—Nebulosa galanura del prosista.—Turbulencia del tribuno.—La sencillez del poeta.—Serenidad profunda del pensador.

> *"Desgracia de Cuba que no florezcan en su suelo muchos de los aventajados ingenios que sabe producir. Heredia vivió y murió desterrado, y apenas llegaron furtivamente á sus compatriotas los inspirados tonos de su lira.*—G. G. de Avellaneda."

La actividad mental se manifiesta en varias formas entre los escogidos de la especie humana. Hay seres que van por la vida recogiendo las impresiones que reciben, para reproducirlas luego con el ropaje más nuevo y rico que la sensibilidad artística les consienta. La exposición amena es la única nota original que en ella se destaca. Son verdaderos paisajistas, mentes descriptivas que, copiando la realidad viviente, despojados de extravagantes creaciones imaginarias, alcanzan un valor y prestan un encanto extraordinario á la labor positivista. Esos hombres, muy raros, hacen vida externa; tienen su alma en constante contacto con la realidad; la recogen tal como ella es, y así la presentan, alegre ó triste, pero sin poner

al cuadro otra intención que aquella que en el desenvolvimiento de la vida humana ella puede haber tenido, ó en el futuro tener. Y, por ello, lo mismo describen el desbordamiento de un río que la querella de un matrimonio.

Pero entre los privilegiados del talento hay otros á quienes la vida impresiona y cada acto ó movimiento de ella les da materia inagotable para sus deducciones ó comentos. Esos hombres no hacen vida exterior más que momentáneamente. Cruzan codeándose con la multitud sin observarla, sin darse apenas cuenta de que la atraviesan. Llevan la cabeza rellena con una idea, alrededor de la cual pasan todos sus pensamientos. Ya es hecho que tratan de escrutar en toda su génesis de causa ó efecto y sus complejas relaciones con todas las demás que le rodean. A veces, el fondo del pensamiento es un ideal con todos los caracteres de lo inverosímil y quimérico, y entonces ya no es una hora, ni una semana, ni año, sino toda la vida, la que consagra á su solución ó conquista. Los que representan este último género comprenden el cerebro de Martí. Nada, ó muy poco, hay por él tratado, en sus discursos, en sus versos, en sus artículos, que no se relacione, directa ó indirectamente, con la esencia substancial y predominante de su psicología: la redención de su patria. El que conozca la labor intelectual de León Tolstoi, la verá siempre encaminada á la mística consecución de una más humanizante socialización de la existencia del hombre. Y lo mismo coloca sus ideas en la

mente del auriga adormilado en el punto de las calles de Petersburgo, que en la mente de un caballo á quien un oficial fustiga huyendo con una mujer raptada y que llama "suya".

Así fué, con respecto á la emancipación de Cuba, la labor intelectual de José Martí. Parece que en el desarrollo mecánico del cerebro, los grandes principios que han de constituir el fondo y la forma de una mentalidad se realizan en forma de canales, en los que uno es el principal y los otros secundarios ó accesorios, dando con ello lugar á que la emisión de toda idea pase y se bañe en las impresionables aguas del conducto principal. Sólo así se explica la existencia de las obsesiones, de las ideas fijas y dominadoras del alma.

Por otra parte, la vida de esos hombres se caracteriza por su exterioridad sencilla, "despreocupados", como vulgarmente se les llama, y con razón, porque no se contagian con los modales ni con la moda. Viven en un mundo que es el suyo y que radica en las profundidades de su alma; siempre en elaboración sistemática y continuada, á esos hombres á veces se les saluda y no contestan, porque si es verdad que llevan los ojos abiertos, no es menos cierto que el esfuerzo de su retina es vago, indiferente, cuando no converge, como todos los demás esfuerzos de su energía, á la lucha interna que está planteada en lo más profundo de su cráneo.

Coged un buen retrato de Martí y deteneos un rato en el análisis del efecto que produce su

mirada, y quedaréis convencidos de que el efecto es que no mira nada; que sus ojos están velados por dulcísima indiferencia, como si soñara; y es porque Martí hasta frente al lente fotográfico está pensando, y sus pensamientos fueron siempre de un hondo sentimiento, lo que hizo de él "un espíritu melancólico, un alma triste", como dijo Manuel de la Cruz.

Esa cualidad sobresaliente en Martí presta un sello principalísimo á sus trabajos, que no fueron nunca otra cosa que momentáneas descargas de su agitada existencia.

Tengo á la vista el tomo de los "Episodios de la Revolución Cubana", que su autor, Manuel de la Cruz, regalara á Martí, y no hay nada más interesante al observador que seguir en sus páginas la intranquila é inquietante labor de anotaciones que en sus márgenes realizara Martí. Paréceme que este libro constituye hoy el documento más indispensable para la reconstrucción de la psicología del Apóstol. Allí se estampan gritos, explosiones de entusiasmo, junto á profundas sentencias ó á conmovedoras profesías. Lo primero que revelan esas páginas es que ellas fueron leídas á través de las calles, á pie ó en la agitada velocidad de los tranvías; quizás en ascenso y descenso de los elevadores. Son trazos al lápiz, nerviosamente grabados, cuando la lectura le arrancaba un pensamiento, con la misma celeridad y fulgencia con que el contacto arranca el relámpago á los cielos.

La mayor parte de esas anotaciones son ininteligibles. Los caracteres, lo escrito, no parece letras; más bien semejan signos taquigráficos que hay que adivinar en su mayor parte. Pero de todos modos, ello es precisamente lo que revela y exterioriza el fondo de su mentalidad, de concepción brusca, instantánea; de tal modo, que su lápiz no da tiempo ni puede tenerlo para seguir la *salida* vertiginosa de su idea. Sobre todo, ellos denuncian la incansable actividad de Martí, que leía siempre y en todas partes, sin que el ruido de la vida mecánica que lo envolvía le estorbara; lo que comprueba la exactitud de las palabras de Varona cuando dijo "que atravesó la vida como quien lleva en las manos antorcha y pebetero".

En la página 45 del libro que analizamos hay este párrafo:

"Poco después un oficial decía:

—¡Todos listos!

—¡A ellos!—repitió Céspedes, clavando los acicates y desnudando el tajante acero.

Y al galope, á la cabeza de los treinta jinetes, arrolló la vanguardia enemiga, abriéndose camino por entre ella como impetuosa y pujante piara de toros corpulentos y bravíos que embistiesen juntos con fiero denuedo; derribando á éstos, atropellando á aquéllos, embistiendo, atravesando la columna por su eje, saliendo todos ilesos por retaguardia sin perder un hombre, ni un caballo, ni una espuela".

Al margen de ese párrafo y á su derecha, porque sus cuatro flancos están anotados por Martí, se leen estas palabras:

"Ya nada podemos hacer los que venimos después. Ustedes se han llevado toda la gloria".

En la página 58 de la propia obra se lee este otro párrafo:

"El caballo del teniente coronel Manuel Sanguily sigue en su loca carrera por las tortuosas calles que le abren en su desorden y movimientos los jinetes españoles. El jinete se adhirió al cuello del bruto abandonándose á su instinto. Un soldado se echa el arma á la cara para salvar al jinete matando al caballo, pero como éste huía por sobre los brotes de palmas canas, con cabeceos de cetáceo, desistió de su deseo, por miedo de herir al caballero. Resoplando furioso, sigue la carrera hacia el lado opuesto de la sabana; pasa junto á un oficial enemigo que llevaba en la grupa de su montura un herido, su propio hermano; va cortando su impulso; da una hocicada contra un árbol, y cae sobre el tafanario á la vez que el jinete, de un bote, cae en pie, á su lado. Lo acaricia, gana la silla, se enrosca los cabos de las bridas en los dedos, y yendo casi de bruces sobre el animal, lo encamina á las filas cubanas".

Al margen de esta página, Martí escribió: "Heroica la carrera de Manuel Sanguily".

Como reflejos luminosos de lo que fué su mentalidad y el fondo exquisito de su alma, la suerte ha querido que los chispazos de su sencillo y sentimental corazón no se perdieran,

pues buenas manos lo conservan, guardados en las páginas del tomo á que hemos hecho referencia. Ellas mostrarán siempre cómo Martí, en lo íntimo, era un hombre sincero y enamorado por intuición de la justicia.

Por otra parte, la prosa de Martí, esa prosa que producía con notas tomadas al paso de los libros ó de la Naturaleza, era en él el fuego vivificador de su pluma artista; raro es el pasaje que no esté tocado de su acento doloroso. Hasta cuando escribió actos en que prevalecieron intensas y brillantes alegrías, Martí las describe en forma tal, que manan llanto; vean estos párrafos, dirigidos á *La Nación,* de Buenos Aires, con motivo de una fiesta en New York á Wáshington y la Constitución:

"Los trenes, mudos, reposan en la orilla. La playa, de legua en legua, es un hilo de gente que aguarda. Y el que alzó allí los ojos de repente, al clamoreo repentino, vió al Presidente, que venía, como Wáshington, de la punta de Elisabeth, subir al *dispatch*, el barco de honor, lindo como un potro, blanca la chimenea y los botes blancos, enmoñado y en flor, todo gallardetes, pendones y cintas. ¡Oh muchachos curiosos, aquellos vapores cargados de humanidad, los amarillos de tres puentes, los blancos de música y festín, los de remolque, con seis yates á la zaga! Entre cañonazos empieza la procesión, y cuernos, chimeneas y campanas. New York la veía de lejos, y dicen que oyeron que fué como si en el corazón se les levantasen las alas. Allá era el cuchicheo, el espumeo, el

susurro de tanto vapor rompiendo la ola. Ni hay orden, ni quien lo pida, ni necesidad de él, porque el cariño es de ordenada locura, y con la mucha regla se le quita gracia. Los vapores pequeños le van detrás al *dispatch,* acercándosele, codeándose, cambiando de puesto, sacándose la voz, saludándolo con las banderas que se mueven más.

"Se va como cuando se sueña, fuerte y ligero como un novio, inundado de orgullo. El buque debe llevar alas. Los jóvenes saludan á una carbonera llena de estudiantes roncos: "¡Oh, me muero por ellos!" Las banderas rojas se destacan sobre un jirón de cielo negro sobre el mar verduzco. De pronto, los mismos que van de pie sienten como si se pusiesen de pie ahora; rompen los cañones de los barcos de guerra; suenan las músicas; cesan las hélices sujetas; exhalan las chimeneas potentes alaridos; pasa en una nube, derramando fuego, el *dispatch* veloz; por sobre el humo, entre las músicas que vuelan, con el pueblo de barcos á los pies, bañado de sol el pedestal, se alza la estatua de la Libertad, levantando el brazo.

"Calló el estruendo de las chimeneas; no se oye más que el ceceo de los vapores y el estampido de los disparos con sus bocas rojas. Hubo como un silencio de almas, como silencio de miedo y de iglesia, y cuando al descorrerse la humareda apareció brillante y lleno de luz el cielo, gozó el hombre lo que ha de volver á gozar cuando, lavado de la fealdad del mundo, ponga el pie en los umbrales divinos; entró la

flota en New York, por entre montes de hombres. Roma no lo vió nunca, ni conocieron antes los ojos humanos, en grado igual, el placer de las lágrimas viriles".

¡Hilo de gente, lágrimas viriles, fealdad del mundo! ¿No hay en todo algo de tedioso, de amargura y de sollozar á un tiempo? Otras veces, cuando el asunto inflama su sistema, confunde y mixtifica en raro maridaje arrogantes brotes de energía con el tono suplicante de un quejido, y entonces es cuando la prosa de Martí, á pesar de sus brumas, aparece con todo su original encanto. En otra correspondencia á *La Nación,* referente á la fiesta de la estatua de la Libertad, comienza de esta manera rompedora:

"¡Terrible es, Libertad, hablar de ti para el que no la tiene!"

Aquí está la personificación de Cuba en el pensamiento de Martí. En el país más libre del Universo se considera esclavo, sólo porque su patria lo era; de ahí ese arrogante grito que parece una maldición. Pero más abajo, como salvando un incendio, suelta esta melancólica expresión: "Un gramo de poesía sazona un siglo". ¿Puede darse variante más sorprendente en la elaboración de ideas? Esta cualidad, más que otra alguna, brindóle el ruidoso éxito literario de que se vió nimbado.

Donde Martí se presentó siempre original hasta el genio, fué en la tribuna. La tribuna fué el favorito pedestal de su gloria. Pero sus discursos no son para leerlos, sino para escu-

charlos. Los que no tuvieron esa fortuna, cuando leen un trozo de cualquiera de sus oraciones, ven con los ojos del alma á un hombre de figura elegante y continente austero que se balancea al ruido de sus palabras, como un alto pino al suave soplo de la fresca brisa, y que susurra ó gime según la intensidad de la onda que lo agita. Hay períodos que tienen ruido de huracanes, y otros, acentos de plegaria, tan suaves y conmovedores como los de Jesús en su famoso sermón de la montaña.

La palabra de Martí es invasora, envolvente. Como el torrente en la llanura, inunda todos los espíritus; como la bruma en el espacio, envuelve, con su fuego y con su amor, todos los corazones. Impresiona como la infinita obscuridad de la noche, en sus largos períodos de nebulosa y artística verbosidad; sobrecoge y fascina como la llamarada del relámpago, cuando en lo más denso de su lenguaje desencaja, hirviente y punzadora, una idea de libertad ó de justicia. Por eso se paseó dominando en todas las tribunas.

No como un modelo de sus discursos, pues como tal debía insertar el que pronunció el 19 de diciembre de 1889 en la Sociedad Literaria Hispanoamericana, donde las entrañas de la indefinida turbulencia de su fraseología disparaba sentencias como ésta: "del arado nació la América del Norte, y la española del perro de presa"; ó como ésta otra: "de los recortes de las casullas se hace rico un sacristán"; sino por ser el que lo colocó en Cuba, de la noche á la

mañana, como el primero de los oradores cubanos de su tiempo, insertaremos el que pronunció en el Liceo de Guanabacoa el 28 de febrero de 1879, á la memoria de Alfredo Torroella.

"No quiere hoy la palabra ardorosa, en flores de dolor que arrebata el viento, tributar pasajero homenaje al muerto bien amado de la patria. Aunque si la patria lo amó, no está muerto.

Quieren mis buenos amigos que mi mano trémula, caliente aún por el fuego que secó en vida su mano generosa, sea la que revele aquel espíritu férvido y preclaro con que puso más lauros en la frente ceñuda de la patria, cargada ya de lauros enlutados.

No fué sólo en vida Alfredo Torroella—y á su nombre gime el Amor, sin su buen hijo, sin su buen bardo—, aquel niño fogoso de atléticas espaldas, de abundantes cabellos, de ojos fúlgidos; aquel tribuno ardiente de todas las justicias; aquel adolescente de ancho pecho, como para que en él cupieran holgadamente todos los dolores. Que es ley de los buenos ir doblando los hombros al peso de los males que redimen. ¡Los redimidos, allá en lo venidero, llevarán á su vez sobre los hombros á los redentores!

Hijo de un hombre honrado, excelsa concreción de todo elogio, no hubo en su vida acción alguna—y las hay admirables—en que no diese honra cumplida al buen anciano. No tuvo nunca para su hijo aquel amante padre esas rude-

zas de la voz, esos desvíos fingidos, esos atrevimientos de la mano, esos alardes de la fuerza que vician, merman y afean el generoso amor paterno. Puso á su hijo respeto; no con el ceño airado, ni con la innoble fusta levantada—que mal puede alzarse á hombre el que se educa como siervo mísero—; no con la áspera riña, ni la amenaza dura, sino con ese blando consejo, plática amiga, suave regalo, tierno reproche, que deja sin arrepentimiento tardío el ánimo del padre, y llena de amoroso rubor la frente del hijo afligido por la culpa.

Amigos fraternales son los padres, no implacables censores. Fusta recogerá quien siembra fusta; besos recogerá quien siembra besos—que hoy, en esta expansión creciente de todos los amores, á despecho de viejos dientes y ruines mordeduras, se aprietan unos á otros en abrazos purísimos los hombres—; ley es única del éxito la blandura; la única ley de la autoridad es el amor.

Y así, con este germen, ¡qué gran hijo ha logrado el noble anciano! Proveíale el solícito padre de ese caudal pequeño de los niños, siempre enamorados de las bellezas que cautivan en la infancia, de la lámina de brillantes colores, de los juguetes de acción y de relieve, de los elegantes libros extranjeros—¡que propios aún no los tenemos!—; de todas esas pueriles sencilleces que excitan los deseos de aquellos días felices, en hora triste abandonados. No es el menor sacrificio que á la vida se hace el sacrificio de la infancia: ¡ay! ¡entrar á vivir con

un ramo de flores marchitas en la mano!..... Amplia era la provisión, y cada mañana repetida; y aquel hermoso niño, en el camino para el colegio—que amó siempre—, como nuestras mañanas son tan bellas, y todo en ellas palpita de esperanzas y de amor, contagiábase de aquella hora de bodas—sentía, lleno de bien, afán de hacerlo—, y no hubo entonces ruda mano negra, seca mano blanca, ni humilde falda mísera que no apretase agradecida la limosna del niño compasivo.

¿Qué amaba él? Los héroes de la historia. Su padre le contaba; que nunca deben los padres abandonar á otros el molde á que acomodan el alma de sus hijos; y con Catón el rudo, con la víctima noble de Sphialtes, con la brava Lucrecia, con el tremendo Bruto, encendíase aquella faz radiosa, y á menudo lloraba lamentando cómo era ya pasado el tiempo de los héroes. ¡Cuánto anheló para sí el manto de Rémulo, la palabra de Hortencio, la toga de los Gracos! ¡Si fueran los padres en el hogar, ya que no copia, ejemplo al menos de respeto á los buenos, los justos y los bravos!...... Generación de bravos sucediera á esta generación anémica y raquítica.

Lleno del suave aroma de nuestras mañanas; con besos paternales coronada la frente; en el amor de los viejos héroes templada aquella intrépida alma presurosa, sintió, con los primeros albores de la razón, las primeras solicitudes de la gloria. ¡Cuántas veces se inclinó al oído de su madre para decirla, con la santa ti-

midez de todas las primicias, infantiles versos! ¡Cuántas, con épicos alientos, tradujo á incultas y sonoras rimas las hermosas lecciones de los griegos!

Fáciles le eran desde niño todas las formas activas de la grandeza y de la belleza. Sentía noble encanto en enseñar lo que sabía. ¿Había bravo en la comedia casera? El era el bravo. ¿Era menester un drama de pasiones? Acordábase de su padre el niño poeta, y allá en el alma hallaba elevación para el coturno. ¿Querían sus jóvenes amigos reir y holgar? Allí, con gran concurrencia de vecinos, al aire, como en los grandes tiempos muertos, celebrábase con regocijo la nueva obrilla cómica de Alfredo. A veces, entre frenéticos vítores, de que en muy rara ocasión habló el poeta, el pueblo de los pobres proclamó hijo suyo al niño humilde de los sueños, de las limosnas y las lágrimas. ¡Que es doble manera de hacer el bien, de dar pan al cuerpo y darlo al alma!

De fijo fueron aquellos paseos, aquellas comedias olvidadas, aquellos entusiastas espectáculos, origen de ese tono espléndidamente humanitario que llena de color y de grandeza las obras de Torroella. Tal vez aquel espíritu ardoroso, que ponía en la caridad tanto vigor como en el verso, juró en silencio, frente á las amargas miserias de los menesterosos, ser, con el enérgico sostén de sus derechos, redentor de su vida miserable. De allí, sin duda, en aquella confusión de altos alientos en humildes hombres; de aquella verdad triste, fuente única y

exclusiva, con toda verdad, de la poesía, nació luego, con la predicación fogosa de un poeta en otro tiempo amado, ese santo fervor con que defiende en un drama ruidoso, en discursos felices y entusiastas, en versos que no negó nunca á los pobres, el derecho del triste y del caído. ¡Corona de ceniza para los poetas cortesanos! ¡Corona de himnos para la frente del honrado poeta de los pobres!....

Dió al fin, en 1864, á la pública luz, que había alumbrado ya su vida triunfadora de escolar, un volumen de versos. La crítica generosa, única fructífera, lo fué sin tasa para el privilegiado adolescente. Leyeron sus versos las mujeres... ¡Feliz destino de los versos!... Creyéronlos los hombres. Mirto tuvieron las damas, y ramas de laurel todos, para el cantor generoso de los desgraciados de Manila, héroe feliz de aquella noble noche en que, con dar limosna á los necesitados, se dió en Cuba un poeta. ¡Milagroso premio que alcanza siempre el obrar bien!

Cristianos amores, honrados deseos, perpetua ansia de gloria, inspiraban aquellas canciones juveniles. Era aquél un buen poeta y un poeta bueno. Rebelde esclavo de la grave forma, rompíala á menudo, y decía en un giro prosaico el comienzo de una idea valiente que completaba con un hermoso giro. Cuando fruncía el ceño, veíase aún bajo el ceño la sonrisa. Parecía fuerte águila que llevaba en el seno una paloma. Así ha cruzado por la vida; tórtola

que ha gemido desde la cumbre de los altos montes.

Vino luego, en noche tormentosa, ancha plaza para el rayo y para el trueno. ¡Como, al pisar la escena, pensarían Roma y Grecia!..... ¡Allí estaba, radiante y soberbio, el hijo de los héroes! Contra él estrellábase la cólera, como las olas que hierven contra el mástil que las encorva y las dirige. Cruzábase de brazos, porque dentro del ancho pecho desbordábase el ancho corazón. Sobre las olas íbase sereno; domábalas, acallábalas, vencíalas. Se hizo la obra buena. Y cuando allá en la alcoba reclinó en la almohada la cabeza, una pálida sombra, de sollozos y lágrimas vestida, dijo al bravo poeta: "¡Poeta honrado: contigo me desposo; tú eres mío!"

Vinieron luego para la Habana noches venturosas. ¿Cuándo no lo son las literarias?.... La cultura reemplazó á la cólera; al patio airado, salón elegantísimo; á la noche del vasto coliseo, las noches de la feliz Guanabacoa; á las intrepaciones de la pasión, murmullos siempre gratos de blandas y dulcísimas pasiones. Y allá, en la casa de Nicolás Azcárate, uno, y no el menos ilustre, de nuestros buenos, trocóse el domador de olas en rimador de amores. ¡En cuántos labios delicados resbalan ahora las gallardas y felices estrofas del poeta! Pareció una de aquellas amantes serenatas lluvia fresca y copiosa de rocío. Vertió el poeta, sobre aquellas cabezas elegantes, desatados de lazos de rosas, frescos haces de mayos y abriles....

No cabe aquella vida en este corto espacio; sea, pues, á grandes rasgos terminada. Pero no terminada; comenzada de nuevo. Vinieron, con los días sombríos, las fugas de las tórtolas. Y á su nido natural fuése el poeta: á Mérida. De la morada de todas las cóleras debía ir á descansar á la morada de todas las sonrisas. En la tierra querida cuajábase de nubes nuestro cielo; sumergíase todo en negra sombra; los árboles, heridos, caían gimiendo; los rebaños, á tientas por los valles, maltratábanse en busca de ancho campo; ¡y todos se morían, como si estuviese pasando por encima de la pobre tierra muda un inmenso angel negro!

Y al llegar á la playa feliz, volvió los ojos el bardo. ¡Ay!.... que llorando vuelven á saber lo que son lágrimas mis ojos! Y juzgó su alma muerta, y la vió desde lejos, errante, sollozando en una palma rota por el rayo....

Mérida es tierra de ojos negros y jazmines blancos; echa al mar playas de palmas, como para recibir mejor á sus hermanos.... ¡Cuán generosa tierra la que nos muestra al llegar árboles patrios!

Con Alfredo Torroella llegó á la buena Mérida un hombre vigoroso. Creció en el mar, á solas con el destierro, el bardo joven. Aquellos campos, vastos y elegantes; aquel hogar caliente; aquel lenguaje nuevo; aquella vida, tan largo tiempo soñada; aquella atmósfera, tanto tiempo apetecida, dieron súbito temple al peregrino; y, empuñando el bordón del caminante, con acero flamígero moviólo á los ojos

de los vehementes meridanos. Cantó á sus poetas y á sus palmas, poetas de las selvas.

A cuánto noble y grande halló; ¡nada más bello que poder amar á aquel á quien se tiene algo que agradecer!.... y fuése cargado de laureles, fatigando al mar con poderosos pensamientos, á la noble México.

¡Sea con respeto y vivísimo amor oído tu nombre, tierra amiga! ¡Sepulcro de Heredia! ¡Inspiración de Zenea! ¡Tumba de Betancourt! Abrigo fraternal y generoso: prepara tus montañas; viste el valle de fiesta; da la lira á los bardos; borda el río de flores; ciñe los lirios la cresta del torrente; calienta bien los cielos de tus cumbres.... ¡Te ama Cuba!.... ¡Y entre pueblos hermanos, todas las flores deben abrirse el día del abrazo primero del amor!.... ¡Tu rica Veracruz nos dió sustento; labores San Andrés; aplausos México! ¡Tu pan no nos fué amargo; tu mirada no nos causó ofensa! ¡Bajo tu manto me amparé del frío!.... ¡Gracias, México noble, en nombre de los ancianos que en ti duermen; en nombre de los jóvenes que en ti nacieron; en nombre del pan que nos diste y con el amor de un pueblo te es pagado!

Allí, con la energía de las grandes fuerzas, surgió Alfredo. Surgió al borde de una tumba, la del buen actor Morales, por él honrado en quintillas que hicieron fiesta en México. Se abrazó á Juárez, y lloró el coloso. Abrazó al poeta Justo Sierra, y el teatro entero saludó con aplausos conmovedores el abrazo. Las escuelas, los asilos, las nacionales fiestas tenían

en él poeta natural. ¡Él cantó el valor glorioso, la derrota heroica, los árboles cargados de recuerdos, el amor que consuela, la energía que salta, la indignación soberbia que redime!.... ¡Bendita aquella lira, que descansaba siempre en el umbral de los pobres!

Amó antes la muerte. ¿Qué mano noble no se ha alzado alguna vez á la sien para arrancarle airada sus secretos? Pero allí encontró hogar para el talento, hogar para el corazón.

Amó puramente, que es redimirse de terribles sueños. Y, cargado de deber, amó la vida. En demanda del infinito suspiramos; ¡bien haya la familia, acá en la tierra, hogar del infinito! Honrábalo su esposa, y él la honraba. Amar no es más que el modo de crecer. Tuvo hijos y bendijo su fortuna. ¿De qué mal no nos cura un pequeñuelo que cabe en nuestras manos?

Orador, arrastró; poeta, sedujo; autor dramático, oyó de los mexicanos aplausos ferventísimos. Ora tonante y fiero, ora amoroso y manso; no mermada la generosidad; enamorado de dos patrias; fuerte con un nobilísimo cariño, con el estudio asiduo acendrado, su enérgico talento era para México, no el humilde acogido, sino el hijo fervientemente amado.

Asombro fué más tarde, con su honradez pasmosa, en los feraces pueblos de la batalladora frontera mexicana. Cantor de sus días faustos, maestro de sus hijos, guardador de sus haberes, alma de sus fiestas. Llamaba así á los niños; siempre con él se vió á los buenos.

El porvenir incierto, la diaria carga de la triste vida, el clima hostil, el peso de los años, fueron lentamente hiriendo al autor del no olvidado drama "Amor y Pobreza", del elegante "Laurel y Oro", del chispeante "Careta sobre Careta", del culto proverbio "El Istmo de Suez"; al que escribió romances con rima delicada, odas con lírico arrebato, serenatas profundas de amor, elegías fuentes de lágrimas.....

¡Allá creció, junto al Ajusco viejo, bajo el palacio indio, á la agitada margen del río Bravo! Poeta ilustre, se hizo aquel poeta simpático; galano, el incorrecto; admirable, el honrado; bendecido, el bueno. ¡Gran aire quieren las naturalezas grandes! Necesitaba el continente vasto aquel poeta digno de cantarlo.

¿Cómo hablar de su muerte, si cerré sus ojos?.... ¡Calle yo ahora: también tienen pudor las lágrimas!

¿Dónde está ahora la palabra de fuego, el corazón inmenso, el generoso aliento, la ya famosa lira del poeta?.... ¿Dónde el bardo de los pobres, de los esclavos, de los mártires?... En vano se le busca en otra parte: "está en el alma de los mártires, de los esclavos, de los pobres". ¡Amado será el que ama; besos recogerá quien siembra besos!....

¡Muerte! ¡Muerte generosa! ¡Muerte amiga!.... Seno colosal donde todos los sublimes misterios se laboran; miedo de los débiles; placer de los vanidosos; satisfacción de mis deseos; paso obscuro á los restantes lances de la vida; madre inmensa, á cuyas plantas nos ten-

demos á cobrar fuerzas nuevas para la vía desconocida donde el cielo es más ancho, vasto el límite, polvo los pies innobles; verdad, al fin, las alas; simpático misterio, quebrantador de hierros poderosos; nuncio de libertad.... ¡Te hemos robado un hijo! ¡Digno era de ti, pero nos hace falta. Caliéntanos su fuego; anímannos sus cantos; suavízanos su amor; fuerzas nos da su indómita energía. Búscalo, si lo quieres, en el hogar de los desnudos, junto al lecho de los enfermos, en el corazón de los honrados, en la grave memoria de los hombres, en las pálidas almas de las vírgenes. Pero si tanto has de arrancarnos para llevarlo á tu hondo seno, ¡ay! nunca vengas; que las vírgenes y los honrados nos hacen mucha falta....

¡Muerte, muerte generosa, muerte amiga! ¡Ay! ¡Nunca vengas!"

Cuando se lee un discurso de Martí y seguidamente se repasan sus versos, se resiste el alma á dar crédito á la sorprendente realidad, de que un hombre, en dos géneros, se manifieste en sentidos tan diametralmente opuestos. La frase sonora, la ordenación agitada, los zarpazos de león que tanto predominan en los primeros, desaparecen por completo, y sólo queda la inagotable fuente del sentimiento flotante en un lenguaje semejante al agua de los lagos. Los versos de Martí son como la corriente de un río en la parte más nivelada de su curso: afluyen suaves, tersas, rumorosas. Sus discursos, en cambio, son como esas montañas de agua despeñadas desde lo alto de las Catara-

tas del Niágara. Razón tuvo Sanguily al decir que "su genio se manifestaba bajo el variado aspecto de la inteligencia del amor y la resolución".

"El Ismaelillo" es un tesoro de humildad y de sentimientos elevados, en que á la par rivalizan el generoso estímulo y la piedad sincera; vean esta estrofa:

¡Venga mi caballero
Por esta senda!
¡Entrese mi tirano
Por esta cueva!
¡Déjeme que la vida
A él, á él le ofrezca!
Para un príncipe enano
Se hace esta fiesta.

¿Puede darse nada más sentimental, generoso y sencillo? Ni una frase altisonante, ni un vócablo fuera de uso, ni una situación forzada; y, sobre todo, donde dice:

¡Déjame que la vida
A él, á él le ofrezca!

¿No es, por sí solo, todo un poema? ¿Puede darse nada más infantil en el alma de un hombre que tan hondas agitaciones produjo?

Sin duda, conociendo su estilo de poeta, llamó *sencilla* á otra colección de sus inspiraciones, en las que se destacan flúidos de una ternura deliciosa. Así canta el trovador sencillo:

Yo no puedo olvidar nunca
La mañanita de otoño
En que le salió un retoño
A la pobre rama trunca.

¿Verdad que es de un tibio candor esta estrofa, como el peluche de suave y rica embelleza, como una gota de rocío en contacto con rayo de sol? Pues así son todas, hasta la que, como ésta:

Odio la máscara y vicio
Del comedor de mi hotel:
Me vuelvo al manso bullicio
De mi monte de laurel,

que siembra pensamientos de una profundidad inacabable. Me figuro que si Martí hubiera llegado á ser miembro de un parlamento, hubiera llegado á conclusión igual á la que lo condujo el "comedor de su hotel".

Pero si grandes en magnitud son algunos de los pensamientos que Martí dejó regados en sus estrofas, otros han quedado de él, desmenuzados y esclarecidos por razonamientos de una limpieza y un vigor extraordinario, que dan ciertamente motivos para pensar de él como del poseedor de una mentalidad susceptible para altas y provechosas cosechas. A Martí se le podía dar un problema á estudiar; lo hacía con éxito, transmitiendo con severidad continuada luminosos aspectos, no de efectismos, sino producto de su analítica penetración me-

dida y pesada con el auxilio de sus vastos conocimientos del fenómeno social, é iluminándolos con la blanca luz que surge de los hechos que se comparan. Tenía todas las condiciones del observador paciente y sabía levantar su espíritu á las serenas regiones de la filosofía. Uno de los ejemplos más claros de esa elevada función del cerebro de Martí lo encontramos en la ponencia que emitiera como representante del Uruguay en la Conferencia Monetaria de las Repúblicas de América, que fué convocada por el gobierno americano en mayo de 1888. No obstante haber puesto Martí puntos de vista que no están conformes, mejor dicho, que están desmentidos por la Historia, y sustentar doctrinas que no encajan ni encajaron nunca en la vida política externa, el documento revela toda la vigorosidad psíquica de Martí, y como ello es lo que aquí se trata de presentar, se inserta íntegro; todo él es altamente interesante, hasta en el brío de sus argumentos y la fuerza de su raciocinio para mantener evidentísimos errores. En ello quizá está su gran mérito; tanto, que su trabajo me recuerda los de Selden combatiendo en su *Mare Clausum* el *Mare liberum* de Grocio. Léase lo más principal de la ponencia:

"A lo que se ha de estar no es á la forma de las cosas, sino á su estilo. Lo real es lo que importa, no lo aparente. En la política, lo real es lo que se ve. La política es el arte de combinar, para el bienestar creciente interior, los factores diversos ú opuestos de un país, y de salvar

al país de la enemistad abierta ó la amistad codiciosa de los demás pueblos. A todo convite entre pueblos hay que buscarle las razones ocultas. Ningún pueblo hace nada contra su interés; de lo que se deduce que lo que un pueblo hace es lo que está en su interés. Si dos naciones no tienen intereses comunes, no pueden juntarse. Si se juntan, chocan. Los pueblos menores, que están aún en los vuelcos de la gestación, no pueden unirse sin peligro con los que buscan un remedio al exceso de productos de una población compacta y agresiva, y un desagüe á sus turbas inquietas, en la unión con los pueblos menores. Los actos políticos de las repúblicas reales son el resultado compuesto de los elementos del carácter nacional, de las necesidades económicas, de las necesidades de los partidos, de las necesidades de los políticos directores. Cuando un pueblo es invitado á unión por otro, podrá hacerlo con prisa el estadista ignorante y deslumbrado; podrá celebrarlo sin juicio la juventud prendada de las bellas ideas; podrá recibirlo como una merced el político venal ó demente, y glorificarlo con palabras serviles; pero el que siente en su corazón la angustia de la patria, el que vigila y prevé, ha de inquirir y ha de decir qué elementos componen el carácter del pueblo que convida y el del convidado, y si están dispuestos á la obra común por antecedentes y hábitos comunes, y si es probable ó no que los elementos temibles del pueblo invitante se desarrollen en la unión que pretende, con peligro del invitado; ha de inquirir cuáles son las

fuerzas políticas del país que le convida, y los intereses de sus partidos, y los intereses de sus hombres, en el momento de la invitación. Y el que resuelva sin investigar, ó desee la unión sin conocer, ó la recomiende por mera frase y deslumbramiento, ó la defienda por la poquedad del alma aldeana, hará mal á América. ¿En qué instantes se provocó y se vino á reunir la Comisión Monetaria Internacional? ¿Resulta de ella, ó no, que la política internacional americana es, ó no es, una bandera de política local y un instrumento de la ambición de los partidos? ¿Han dado, ó no, esta lección á Hispano América los mismos Estados Unidos? ¿Conviene á Hispano América desoirla, ó aprovecharla?

Un pueblo crece y obra sobre los demás pueblos en acuerdo con los elementos de que se compone. La acción de un país, en una unión de países, será conforme á los elementos que predominan en él, y no podrá ser distinta de ellos. Si á un caballo hambriento se le abre la llanura, pastosa y fragante, el caballo se echará sobre el pasto, y se hundirá en el pasto hasta la cruz, y morderá furioso á quien le estorbe. Dos cóndores, ó dos corderos, se unen sin tanto peligro como un cóndor y un cordero. Los mismos cóndores jóvenes, entretenidos en los juegos fogosos y peleas fanfarronas de la primera edad, no defenderían bien, ó no acudirían á tiempo y juntos á defender, la presa que les arrebatase el cóndor maduro. Prever es la cualidad esencial de la constitución y gobierno

de los pueblos. Gobernar no es más que prever. Antes de unirse á un pueblo, se ha de ver qué daños ó qué beneficios pueden venir naturalmente de los elementos que lo componen.

Ni es sólo necesario averiguar si los pueblos son tan grandes como parecen, y si la misma acumulación de poder que deslumbra á los impacientes y á los incapaces no se ha producido á costa de cualidades superiores, y en virtud de las que amenazan á quienes lo admiran; sino que, aun cuando la grandeza sea genuina y de raíz, sea durable, sea justa, sea útil, sea cordial, cabe que sea de otra índole y de otros métodos que la grandeza á que puede aspirar por sí, y llegar por sí, con métodos propios—que son los únicos viables—un pueblo que concibe la vida y vive en diverso ambiente, de un modo diverso. En la vida común, las ideas y los hábitos han de ser comunes. No basta que el objeto de la vida sea igual en los que han de vivir juntos, sino que lo ha de ser la manera de vivir; ó pelean, y se desdeñan, y se odian, por las diferencias de manera, como se odiarían por las de objeto. Los países que no tienen métodos comunes, aun cuando tuviesen idénticos fines, no pueden unirse para realizar su fin común con los mismos métodos.

Ni el que sabe y ve puede decir honradamente—porque eso sólo lo dice quien no sabe y no ve, ó no quiere por su provecho ver ni saber—, que en los Estados Unidos prepondere hoy, siquiera, aquel elemento más humano y viril, aunque siempre egoísta y conquistador, de los

colonos rebeldes, ya segundones de la nobleza, ya burguesía puritana; sino que ese factor, que consumió la raza nativa, fomentó y vivió de la esclavitud de otra raza y redujo y robó los países vecinos, se ha acendrado, en vez de suavizarse, con el injerto continuo de la muchedumbre europea, cría tiránica del despotismo político y religioso, cuya única cualidad común es el apetito acumulado de ejercer sobre los demás la autoridad que se ejerció sobre ellos. Creen en la necesidad, en el derecho bárbaro como único derecho: "esto será nuestro, porque lo necesitamos". Creen en la superioridad incontrastable de "la raza anglosajona contra la raza latina". Creen en la bajeza de la raza negra, que esclavizaron ayer y vejan hoy, y de la india, que exterminan. Creen que los pueblos de Hispano América están formados, principalmente, de indios y de negros. Mientras no sepan más de Hispano América los Estados Unidos, y la respeten más—como con la explicación incesante, urgente, múltiple, sagaz, de nuestros elementos y recursos, podrían llegar á respetarla—, ¿pueden los Estados Unidos convidar á Hispano América á una unión sincera y útil para Hispano América? ¿Conviene á Hispano América la unión política y económica con los Estados Unidos?

Quien dice unión económica, dice unión políca. El pueblo que compra, manda. El pueblo que vende, sirve. Hay que equilibrar el comercio para asegurar la libertad. El pueblo que quiere morir, vende á un solo pueblo, y el que

quiere salvarse, vende á más de uno. El influjo excesivo de un país en el comercio de otro, se convierte en influjo político. La política es obra de los hombres, que rinden sus sentimientos al interés, ó sacrifican al interés una parte de sus sentimientos. Cuando un pueblo fuerte da de comer á otro, se hace servir de él. Cuando un pueblo fuerte quiere dar batalla á otro, compele á la alianza y al servicio á los que necesitan de él. Lo primero que hace un pueblo para llegar á dominar á otro, es separarlo de los demás pueblos. El pueblo que quiera ser libre, sea libre en negocios. Distribuya sus negocios entre países igualmente fuertes. Si ha de preferir alguno, prefiera al que lo necesite menos, al que lo desdeñe menos. Ni uniones de América contra Europa, ni con Europa contra un pueblo de América. El caso geográfico de vivir juntos en América no obliga, sino en la mente de algún cándido ó algún bachiller, á unión política. El comercio va por las vertientes de tierra y agua y detrás de quien tiene algo que cambiar por él, sea monarquía ó república. La unión, con el mundo, y no con una parte de él; no con una parte de él, contra otra. Si algún oficio tiene la familia de repúblicas de América, no es ir de arria de una de ellas contra las repúblicas futuras.

Ni en los arreglos de la moneda, que es el instrumento del comercio, puede un pueblo sano prescindir—por acatamiento á un país que no le ayudó nunca, ó le ayudó por emulación y miedo de otro—, de las naciones que le antici-

pan el caudal necesario para sus empresas, le obliga el cariño con su fe; que lo esperan en las crisis y le dan modo para salir de ellas; que lo tratan á la par, sin desdén arrogante, y le compran sus frutos. Por el Universo todo debiera ser una la moneda. Será una. Todo lo primitivo, como las diferencias de monedas, desaparecerá, cuando ya no haya pueblos primitivos. Se ha de poblar la tierra, para que impere, en el comercio como en la política, la paz igual y culta. Ha de procurarse la moneda uniforme. Ha de hacerse cuanto prepare á ella. Ha de reconocerse el uso legal de los metales imprescindibles. Ha de establecerse una relación fija entre el oro y la plata. Ha de desearse, y de ayudar á realizar, cuanto acerque á los hombres y les haga la vida más moral y llevadera. Ha de realizarse cuanto acerque á los pueblos. Pero el modo de acercarlos no es levantarlos unos contra otros; ni se prepara la paz del mundo armando un continente contra las naciones que han dado vida y mantienen con sus compras á la mayor parte de los países de él; ni convidando á los pueblos de América, adeudados á Europa, á cambiar, con la nación que nunca les fió, un sistema de monedas cuyo fin es compeler á sus acreedores de Europa, que les fía, á aceptar una moneda que sus acreedores rechazan.

La moneda del comercio ha de ser aceptable á los países que comercian. Todo cambio en la moneda ha de hacerse, por lo menos, en acuerdo con los países con que se comercia más. El

que vende no puede ofender á quien le compra mucho, y le da crédito, por complacer á quien le compra poco, ó se niega á comprarle, y no le da crédito. Ni lastimar, ni alarmar siquiera, debe un deudor necesitado á sus acreedores. No debe levantarse entre países que comercian poco, ó no dejan de comerciar por razones de moneda, una moneda que perturba á los países con quienes se comercia mucho. Cuando el mayor obstáculo al reconocimiento y fijeza de la moneda de plata es el temor de su producción excesiva en los Estados Unidos, y del valor ficticio que los Estados Unidos le puedan dar por su legislación, todo lo que aumente este temor, daña á la plata. El porvenir de la moneda de plata está en la moderación de sus productores. Forzarla, es despreciarla. La plata de Hispano América se levantará ó caerá con la plata universal. Si los países de Hispano América venden, principalmente cuando no exclusivamente, sus frutos en Europa, y reciben de Europa empréstitos y créditos, ¿qué conveniencia puede haber en entrar por un sistema que quiere violentar al europeo, en un sistema de moneda que no se recibiría, ó se recibiría despreciada en Europa? Si el obstáculo mayor para la elevación de la plata y su relación fija con el oro es por temor de su producción excesiva y valor ficticio en los Estados Unidos, ¿qué conveniencia puede haber, ni para los países de Hispano América que producen plata, ni para los Estados Unidos mismos, en una moneda

que asegure mayor imperio y circulación á la plata de los Estados Unidos?"

Una mente tan colosal, ¿no es ciertamente una gran desdicha que se perdiera en lo más lozano y vigoros de su vida? ¿No cabe aquí repetir aquella su exclamación sublime: "¡Muerte, muerte generosa, muerte amiga! ¡Ay! ¡Nunca vengas!" agregando: si fatal y necesariamente has de venir, ¿por qué te anticipas? A millones tienes los que sólo son estorbo en la sociedad, siendo en ellos mismos penosa y aburrida carga la existencia; deja á los raros elegidos que crucen la vida derramando su luz; troncha lo inútil; destruye, aniquila, lo vulgar; respeta, ¡oh muerte generosa!, el genio creador que la Naturaleza puso en el alma que agitara fugazmente el sincero y puro corazón de Martí.

Cuántas y cuántas veces, desde lo alto de una colina, contemplando silencioso los anchos y profundos valles que la fronda tiñe con el infinito matiz de su verdura, he sentido, ante la anchura del panorama, más profundo que el valle y más infinito que el horizonte, la muerte de Martí; y cuántas y cuántas otras, á la mitad de una cálida noche de estío, misteriosamente agitada por un fresco brisote, cuya muerte espero para lanzarme á la pesca, el vertiginoso viaje de un bólido que se pierde en su infinito sondeo del espacio llamó mi atención hacia los cielos, y en sus pardos celajes, y en el brillo de sus estrellas, así como en el blando crujir de las olas sobre la blanca arena, he pensado en

cuanto ocurre en Cuba libre, y evocando al creador y mártir de este hecho que tanta sangre y desgarramientos ha costado á dos seguidas generaciones, me ha parecido que el cielo, el mar, las nubes y las estrellas, gemían con dolor, lloraban sobre su tumba solitaria, salvándola del olvido y cubriéndola con el negro, sí, pero amoroso, ropaje de la tranquila noche tropical.

Desgracia es que se pierdan los hombres más necesitados; pero esa desdicha raya en crueldad cuando los que le sobreviven olvidan sus actos ó quebrantan sus palabras ó desdeñan sus invocaciones.

¡Desgracia, desgracia asoladora é irreparable para la patria, es que en la inerte y espantosa soledad de la tierra helada, bajo la sombría losa sepulcral, se encuentre, convertido en míseros despojos, el cráneo que en sublime inspiración concibiera una república "cordial, con todos y para todos!"

BIBLIOGRAFIA DE JOSE MARTI

El Ismaelillo. 1 t. New York, 1882.
Versos sencillos. 1 t. New York, 1891.
Cartas á Juan Bonilla. 1 t. Habana, 1903.

COLECCIÓN DE GONZALO DE QUESADA.

El presidio político en Cuba. La primera edición vió la luz en Madrid en 1871, en un folleto.

A mis hermanos muertos el 27 de noviembre. Elegía.

¡27 de noviembre! Reproducción de una hoja fijada en lugares públicos de Madrid, para conmemorar el primer aniversario del fusilamiento de los estudiantes de medicina en la Habana.

Discurso leído en la velada del 28 de febrero de 1879 del Liceo de Guanabacoa, para honrar la memoria del poeta Alfredo Torroella. Rasgos biográficos.

El Comité Revolucionario Cubano en Nueva York. Proclama.

Lectura en Steck Hall, Nueva York. 24 de enero de 1880.

Céspedes y Agramonte. Paralelo.

José María Heredia. Julio de 1888.

Carta abierta al Sr. Ricardo Rodríguez Otero. 16 de mayo de 1888.

Discursos. 10 de octubre de 1888.

Cuba y los Estados Unidos. Tres artículos. *Queremos á Cuba,* de "The Manufacturer", de Filadelfia. *Una opinión proteccionista,* de "The Evening Post", de New York. *Vindicación de Cuba.* Carta de José Martí, publicada en "The Evening Post".

Discurso pronunciado en Hardman Hall el 10 de octubre de 1889.

Discurso pronunciado en la velada artístico literaria de la Sociedad Literaria Hispanoamericana, el 19 de diciembre de 1889, á la que asistieron los delegados á la Conferencia Internacional Americana.

José Martí, por Manuel de la Cruz. Necrológico publicado en el diario de Buenos Aires "La Nación", el 26 de septiembre de 1895.

José Martí, por Leandro J. de Viniegra. Necrológico publicado en "El Industrial", de Antofagasta, el 5 de junio de 1895.

El Diablo Cojuelo. Reproducción del único número de este periódico, publicado en la Habana el 19 de febrero de 1869.

La República española ante la Revolución cubana. Reproducción de este folleto dado á la luz por Martí en Madrid, en 1873.

Reflexiones destinadas á preceder los informes traídos por los jefes políticos á las conferencias de mayo de 1878 (Inédito). Trabajo

que trata de la convocatoria del gobierno de Guatemala, fecha 17 de octubre de 1879, para que los jefes políticos de los departamentos se reunieran cada 1° de mayo á discutir sobre los grandes intereses nacionales.

A José Joaquín Palma. Introducción á las poesías de Palma. (Tegucigalpa, 1882).

Brindis pronunciado en el banquete en honor de Adolfo Márquez Sterling, el 26 de abril de 1879, en los altos de "El Louvre".

El Poema del Niágara. Publicado primeramente en la "Revista de Cuba". Habana, 1883, t. XIV, ps. 344-361.

El 10 de abril. Conmemoración de esta fecha histórica de la independencia cubana. Vió la luz primeramente en "Patria", Nueva York, 10 de abril 1892.

Prólogo á los *Cuentos de hoy y de mañana,* de Rafael de Castro Palomino, 1883.

Discurso. 10 de octubre de 1887.

Heredia. Discurso pronunciado en Hardman Hall, New York, 30 noviembre 1889.

White. Crónica publicada en la "Revista Universal", de México.

Los Poetas de la Guerra. Prólogo al libro *Los Poetas de la Guerra,* publicado por "Patria".

Cuentos de la Guerra. El Teniente Crespo. Sobre recuerdos del general Francisco Carrillo.

Antonio Bachiller y Morales. Necrología publicada antes en "El Avisador Hispanoamericano", Nueva York, 24 de enero de 1889.

Carta al Director de "La Habana Elegante". Respuesta á un artículo de Manuel de la Cruz que se había publicado en este periódico.

Discurso. A Fermín Valdés Domínguez.

Un Poeta. Poesías de Francisco Sellén. Publicado en "El Partido Liberal", México, 28 de septiembre de 1890.

Espadero. Palabras pronunciadas en la velada artístico literaria de la Sociedad Literaria Hispanoamericana de Nueva York, el 3 de marzo de 1891.

Discurso de José Martí en Hardaman Hall, New York, el 10 de octubre de 1890.

La obra de Martí en su relación con los últimos sucesos. Discurso del Sr. Nicolás Heredia.

José Martí como literato. Discurso del señor Nicolás Bolet Peraza.

José Martí, por Domingo Estrada.

La revolución del trabajo.—Grandes huelgas.—Las reformas de las tarifas en el Congreso.—Proyecto de educación federal.—Laso en $18,000.—Huelga y motín de los empleados en los tranvías.—Escenas de la huelga. Correspondencia á "La Nación", de Buenos Aires; fecha: New York, marzo 25 de 1886.

Primavera.—Los quehaceres de la Cuaresma.—La mujer en los Estados Unidos.—La hermana del Presidente.—El Presidente se casa.—La hermosura de Miss Folsom.—Cleveland en lo doméstico.—Cómo recibe Cleveland.—Cleveland y el Congreso.—Los proyectos de ley.—Acuñación de la plata.—Reforma de la tarifa.—Derrota de un proyecto para aumento

del Ejército.—Obreros y soldados.—El Senador de la barba blanca. Correspondencia á "La Nación", de Buenos Aires; fecha: New York, mayo 2 de 1886.

New York y el arte.—Nueva exhibición de los pintores impresionistas.—Los vencidos de la luz.—Influjo de la exhibición impresionista.—Estética y tendencia de los impresionistas.—Verdad y luz.—Desórdenes de color.—El remador de Renoir. Correspondencia á "La Nación", de Buenos Aires; fecha: New York, julio 2 de 1886.

Cleveland y su Partido. — Lucha entre el Presidente de los demócratas.—Vicios políticos de los Representantes.—Cruel tratamiento de los presos en la Penitenciaría.—La Máquina de levantar.—Sucesos varios. Correspondencia á "La Nación", de Buenos Aires; fecha: New York, agosto 9 de 1886.

Carta de New York.—La vida de verano en los Estados Unidos. — Pobres, ricos, campamentos religiosos, sucesos notables.—Peligro grave de guerra entre los Estados Unidos y México.—Estudio del conflicto.—Sus antecedentes y su curso. — El Congreso americano censura la actitud premiosa de su Secretario de Estado.—Actitud firme de México.—Texas y Chihuahua.—La opinión y la prensa en este conflicto.—Se alaba á México.—Muerte de Samuel Tilden, el Presidente electo en 1880.—Su vida y su carácter.—Ejemplo para los jóvenes.—Política honrada. — Su abnegación. — Deja tres millones de pesos para fundar una biblio-

teca pública. Correspondencia á "La República" (Centro América); fecha: New York, agosto 12 de 1886.

El proceso de los siete anarquistas de Chicago.—El problema del trabajo en Europa y en América.—Estudios de caracteres.—El proceso.—El veredicto.—Aplauso unánime. Correspondencia á "La Nación", de Buenos Aires; fecha: New York, septiembre 8 de 1886.

El movimiento de la prensa.—Los periodistas de New York.—Grave incidente.—La devolución de las banderas al Sur.—Los veteranos y Cleveland.—El Presidente no debe substituirse á la nación.—El irlandés O'Brien.—Honores á McGlynn.—Proyecto de una catedral protestante. Correspondencia sin dirección ni fecha.

Sobre los Estados Unidos.—Ciudadanos y propietarios.—Adelanto de los indios.—La escuela "Ramona".—Cleveland enfermo.—Influjo creciente de la mujer norteamericana.—Mrs. Cleveland.—La recepción de Año Nuevo.—El historiador George Bancroft.—Bosquejo de su carácter y de su obra.—Cómo trabaja en su ancianidad.—Un tipo de carácter nacional. Correspondencia á "La Nación", de Buenos Aires; fecha: New York, enero 3 de 1887.

Revista de los últimos sucesos.—Descripción de la primera votación de las mujeres en Kansas.—Objeto de la ley que concedió el sufragio á la mujer.—Heleen Gongar.—Cómo condujeron las mujeres su campaña.—Espíritu y métodos.—Heridas en la honra.—Blancas y negras.

—Escenas del día de elecciones.—Resultados. —Reseñas de las elecciones que han demostrado el considerable progreso del partido obrero. —Victorias y semivictorias.—Se pide que sea un partido americano.—Chicago derrota á los obreros, por haberse ligado con los anarquistas. —La "Nueva Cruzada" del Padre McGlynn.— Ovación á McGlynn en el Teatro de la Opera. —Espíritu y forma de su cruzada. — Por la "Nacionalización de la tierra, y por la conciencia". Correspondencia á "El Partido Liberal", de México; fecha: New York, abril 10 de 1887.

Acontecimientos interesantes. — México en los Estados Unidos. — Una reina en Wáshington.—La reina Capiolani.—El "Haulukan" y el tierno "Aloha-óe".—Honores á la reina.— La hermana del Presidente va á dar clases de Historia.—Sus méritos.—Su carácter.—Su independencia del hermano.—Va á dirigir una escuela en New York y á redactar una revista. —La mujer americana.—La feria de vacas en Madison Square.—Primera visita.—Las lecherías y las lecheras.—La vaca Mary Ann.—Certámenes y premios. — Carácter religioso de la reforma social.—La reforma no está ligada á los trabajadores descontentos.—La "Sociedad contra la pobreza".—Una nueva iglesia.—Adelanto notable de la Sociedad.—Un discurso de George.—Reunión entusiasta.—"Nuestra cruz va marchando". Correspondencia á "El Partido Liberal" de México; fecha: New York, mayo 9 de 1887.

Primer aniversario de las bodas del Presidente.—Mrs. Cleveland en Wáshington.—Gran reuiónn de señoras en el Corregimiento de Brooklyn.—La mujer americana.—La oradora irlandesa.—Las muestras alemanas.—Sociedad antropológica de señoras. — La americana de ayer y de hoy. Correspondencia á "La Nación", de Buenos Aires; fecha: New York, junio 30 de 1887.

Historia de un proceso famoso.—Aspero verano.—New York en Julio.—La bahía de noche.—Un pánico en la Bolsa neoyorkina.—Caso extraordinario de soborno.—Causa y sentencia del millonario Sharp.—Escenas del jurado. Correspondencia á "La Nación", de Buenos Aires; fecha: New York, junio 30 de 1887.

Cleveland.—El incidente de las banderas.—Los veteranos en la Casa Blanca.—Admirable escena en el campo de batalla de Gettysburg.—"Grises" y "azules". — La viuda del General confederado.—4 de julio.—Procesión sombría en el Sur.—La raza negra en los Estados Unidos. Correspondencia á "La Nación"; fecha: New York, julio 8 de 1887.

Varios sucesos.—Trabajo preparatorio de los partidos políticos.—El partido nuevo y los socialistas.—Cléveland y los demócratas.—Blaine y su rival Sherman.—Los temperamentos.—Una mujer, Mrs. Salters, Presidenta del Ayuntamiento. — Su vida. — La vida del pueblo.—Los juegos.—Tributo de Boston al púgil Sullivan.—Los ejercicios de la milicia.—El campamento.—Organización del campamento y sus

ejercicios. Correspondencia á "El Partido Liberal", de México; fecha: New York, agosto 8 de 1887.

Sobre la ciencia.—Asamblea anual de la Sociedad para adelanto de la ciencia.—Escenas de la asamblea, y sus trabajos y conclusiones principales.—El colegio de Columbia.—Preparativos para la asamblea.—Los miembros.—Hombres y mujeres.—Sabios notables.—Las nuevas secciones. — Asuntos más interesantes. — La educación industrial en las escuelas.—La enseñanza científica en las escuelas públicas.—Antigüedad del hombre americano.—Un hacha de México. — El invento nuevo de Edison. — El hombre de Africa. — Darwin en la asamblea. Correspondencia á "El Partido Liberal", de México; fecha: New York, agosto 17 de 1887.

Desde los Estados Unidos.—Los sucesos.—El casino que Vanderbilt regaló á los trabajadores.—Chauncey Depew y Heney George.—Un hombre afortunado.—Un discurso de Vanderbilt, y un obispo entusiasta.—Oposición creciente á los emigrantes.—El Presidente en San Luis.—Incidentes. Correspondencia á "La Nación", de Buenos Aires; fecha: New York, septiembre 3 de 1887.

Postrimerías del verano.—Principales sucesos.—Tres convenciones.—Los dos chimpancés. — La convención de sordomudos. — Los debates.—Elecciones, discursos, bailes, amores. —La ley de herencia.—Convención de sociólogos.—Ideas sobre el arte del censo.—Carácter é importancia de los censos.—Problemas actua-

les.—La convención de "Los prohibicionistas". —Los enemigos del tráfico en licor.—Su importancia política. — Su programa.—Apuntes sobre la situación política; sus cambios y corrientes. Correspondencia á "La Nación", de Buenos Aires; fecha: New York, septiembre 4 de 1887.

En los Estados Unidos.—Días de fiesta y días de trabajo. — Procesiones pintorescas.— antiguos bomberos. — El gran Turnverein.— Niños alemanes. — Obreros. Correspondencia á "La Nación", de Buenos Aires; fecha: New York, septiembre 7 de 1887.

Centenario de la Constitución de los Estados Unidos.—Grandes fiestas en Filadelfia.—Los Estados Unidos en 1876.—La obra de la organización. — Wáshington y Franklyn. Correspondencia á "La Nación", de Buenos Aires; fecha: New York, septiembre 19 de 1887.

Las ferias campestres.—Sucesos principales. —Maquinaria agrícola.—La política en las ferias.—La cura por la fe.—Un santuario de creyentes.—El milagro en nuestros días.—La hermana Peterson. — Fuerza del campo. — Los anarquistas de Chicago.—Se confirma su sentencia.—Mujeres heroicas.—La novela de Nina Van Zandt.—Los presos. Correspondencia á "El Partido Liberal", de México; fecha: New York, septiembre 22 de 1887.

Los sucesos de la semana.—Cleveland de viaje.—Los pájaros y la estatua de la Libertad.— New York en Octubre.—Política.—Los partidos se preparan á las elecciones.—Una oficina

de elecciones. — Interioridad de las campañas políticas. — La mujer en las elecciones. — La reunión socialista.—La política y los socialistas.—Desmanes de la política.—El país y los socialistas.—Escenas de la reunión.—El otoño. Correspondencia á "El Partido Liberal", de México; fecha: New York, octubre de 1887.

México en los Estados Unidos.—Sucesos referentes á México. — Junta de la Liga de la anexión en New York.—Se ha de estudiar este país por todos sus aspectos.—Cutting preside la "Compañía de ocupación y desarrollo del Norte de México".—La anexión de Canadá.—El "Sun" responde una pregunta sobre la anexión de México.—Cutting con la Liga.—Dos artículos sobre México en las Revistas de junio.—"La Villa de Guadalupe" en el "American Magazine".—Artículo de Charles Dudley y Warner en el "Harper's Magazine" sobre Morelia y Toluca.—Warner como escritor.—Importancia de su juicio en los Estados Unidos.—En Toluca le asombra la agricultura.—Morelia, como belleza natural, le entusisama. —Su juicio hostil.—"Piernas pobres". Correspondencia á "El Partido Liberal", de México; fecha: New York, junio 23 de 1887.

La República Argentina en los Estados Unidos.—Un artículo del "Harper's Monthly".— Correspondencia á "La Nación", de Buenos Aires; fecha: New York, octubre 22 de 1887.

Cosas del otro mundo.—Ultimas elecciones de New York.—Su importancia para la elección presidencial. — Triunfan los demócratas.

—*Bastidores de la política.* Correspondencia á "La Nación", de Buenos Aires; fecha: New York, noviembre 9 de 1887.

Fiesta de la Liga de propiedad literaria. Correspondencia á "El Partido Liberal", de México; fecha: New York, diciembre 15 de 1887.

Gran baile en New York.—Crónica de las bodas de plata del famoso club "Union League".—Origen del club.—El edificio.—La arquitectura americana.—El baile.—La entrada.—El vestuario de señoras.—Los salones.—Notas sobre los vestidos.—Carácter dominante de la fiesta.—Apuntes curiosos.—Recuerdos de otros bailes.—La galería de cuadros.—Cuadros célebres.—"El estudio" de Munkacsy; Gérome, Delacroix, Newville, Jiménez Aranda, Jacquet.—La Cena.—Camovito.—Manjares y adornos. Correspondencia á "El Partido Liberal", de México; fecha: New York, febrero 10 de 1888.

José Martí, por Rubén Darío.

Martí y su obra política. Discurso pronunciado en la velada conmemorativa de la Sociedad Literaria Hispanoamericana, la noche del 14 de marzo de 1896, por Enrique José Varona.

José Martí y la Revolución cubana. Fragmento de un discurso pronunciado en Chickering Hall, la noche del 19 de mayo de 1896, en la reunión pública que organizó el Cuerpo de Consejo del Partido Revolucionario Cubano, para conmemorar el primer aniversario de la muerte de su fundador, por Manuel Sanguily.

La fiesta de la Constitución en Filadelfia.—La procesión industrial.—La parada.—La ce-

remonia de los discursos.—Recuerdos históricos.—Los Estados Unidos ante la Constitución.—Razones para la nueva Constitución.—División y celos de los Estados.—Nacionalistas contra estadistas. — Los grandes hombres de la Convención. — Oradores políticos. —Washington y Franklin.—Hamilton, Madison, Morris, Randolf, Patterson, Martin.—Los abogados de la Convención. — Historia de las tres grandes transacciones.—Los debates.—La escena de la firma.—"Un sol que nace". Correspondencia á "El Partido Liberal", de México; fecha: New York, septiembre 28 de 1887.

Política internacional y religiosa.—Haití y los Estados Unidos. — Cleveland. — Mrs. Cleveland.—Los Kindergarten de pobres.—La sociedad de New York.—El problema religioso en los Estados Unidos.—El Cristianismo y la Libertad.—El famoso predicador Brooks.—Un sermón de medio día en la Iglesia de la Trinidad. Correspondencia á "El Partido Liberal", de México; fecha: New York, marzo 4 de 1890.

La excomunión del Padre McGlynn.—Curso del conflicto católico en los Estados Unidos.—Lucha inútil de McGlynn por introducir el espíritu y prácticas de la democracia en la Iglesia americana. — Síntesis de los argumentos, discursos y escritos sobre el conflicto.—Actitud de la población católica.—Los secuaces del Padre.—El día de la excomunión.—La gente acude en procesiones á oir á McGlynn, y llena los teatros. — Extraordinaria escena de la

Academia de Música.—Ovación sin ejemplo.—Entrada del Padre.—Indigentes conmovedores.—Su doctrina.—Su oratoria.—Su discurso.—"¡Contigo hasta la muerte!" Correspondencia á "El Partido Liberal", de México; fecha: New York, julio 20 de 1887.

Cómo se crea un pueblo nuevo en los Estados Unidos.—Una ciudad de diez mil almas en seis horas.—Un incendio en New York, y un Domingo de Pascuas.—El paseo de los ricos.—El paseo de los negros.—Colonización súbita de las tierras libres.—La invasión de los colonos en Oklahoma.—Cuarenta mil colonos invaden á Oklahoma á la vez.—La tierra de la leche y de la miel.—El seminoble Osscola.—Rivalidad de los ganaderos y los agricultores.—Vencen los agricultores.—La peregrinación de entrada.—Miles de carros.—Cuadrillas de jinetes.—Los pueblos vecinos.—La noche en el camino.— Muertos.— Tempestad.—El domingo de las vísperas.—Cuadrillas de mujeres.—Mujeres solas.—Los veteranos.—El sacerdote improvisado.—El combate con los intrusos.—Ella Dlackburne, la bonita.—La periodista Nannitta Daisy.—La hora de la invasión.—Desborde por las cuatro fronteras.—Carros á escape y caballos en masa.—Pie á tierra y posición.—El primer tren que llega.—Traición y desconsuelo.—¿Quién trazó la ciudad?—Tiendas, hoteles, anuncios.—El banco.—El primer periódico.—La primera elección.—La noche en el desierto. Correspondencia á "La Opinión Pública", de

Montevideo; fecha: New York, 25 de abril de 1889.

El gran monumento de los peregrinos y los Cristos que han aparecido en el Sur.—El monumento.—Historia de Plymouth y del monumento.—Los peregrinos de la "Flor de Mayo". —La fe y la tolerancia religiosa.—Los recuerdos de la bahía.—Reminiscencias de hace cuatro siglos.—Los indios y las fiestas del monumento.—La poesía de la ceremonia.—Un discurso indio.—Los indios en los Estados Unidos.—Los sioux venden su última tierra.—Un discurso de nube-roja.—Los dos Cristos.—Un blanco y un negro.—Orth, el Jesús.—Lo siguen las poblaciones. — La tierra de Canaan. — La disputa con los jueces. — El Cristo negro.—James, el desnudo. Correspondencia á "El Partido Liberal", de México; fecha: New York, 20 de agosto de 1889.

El centenario de Wáshington.—Primera fiesta.—Inauguración de la "Exhibición de retratos y reliquias".—De lo que se habla en New York.—Los provincianos.—La crónica del gran baile.—Cisma en la alta sociedad.—Los aristócratas de la sangre contra los aristócratas del dinero. — Despachos é injurias. — La exhibición.—La mascarilla de Wáshington.—Las espadas.—La espada de la inauguración.—La plata de mesa.—Cinceladuras y relieves.—Los autógrafos: Wáshington y Lafayette. — Los periódicos de aquella época.—El traje de seda con que Wáshington juró.—El traje de Martha Wáshington.—La vajilla de campaña y la de la

Presidencia.—El baúl de la guerra.—Los retratos. — Hamilton y Franklyn. — El Wáshington militar de Peule mejor que el Wáshington pomposo de Stuart. — Mrs. Cleveland. Correspondencia á "El Partido Liberal", de México; fecha: New York, abril 18 de 1889.

El centenario americano.—Wáshington y la Constitución.—La mano del héroe.—En la paz y en la guerra.—¡Aquellos tiempos, aquellos hombres!—El principio de la fiesta. Correspondencia á "La Nación", de Buenos Aires; fecha: New York, mayo 11 de 1889.

El cisma de los católicos en New York.—Los católicos protestan en reuniones públicas contra la intervención del Arzobispo en sus opiniones políticas.—Compatibilidad del catolicismo y el Gobierno republicano. — Obediencia ablute en el dogma, y libertad absoluta en la política. — Historia del cisma. — La Iglesia católica en New York. — Sus orígenes y las causas de su crecimiento.—Los irlandeses.— — El catolicismo irlandés. — El "Sogarth Aroon".—Elementos puros é impuros del catolicismo.—Causas de la tolerancia con que se ve hoy en los Estados Unidos el poder católico. —La Iglesia.—La política y la prensa.—Tratos entre la Iglesia y la política. — El padre McGlynn.—El padre McGlynn ayuda al movimiento de reforma en las clases pobres.—Revista del movimiento.—Carácter religioso del movimiento obrero. — McGlynn favorece las doctrinas de George, que son las de los católicos de Irlanda.—El Arzobispo suspende al pa-

dre McGlynn, y el Papa le ordena ir á Roma.—El Papa lo degrada.—Santidad del padre Mc Glynn. — Rebelión de su Parroquia. — Gran "meeting" de los católicos en Cooper Union contra el abuso de autoridad del Arzobispo.—Los católicos apoyan á McGlynn y reclaman el respeto á su absoluta libertad política. Correspondencia á "El Partido Liberal", de México; fecha: New York, 16 de enero de 1887.

Un drama terrible. — La guerra social en Chicago.—Anarquía y represión.—El conflicto y sus hombres.—Escenas extraordinarias.—El choque.—El proceso.—El cadalso.—Los funerales. Correspondencia á "La Nación", de Buenos Aires; fecha: New York, noviembre 13 de 1887.

La religión en los Estados Unidos.—El carácter moral en la República.—La religión oficial y la popular.—Las hijas del rey.—Historia extravagante.—Escenas extraordinarias.—Himnos.—Lágrimas.—Gritos. Correspondencia á "La Nación", de Buenos Aires; fecha: New York, abril 8 de 1898.

El terremoto de Chárleston. — Horror del primer choque.—Rompe el incendio.—Extraordinarias escenas.—Escenas de la madrugada.— Torres caídas. — Casas rotas.—Sesenta muertos. Correspondencia á "La Nación", de Buenos Aires; fecha: New York, septiembre 10 de 1886.

Fiestas de la estatua de la Libertad.—Breve invocación.—Admirable aspecto de New York en la mañana del 28 de octubre.—Los prepara-

tivos de la parada.—El escultor Bartholdi.—Aparición de la estatua.—El fragor de los saludos.—Imponente escena. — La plegaria del sacerdote.—Cleveland y su discurso.—La bendición del Obispo.—"¡Adiós, mi único amor!" Correspondencia á "La Nación", de Buenos Aires; fecha: New York, octubre 29 de 1886.

El libre pensamiento en los Estados Unidos. —Muerte de un millonario socialista.—Sus últimos momentos.—Su obra.—El club del Siglo XIX.—El socialismo y los ricos.—Champaña y ateísmo.—Libertad y teocracia.—Funerales privados.—Llamas azules. Correspondencia á "La Nación", de Buenos Aires; fecha: New York, 28 de julio de 1888.

¡Elecciones! — La campaña presidencial en los Estados Unidos.—Causas, métodos y trascendencia de la derrota de Cleveland. — Cleveland en el Gobierno.—La escena por dentro y fuera.—Día de elecciones. Correspondencia á "La Nación", de Buenos Aires; fecha: New York, noviembre 2 de 1888.

El arte en New York.—Venta de la famosa galería Stewart.—Los mejores cuadros.—Precios enormes.—El espectáculo. Correspondencia á "La Nación", de Buenos Aires; fecha: New York, abril 15 de 1887.

Un funeral chino. — Los chinos en New York. — Creencias. — Ceremonias. — Ofrendas. — Trajes. — Cantos. — Emblemas.—Escenas curiosas. — La procesión. — El entierro. Correspondencia á "La Nación", de Buenos Aires; fecha: New York, octubre 29 de 1888.

Gran exposición de ganado en New York.—La lechería.—La agricultura; sus productos, sus auxiliares.—El toro triunfante.—Razas.—Modelos. — Criadores. — Alimentación.—Mejoras.—Indicaciones.—Premios. Correspondencia á "La Nación", de Buenos Aires; fecha: New York, mayo 24 de 1887.

NÚMERO I.

A los niños que lean "La Edad de Oro".
—Tres Héroes: Bolívar, Hidalgo y S. Martín.
Dos Milagros. Poesías.
Meñoque. (Del francés, de Laboulaye). Cuento de magia donde se relata la historia del sabichoso Meñoque, y se ve que el saber vale más que la fuerza.
Cada uno á su oficio. Fábula nueva del filósofo americano Emerson.
La Ilíada, de Homero.
Un juego nuevo y otros viejos.
Bebé y el señor Don Pomposo.
La última página.

NÚMERO II.

La Historia del hombre contada por sus casas.
Los dos príncipes. Idea de la poetisa norteamericana Helen Hunt Jackson (Poesía).
Nené traviesa.
La Perla de la Mora. Poesía.
Las ruinas indias.

Músicos, poetas y pintores.
La última página.

NÚMERO III.

La exposición de París de 1889.
El camarón encantado. Cuento de magia del francés Laboulaye.
El Padre las Casas.
Los zapaticos de Rosa. Poesía.
La última página.

NÚMERO IV.

Un paseo por la tierra de los Anamitas.
Historia de la cuchara y del tenedor.
La muñeca negra.
Cuentos de elefantes.
Los dos ruiseñores. Versión libre de un cuento de Andersen.
La galería de las máquinas. (Exposición de París).
José Martí, por Justo Sierra. (Soneto).
José Martí, poeta simbolista, por Francisco García Cisneros.
José Martí. Artículo de fondo del "Sun", de New York, por Charles Anderson Dana.
El maestro (Fragmento), por M. J. González.
José Martí (Esbozo), por Diego Vicente Tejera. "Patria", noviembre 16, 1895.
José Martí. (Histoire des litteratures comparées), por Frederick Loliée.

José Martí. Del libro "Miniaturas", de J. M. Vargas Vila.

La apoteosis de Martí. Discurso pronunciado por el Dr. Lincoln de Zayas. "Patria", noviembre 6 de 1895.

Martí juzgado por M. Gómez. Carta del general Máximo Gómez al Sr. F. María González. De "El Mundo", Habana, mayo 18 de 1902.

José de la Luz y Caballero. Cartas inéditas de José de la Luz. "El Economista Americano", mayo de 1888.

José de la Luz. Párrafos. "Patria", noviembre 17 de 1894.

Antonio Sellén. "La Juventud", junio 1.° de 1894.

José Joaquín Palma. "La Juventud", agosto 16 de 1889.

Rafael María de Mendive. Carta del Sr. Enrique Trujillo. "El Porvenir", 1° de julio de 1891.

Se van los ancianos. Silverio del Prado, José Francisco Lamadriz, Francisco Agüero. "Patria", marzo 19 de 1892.

En la guerra. Ramos de las Cruces "Patria", marzo 26 de 1892.

En la ratificación. Juan Fraga. "Patria", marzo 26 de 1892.

Rafael Serra. Para un libro. "Patria", marzo 26 de 1892.

Un alma de héroe. Ramón del Valle. "Patria", abril de 1892.

Un español. Mariano Balaguer. "Patria", abril 16 de 1892.

En casa. Néstor L. Carbonell. "Patria", abril 23 de 1892.

Emilio Agramonte. "Patria", abril 30 de de 1892.

Roloff. "Patria", mayo 7 de 1892.

Las Antillas y Baldorioty de Castro. "Patria", mayo 14 de 1892.

Carta de un español. Bonifacio Muñiz y Fernández. "Patria", mayo 14 de 1902. (1892).

El buen Ayala. "Patria", mayo 21 de 1892.

Albertini y Cervantes. "Patria", mayo 21 de 1892.

Cayetano Soria. "Patria", mayo 28 de 1892.

Juan Gualberto Gómez en la Sociedad de Amigos del País. "Patria", junio 11 de 1892.

Julio Rosas. "Patria" junio 11 de 1892.

El colegio de Tomás Estrada Palma en Central Valley. "Patria", junio 2 de 1892.

Los isleños en Cuba. Ignacio Montesinos. "Patria", agosto 27 de 1892.

Un cubano. Gabriel Torres y García. "Patria", septiembre 3 de 1892.

Caracteres cubanos. Marcelino Valenzuela Bondi. "Patria", noviembre 1° de 1892.

José Martínez (El Gallego). "Patria", enero 28 de 1893.

En casa. Fernando Figueredo. "Patria", enero 31 de 1893.

Cristino Martos. "Patria", febrero 14 de 1893.

Nuestro "Yara". José D. Poyo. "Patria".

Vázquez, hermano en la Liga. "Patria", abril 10 de 1893.

La galería de Colón (*The Columbus Gallery*). Libro nuevo de Néstor Ponce de León. New York, 1893. "Patria", abril 16 de 1893.

José Cristóbal Morilla. "Patria", abril 22 de 1893.

Preludios. Rafael de Castro Palomino. Editor: M. M. Hernández, New York, 1893. "Patria", abril 22 de 1893.

Un cubano en New Orleans. "Patria", mayo 8 de 1893.

El general Gómez. "Patria", agosto 26 de 1893.

Antonio Maceo. "Patria", octubre 4 de 1893.

Julián del Casal. "Patria", octubre 31, 1893.

Recuerdos de la guerra.—Conversación con un hombre de la guerra.—Agramonte.—Los chinos.—La Academia de Jimaguayú.—La comida insurrecta.—"Rabo de Mono" y "Cuba Libre".—Balas y cartuchos. "Patria", noviembre 28 de 1893.

Pablo Insúa. "Patria", diciembre 5 de 1893.

Eusebio Guiteras. "Patria", diciembre 28 de 1893.

Nicolás Azcárate. "Patria", julio de 1894.

El libro nuevo de José Miguel Macías. "Patria", septiembre 8 de 1894.

El entierro de Francisco Sánchez Betancourt. Crónica del entierro. "Patria", 15 de septiembr de 1894.

En casa. Salvador Cisneros. "Patria", octubre 2 de 1894.

Cirilo Villaverde. "Patria", octubre 30 de 1894.

En casa. Piedad Zenea y Emilio Bobadilla. "Patria", diciembre 8, 1894.

Joaquín Tejada. El pintor cubano y su cuadro "La Lista de la Lotería". "Patria", diciembre 8 de 1894.

Manuel Barranco. "Patria", enero 2 de 1895.

José Martí, por Tomás Estrada Palma.

José Martí, por Néstor Ponce de León.

José Martí. Recuerdos universitarios, por Juvenal Anzola.

Adiós. Carta de José Martí á Fausto Teodoro de Aldrey.

José Martí, por Heraclio Martín de la Guardia. (Poesía).

José Martí, por Gonzalo Picón Febres.

José Martí, por F. Gonzalo Marín (Poesía).

José Martí, por Numa Pompilio Llona, (ecuatoriano). (Poesía).

Mis recuerdos de Martí, por Enrique José Varona.

José Martí, por F. Henríquez y Carbajal. Carta de José Martí á Federico Henríquez y Carbajal.

José Martí. "El Universal", de México, de 22 de julio de 1894.

José Martí, por José Manuel Gutiérrez Zamora. "Diario del Hogar", de México, de mayo 21 de 1896. (Poesía).

Martí, por Justo de Lara. "Diario de la Marina", de la Habana, octubre 25 de 1908.

Discurso pronunciado en la velada artístico literaria de la Sociedad Literaria Hispanoamericana, el 19 de diciembre de 1889, á la que

asistieron los delegados de la Conferencia Internacional Americana, publicado en el primer volumen de las obras del Maestro, ya agotado.

Discurso pronunciado en la velada en honor de México, de la Sociedad Literaria Hispanoamericana, en 1891.

Ignacio Altamirano. "Patria", 24 de marzo de 1893.

El día de Juárez. "Patria", 14 de julio de 1894.

Manuel Gutiérrez Nájera en "El Americano". "Patria", 26 de enero de 1895.

La "Revista Literaria Dominicense", 26 de enero de 1895.

Discurso pronunciado en la velada en honor de Centro América de la Sociedad Literaria Hispanoamericana, en junio de 1891.

Domingo Estrada. "Patria", junio 18 de 1892.

Marco Aurelio Soto. "Patria", agosto 20 de 1893.

Honduras y los extranjeros. "Patria", diciembre 15 de 1894.

Martí y Costa Rica. 1893.

Poesías y artículos de Arsenio Ezguerra. "Patria", agosto 6 de 1892.

Federico Proaño, periodista. "Patria", septiembre 8 de 1894.

Cecilio Acosta. "Revista Venezolana", 15 de julio, 1881.

Eloy Escobar. "El Economista Americano", febrero 1888.

Discurso pronunciado en la Sociedad Literaria Hispanoamericana, en una velada en honor de Venezuela, 1892.

Páez. "El Porvenir", 11 de junio, 1890.

Páez y un Cubano. "Patria", 14 de julio de 1894.

Juan J. Peoli. "Patria", 22 de julio de 1893.

"Los arabescos de Eduino", por José Antonio Calcaño. "Patria", 12 de agosto de 1893. (Poema cubano).

La fiesta de Bolívar en la Sociedad Literaria Hispanoamericana. "Patria", 31 de octubre de 1893.

Discurso pronunciado en la velada de la Sociedad Literaria Hispanoamericana en honor de Simón Bolívar, 28 de octubre, 1893.

La velada de Sucre. "Patria", 26 de enero, 1895.

Julio Sarría. "Patria", enero 6, 1894.

La Sociedad Hispanoamericana bajo la dominación española. Libro nuevo del Sr. Vicente G. Quesada, Ministro argentino en España. "Patria", febrero 14, 1893.

San Martín. Album de "El Porvenir".

Las guerras civiles en Sud América. "Patria", septiembre 22, 1894.

La Conferencia monetaria de las Repúblicas de América. "La Revista Ilustrada", de New York, mayo, 1891.

El alma de Martí. Su testamento político. Carta á Federico Henríquez Carbajal.

El general Grant.—Estudio de la formación, desarrollo é influjo de su carácter, y de los Estados Unidos en su tiempo.

Judah P. Benjamin. "La América", revista mensual de industria, comercio, agricultura é intereses hispanoamericanos. New York, mayo, 1884.

El general Mc. Clellan.—Bosquejo de su carrera.—Su carácter y significación peculiar.—El actor Mc. Cullough. Correspondencia á "La Nación", de Buenos Aires.

Hendricks.—Ojeada sobre su carácter.—Como crece una persona política.—El gran fraude de 1876.—El sacrificio de Tilden.—Representación de Hendricks en la administración de Cleveland.—En caso de muerte de Cleveland los Estados Unidos quedarían sin Presidente.—Reforma de la Constitución. Correspondencia á "La Nación", de Buenos Aires. New York, 5 de diciembre de 1885.

Wendell Phillips.

El Presidente Arthur.—Análisis de su carácter.—Interioridades é intrigas de la política de los Estados Unidos.—Los caracteres menores en la política.—Blaine Conkling y Arthur.—La presidencia y la muerte de Garfield.—Gobierno, ambición y muerte de Arthur. Correspondencia á "La Nación", de Buenos Aires. New York, 15 de diciembre de 1886.

Grover Cléveland, candidato del Partido Democrático á la Presidencia de los Estados Unidos. "La América", revista mensual de indus-

tria, comercio, agricultura é intereses hispanoamericanos. New York, julio, 1884.

Roscoe Conkling.—Estudio íntimo de un político americano.—La oratoria famosa de Conkling.—Los bastidores de la política.—Querella célebre de Conkling y Garfield.—Carácter y grandeza de Conkling. Correspondencia á "La Nación", de Buenos Aires. New York, 25 de abril de 1888.

Henry Ward Beecher.—Su vida y su oratoria.

Los Ingenieros del Puente de Brooklyn.—Padre é hijo.—Roebling "La América", revista mensual de industria, comercio, agricultura é intereses hispanoamericanos. New York, junio, 1888.

El general Hancoock.—Muerte súbita del contendiente de Garfield para la Presidencia.—El general Hermoso.—Su carrera y carácter.—Su casa.—Muere pobre. Correspondencia á "La Nación", de Buenos Aires, New York, 12 de septiembre de 1886.

El general Logan.—Candidato á la Presidencia.—Su carácter, su valor, su oratoria y su significación en la política.—Su esposa.—Los militares en las Repúblicas.—Grant y Logan. Correspondencia á "La Nación", de Buenos Aires. New York, 3 de enero de 1887.

El general Sheridan.—¡Felipin!—Sus primeros años.—Aventuras de colegial.—Con los indios.—En la gran guerra.—Asalto de una montaña.—Mando en jefe.—La caballería antes y después de Sheridan.—La carrera del caballo

"Rienzi".—De la derrota á la victoria.—La campaña del Shenandoah.—Carácter de Sheridan.—El militar en la república. Correspondencia á "La Nación", de Buenos Aires. New York, 18 de agosto de 1888.

Desde el Hudson.—El problema del Sud.—Los negros.—La soberanía de los Estados Unidos.—Henry Grady.—El carácter y la influencia de un orador. Correspondencia á "La Nación", de Buenos Aires. New York, 1.° de enero de 1890.

Recuerdos.—Franklin, Washington, Lincoln and Webster.

La originalidad literaria en los Estados Unidos.—Louisa May Alcott.

Bronson Alcott, el Platoniano.

Whittier.—Un poeta de 80 años.

William F. Cody.—"Buffalo Bill". "La América", revista mensual de industria, comercio, agricultura é intereses hispanoamericanos. New York, junio, 1884.

El poeta Walt Whitman.—Fiesta literaria en New York.—Vejez patriarcal de Whitman.—Su elogio á Lincoln y el canto á su muerte.—Carácter extraordinario de la poesía y lenguaje de Whitman.—Novedad absoluta de su obra poética.—Su filosofía, su adoración del cuerpo humano, su felicidad, su método poético.—La poesía en los pueblos libres.—Sentido religioso de la libertad.—Desnudeces y profundidad del libro prohibido de Whitman. Correspondencia á "El Partido Liberal", de México. New York, 19 de abril de 1887.

Nuestra América. "El Partido Liberal", de México. Enero 30 de 1891.

Respeto á nuestra América. "La América". New York, agosto de 1883.

Mente latina. "La América". New York, noviembre 1884.

México en 1882. "La América". New York, junio de 1883.

La industria en los países nuevos. "La América". New York, junio de 1883.

El Tratado Comercial entre los Estados Unidos y México. "La América". New York, marzo 1883.

México, los Estados Unidos y el sistema prohibitivo. "La América". New York, febrero de 1884.

Adelantos en México.—Mejora y cruzamiento de caballos.—Varias razas.—Crónica de Zootecnia. "La América", de New York.

México en "Excelsior". "La América". New York, octubre de 1883.

Juan José Baz. "El Economista Americano". New York, diciembre de 1887.

Juan de Dios Peza. "El Economista Americano". New York, 1888.

Guatemala. Edición "El Siglo XIX". Folleto publicado en México en 1878.

La Escuela de Artes y Oficios de Honduras. "La América". New York, junio de 1884.

La estatua de Bolívar por el venezolano Cova. "La América". New York, junio de 1883.

El Centenario de Bolívar en Nueva York. "La América". New York, agosto de 1883.

Don Miguel Peña. Revista Venezolana. Julio 1.° de 1881.

Guerra literaria en Colombia.—"El joven Arturo", de R. Mc Douall.—"La Escuela", de Santiago Pérez. "La América", New York, julio de 1884.

Libro nuevo.—Los recuerdos de un octogenario.—Memorias de la independencia.—San Martín, O'Higgins, Cochrane, Blanco, Carrera. "La América", New York, febrero, 1884.

Buenos y malos americanos. "La América". New York, abril de 1884.

Buenos Aires. "La América". New York, junio 1883.

La República Argentina en el exterior.—Una sesión en la Cámara de Comercio de Nueva York.—La palabra de un antiguo amigo.—Su influencia benéfica.—Línea de vapores al Plata.—Deberes de los Estados Unidos para con la República Argentina.—La lana "ad valorem".—¡Mejores diplomáticos!. "La Nación", de Buenos Aires. Junio 22 de 1888.

"La Pampa".—Juicio crítico. "El Sudamericano", de Buenos Aires. 20 de mayo de 1890.

Informe presentado el 30 de marzo de 1891, por el Sr. José Martí, delegado por el Uruguay, por encargo de la Comisión nombrada para estudiar las proposiciones de los delegados de los Estados Unidos en la Comisión Monetaria Internacional de Washington.

Colección facticia existente en la Biblioteca Nacional. Ordenada como sigue:

José Martí. De una fotografía del año 1890.

Yo evoqué la guerra ..... Frmado: José Martí.

José Martí. "La Verdad", 3 de noviembre de 1894.

La muerte de Martí. Despacho del general español Salcedo. "El País", Habana, 22 de mayo de 1895.

Informe del general Salcedo. "El País", Habana, 21 de septiembre, 1895.

Cómo murió Martí. "La Discusión", Habana, 19 de junio de 1895.

Martí. "Patria", Habana, mayo, 1899.

Cartas de José Martí. Firmada la primera: José Martí; y la segunda: Martí. "Patria", Nueva York, 1895.

Voces supremas. Del libro "Miniaturas", por J. M. Vargas Vila. José Martí.

Martí y su obra política. Discurso por Enrique José Varona. New York, 1868-1895. Céspedes y Martí. Discurso por Manuel Sanguily, New York, 1895-1896.

Homenaje al gran patriota cubano José Martí. Tomás Estrada Palma. "Patria", Nueva York, 13 de julio, 1895.

Manuel Sanguily y José Martí y la Revolución cubana. (Discurso). New York, 1896.

José Martí. "El Porvenir", Nueva York, 27 de mayo, 1895. Traducción de un artículo publicado en "The Sun", de New York, por M. Charles A. Dana.

Homenaje á José Martí. Discurso por Nicolás Heredia y N. Bolet Peraza, New York, 1898.

José Martí. El Presidio Político en Cuba, Madrid, 1871 (con tres retratos de Martí agregados á este folleto).

"Hoy es el quinto aniversario de la muerte".... "La Discusión", Habana, mayo, 1899.

Obra terminada. Firmado: Nicolás Heredia. "Patria", Nueva York, 31 de diciembre de 1898. Artículo en el cual se anuncia que, terminada la guerra, "Patria" cesaba de publicarse.

Nuestras ideas. Primer artículo de José Martí publicado en "Patria". Nueva York, 14 de Marzo, 1892, y reproducido en "Patria", Nueva York, 31 de diciembre, 1898.

Ya que lidiando á perecer te obliga...... Fragmento de una poesía firmada: Heraclio Martín de La Guardia.

José Martí. Nicanor A. González. (Soneto).

José Martí. Numa Pompilio Llona. (Soneto).

José Martí. Pedro A. González. "La Ley", Santiago de Chile, 26 febrero, 1896.

Cómo murió Martí. "La Discusión". Habana, 30 de enero de 1899).

Muerte de Martí. (Artículo de periódico).

Documentos históricos. Ultimas comunicaciones de Martí. Firmado: el Delegado, José Martí. El general en jefe, M. Gómez. "Patria", Nueva York, julio, 1896.

José Martí. La República española ante la Revolución cubana. Madrid, 1873.

Gloria. E. Loinaz (sic) *del Castillo.* "El Yara", Habana, 13 febrero, 1899.

De mi "Diario de soldado". Fermín Valdés Domínguez.

José Martí. Asuntos cubanos. Lectura en Stick Hall, New York, 1880.

Prólogo á los "Cuentos de Hoy y de Mañana", que en 1893 dió á luz en Nueva York el señor Ricardo Rafael de C. Palomino (hijo). Firmado: José Martí.

El diez de octubre en New York, 1887. Discursos pronunciados por José Martí y otros, New York, 1887.

A José Martí, el héroe de Dos Ríos. Juan de Dios Peza. (Poesía).

Cuba y los Estados Unidos. Firmado: José Martí. New York, 1889

Primera jornada de José Martí en Cayo Hueso. New York, 1896.

José Martí. Apunte biográfico. Tampa, Fla., 1896 (Biblioteca del periódico "Cuba").

Azcárate (Nicolás). "Patria", Nueva York, 14 de julio, 1894.

Album de un héroe. Santo Domingo, 1896. (Por varios).

Martí. Luis Padilla. (Poesía).

Carta inédita de Martí á Fermín Valdés Domínguez. Fecha: New York, 18 abril, 1894. Firmada: J. Martí.

Cómo murió Martí. Contestación del general Loinaz (sic) del Castillo. Firmado E. Loi-

naz (sic) del Castillo. "La Discusión", Habana.

La verdad histórica. Cómo murió Martí. Firmado Juan Trujillo. "La Discusión". Habana, 23 de Mayo, 1899.

Relación de "La Lucha". Habana, 19 de mayo, 1889. Por Juan José Cañarte.

Cómo murió Martí. Lorenzo G. del Portillo. Reproducido de "Patria", Nueva York, 31 mayo, 1896.

Carta de los Estados Unidos. Bocetos. José Martí. "La Lucha", Habana, 1886. (Sin firma del corresponsal).

Martí conspirando. "La Discusión", Habana, 26 de mayo, 1899.

TOMO SEGUNDO.

Fotografía: grupo formado por Fermín Valdés Domínguez, Francisco Gómez Toro y José Martí.

Copia de una carta de Fermín Valdés Domínguez á Gonzalo de Quesada. Fecha: La Esperanza, Viñales, 18 mayo, 1901.

Primera publicación de José Martí. "El Diablo Cojuelo", periódico. Habana, 19 enero, 1869.

Desde Nueva York. José Martí. Firmado: Manuel de la Cruz. Carta á "La Nación", de Buenos Aires. Fecha: New York, 26 septiembre, 1895.

Cartas de Martí. (La primera está dirigida á Rafael María de Mendive, sin fecha, y la segunda al mismo; fecha: 15 enero, 1871).

Carta de Martí á Sotero Figueroa, fechada en Cabo Haitiano, 1893.

Un rasgo de Martí. Firmado: M. G. M. "La Discusión", Habana, 25 de mayo, 1900.

Martí en Guatemala. Firmado: F. Chávez Milanés. "El Fígaro", mayo, 1899.

A. Heredia. Firmado: José Martí. B. El prólogo de Ponce de León á su historia de Cuba. N. Ponce de León. "El Economista Americano", Nueva York, julio, 1888.

Discurso del Sr. José Martí. (Segundo suplemento á "El Avisador Hispanoamericano", Nueva York, 21 diciembre, 1899).

Una carta inédita de Martí. Firmada: José Martí. Fecha: New York, 29 de noviembre, 1887. (Dirigida á José D. Poyo).

Por Cuba y para Cuba. Discursos pronunciados por José Martí en Tampa, en las noches del 26 y del 27 de noviembre de 1891.

A Bayamo. Tomás Estrada Palma. B. Cuentos de la guerra. El Teniente Crespo, José Martí. (Suplemento á "El Porvenir", Nueva York).

José Martí. Firmado: Leandro J. de Viniegra. "El Industrial", Antofagasta, junio, 1895.

Tampo y Cayo Hueso. Oración de José Martí en Hardman Hall. "Patria", New York, 17 de febrero, 1892.

Discurso de José Martí en Hardman Hall. "Patria", New York, 4 febrero, 1893.

El Partido Revolucionario Cubano á Cuba. Firmado: el Delegado del Partido Revolucionario, José Martí. "Patria", New York, 27 mayo, 1893.

A la muerte de Céspedes. Fernando Figueredo Socarrás. B. el 27 de febrero en Tampa. C. En honor de Fermín Valdés Domínguez. (Discursos de Tomás Estrada Palma y de José Martí). "Patria", New York, 2 Marzo, 1894.

¡Ay de los jinetes! "Patria", Nueva York, 17 de Noviembre, 1894.

Enrique Trujillo y José Martí. "El Porvenir", New York, 14 febrero, 1894.

José Martí. De Cayo Hueso. Firmada: R. Sánchez. "Patria", 29 mayo, 1894.

La vuelta de los héroes de la "Jeannette". Firmado: José Martí. "Revista Científica, Literaria y de Conocimientos Utiles". Santo Domingo, 5 de abril, 1884.

Cartas de José Martí. José Martí. "Cuba y Puerto Rico", Nueva York, 1895. La primera (sin fecha) está dirigida al general Flor Crombet, y las cuatro restantes al general Antonio Maceo (la primera sin fecha, y las otras: 10 abril. Cerca de Guantánamo, 26 y 28 abril, 1895. Todas firmadas, José Martí).

Apostolado. El alma de Martí. El testamento político de un héroe. Firmado: José Martí. (Carta de José Martí á Federico Henríquez y Carvajal). "Letras y Ciencias", Santo Domingo, 14 de junio, 1895.

Carta de Martí y Gómez al Director del "Heraldo", de Nueva York. (Falta el documento, y así fué recibido el volumen al hacer la entrega de esta colección al Dr. Vidal Morales y Morales).

¡De Cuba Libre! Carta de Martí. Fecha: Altagracia, Holguín, 9 de mayo, 1895. Firmada: José Martí. "Patria", New York, 10 de junio, 1895.

Muerte de José Martí. "El Porvenir", New York, 17 de junio, 1895.

La muerte de Martí. Al "Yara". Cayo Hueso, 25 de junio, 1895.

La primera tumba del Maestro. Firmado: M. Márquez Sterling. "Patria", Habana, 31 de agosto, 1901. A este artículo ilustra un grabado adjunto que lleva por título "El Gólgota de Cuba".

¡Inmortal! "Patria", Nueva York, 25 de junio, 1895. (Número consagrado á la muerte de Martí).

Cuba. Tampa, Florida, 29 de junio de 1895. (Número consagrado á la muerte de Martí).

La Tumba de Martí. Firmado: Eulogio Horta. "El Fígaro", Habana, 28-1899.

Primer aniversario. Muerte de José Martí. "El Porvenir", Nueva York, 25 mayo, 1896. A. José Martí. Firmado: Rufino Blanco Fonbona. B. Pensamientos de Martí. "El Fígaro", Habana.

"Hoy es el quinto aniversario de la muerte del glorioso fundador del Partido Revolucio-

nario Cubano...." "La Discusión", Habana, 19 de mayo, 1900.

A. Cómo murió Martí. Firmado: Lorenzo G. del Portillo. B. Muerte de Martí. C. Una carta de Martí. Firmada: José Martí. (Dirigida á Juan Bonilla; fecha: New York, 21 de diciembre de 1898, y comentado por este señor). "Patria", Habana.

Rasgos de José Martí. (Recorte de un periódico).

Un poeta. Poesías de Francisco Sellen. Firmado: José Martí. "El Partido Liberal", México, 28 septiembre, 1899.

Maestros ambulantes. Fragmento por José Martí. New York, 1894. (Recorte de un periódico).

José Martí. Poeta simbolista. Firmado: Francisco García Cisneros. "Cuba y América", New York, 1896.

A. El Apóstol José Martí. (Retrato). B. José Martí. C. La Tumba de Martí. Firmado: Julio Rosas. "Cuba y Cayo Hueso", Key West, 16 de mayo, 1896.

La apoteosis de Martí. Firmado: Lincoln Zayas. (sic). "Patria", New York, 6 de noviembre, 1895.

19 de mayo. "Patria", New York, 1898.

Al Sr. José Martí y Zayas Bazán. Habana, 1900. (Carta de M. F. Viondi).

Al pueblo de Cuba. Habana, 14 de marzo, 1900. (Llamamiento para erigir una estatua á José Martí).

José Martí. Recuerdos. Firmado: Vidal Morales y Morales. "Cuba Libre", Habana, 1900.

José Martí, por Domingo Estrada. Habana, 1901.

"Patria" y Martí. Por E. Loinaz (sic) del Castillo.

Medalla de Gloria. José Martí. Firmada: Conde Kostia. "La Lucha". Habana, 13 de agosto, 1901.

José Martí. Esbozo. Firmado: Diego Vicente Tejera. "El Fígaro", Habana, 1900.

